

EL COJO ILUSTRADO

AÑO V

1º DE JUNIO DE 1896

Nº 107

PRECIO

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

EDICION QUINCENAL

SUSCRICIÓN MENSUAL. B. 4
UN NUMERO SUELTO. B. 2

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

AL SOL

(POR EUGÈNE HOLLANDE)

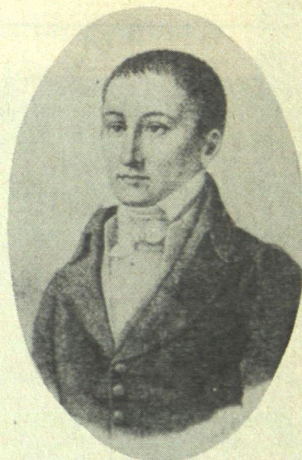
Es un barrio excéntrico de París. Una calle estrecha, larga, con casas desiguales, unas de desmesurada altura, otras pequeñas, raquíticas, como mal nacidas ó entorpecidas en su desarrollo, pero todas vestidas igualmente con los harapos de la miseria, sórdidas, negras ó grises, mohosas, leprosas, gastadas, rotas por el tiempo, ó envejecidas apenas fabricadas. Y por cima de todas esas miserables piedras, el júbilo del cielo. Es el primer día azul, la fiesta del sol en libertad. El pueblo de sus rayos ha reconquistado el espacio. La tierra celebra con todas sus voces la victoria de aquel cuya mirada la hace florecer. Y yo veo esto: los seres de luz, los hijos del sol, se lanzan de su seno más prontos que el pensamiento humano, más numerosos que los alientos de todas las cosas que, de un polo al otro, respiran, y saltando, y arrojando á su paso los resplandores reflejados de su divina juventud, se esparcen por nuestros caminos, por nuestras calles, por nuestras regias avenidas, que se creería haber sido trazadas para ellos, pues que se hallan adornadas de palacios desde cuyos balcones parece que pudieran únicamente ser honrados y saludados sin ofensa por hombres y mujeres suntuosamente vestidos.



UN MATCH — Cuadro de A. M. Rossi

Sin embargo, en las anchas avenidas estos rayos, luchando sólo con angostas fajas de sombra que pretenden disputarles el terreno, corren con inconcebible rapidez, que

sería notable si, multiplicados inagotablemente no se sucediesen sin intervalo, como se ven durante la tempestad formar una claridad permanente muchos relámpagos inmediatos. Mas en la miserable calle del barrio excéntrico, en la calle estrecha de casas feas y desiguales, los rayos vagan, se entretienen, se retardan, se ocultan en la sombra ó salen bruscamente de ella, iluminando de repente un lienzo de muro gris que se metamorfosea á su contacto, que toma deliciosos matices opalinos, violados, rosados ó cerúleos, y ríe de su nueva belleza. Ellos se complacen en agraciarse con esta dádiva de su divina belleza á todos los seres: rostros ancianos aparecen rodeados de aureolas; de un vidrio viejo saltan reflejos nacarados. Pero ¡oh, maravilla más conmovedora aún! La infancia espléndida de las regiones del éter en fraternal amor por la más infeliz de las infancias de la tierra, se mezcla en los juegos de un enjambre que zumba, salta, rueda, ríe, llora, de niños y de niñas pequeñitos, que llenan de un extremo al otro la calle popular. Y ya no puedo distinguir los cuerpos imponderables y luminosos de las carnes blancas y rosadas. ¡No es de la luz todo ese ruido que oigo, y de la carne esa irradiación que veo!



DON MIGUEL JOSÉ SANZ

El por mil títulos ilustre patriótico Licenciado Don Miguel José Sanz, vuelve hoy al horizonte visible de la Patria como una estrella de primera magnitud en sus evoluciones periódicas.

EL COJO ILUSTRADO la ve, la admira, y aunque temeroso de deslumbrar sus ojos la aclama, y refiere sus fulgores. No escribe biografía; ya excelsas plumas han trazado la de este héroe, y la historia le ha consagrado páginas de oro; la fama ha publicado su nombre de generación en generación; y la indiferencia misma que se ha guardado al rededor de los ecos de sus servicios puede ser una prueba de admiración hacia tan alta personalidad. Es como aquellas gigantes estatuas ante las cuales permanecía mudo el espectador. Pasaron los siglos, fenecieron los fundadores, nuevos y brillantes ideales sedujeron las imaginaciones, y la estatua en

la soledad del desierto, feneció á su vez. Para Sanz tuvo la historia coronas, pero no gratitud los corazones; sus penalidades y martirios sufridos por la Patria con dignidad y constancia, su trágica muerte en el campo de batalla,

el servicio de la República. Las conmemoraciones de la historia no bastan; sólo la gratitud pública satisface.

Refiere el historiador Baralt con elocuentes palabras el carácter, virtudes é instrucción del Licenciado Sanz, y se detiene largamente en pintar la energía de su espíritu progresista, filantrópico y democrático: sus biógrafos le han exhibido entusiasta promotor de la educación popular y del estudio de las ciencias.

Por nuestra parte, no hoy sino de mucho tiempo atrás, nos hemos detenido ante esta figura, en la calma de la razón, provistos de antecedentes atados por la lógica y con el antejo de la observación, y hemos visto como un astro que ascendiera lentamente aumentando en tamaño y en brillo.

Y á la vez nos admirábamos de que esta insigne personalidad histórica, de tanta magnitud y esplendor, no obstante los ecos de la fama y las remembranzas de los escritores contemporáneos, permaneciese en una especie de penumbra. Porque á la verdad, si la vida de Sanz hubiese sido simplemente la del sabio; si su acción se hubiese limitado al voto de la conciencia ó al consejo de los conciliábulos, comprenderíamos perfectamente esa indiferencia con que la posteridad ha visto hasta ahora su recuerdo; pero habiendo sido Sanz, como fue, un colaborador activo, desde antes de 1810, cuando el pueblo yacía en el marasmo y las voluntades de los mismos patricios flotaban sin rumbo; habiendo tomado parte en la explosión del 19 de abril, fecha gloriosa de nuestro primer acto de independencia, sirviendo á la causa en destinos peligrosos que sólo tenían por recompensa el patíbulo, y por último, iluminando con su consejo á los guerreros y como tal dando su vida en holocausto á la Patria en la célebre batalla de Urica, no se concibe cómo no hubiera

toda una vida de sublimes virtudes, en que descuellan la modestia y la abnegación, vivieron olvidadas, ó acaso como sueños en la memoria de tres generaciones.

Hoy y repercute en los pechos y desputa como aurora de gratitud la figura que fue esta viva en

tenido este héroe de la abnegación, del valor, de la constancia y de la ciencia, un testimonio palpable de la gratitud pública. Sin rebozo decimos que al asomar en la República el período de las remuneraciones, por los hombres como Sanz debió comenzarse, ellos que concibieron la idea, la nutrieron y propagaron, luchando por su triunfo hasta caer cadáveres en el campo, después de haber sacrificado por la independencia de su país, posición, familia, tranquilidad, fortuna y vida.

Pero ya lo hemos dicho, hay glorias que los pueblos guardan encerradas en su pecho como las ostras guardan en cápsulas de marfil sus perlas. Ese silencio no fue indiferencia, fue miedo á la tempestad de las pasiones, fue tal vez respeto á un nombre inmaculado que al fin debía surgir y levantarse al zenit.

Tocó al Congreso del presente año honrar la memoria del Licenciado Sanz, á la prensa servir de órgano al sentimiento público exhibiendo sus méritos, y al Gobierno del General Crespo rendir tributo á la generosa idea. Ya ha sido aprobado en última discusión el decreto del Congreso mandando colocar el retrato del Licenciado Sanz entre los próceres que ornán el Salón Elíptico del Palacio Federal, y acordando á sus viznietas solteras una suma, como testimonio de simpatía hacia la memoria de su ilustre progenitor.

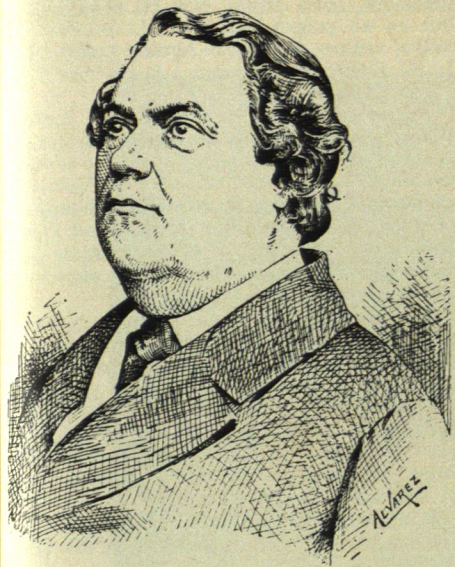
La simple mención de esta medida despertó el entusiasmo de la prensa, como lo prueban los aplausos que le dedicaron *El Tiempo*, *La Religión*, *El Progreso*, *El Noticiero* y *El Reporter*, periódicos de esta ciudad, y otros que no han llegado á nuestras manos. De manera que el Congreso, el Gobierno y el periodismo, merecerán bien de la opinión pública.

Para satisfacción de los que tienen interés en conocer detalles respecto á la vida del prócer que recordamos, insertamos á continuación los que refiere *El Tiempo* en su número del 31 de marzo último:

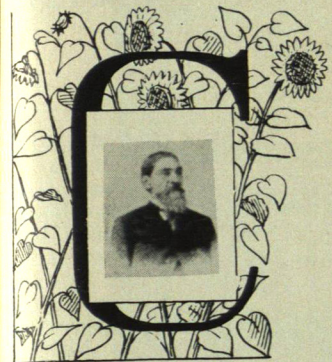
“MIGUEL JOSÉ SANZ.—Queremos consagrar hoy algunas líneas á este prócer, uno de los hombres más distinguidos en la época de Independencia. Nació en la risueña capital de Carabobo, que en aquella época era una población pequeña. Fue tutor del Libertador Simón Bolívar, fundó el Colegio de Abogados y la clase de Derecho en la Universidad Central, redactó las *Ordenanzas Municipales de Caracas*, obra por la cual le llamaron en el extranjero: *Licurgo Venezolano*. Fue nombrado Secretario del primer Congreso de la República y Secretario de Estado en el primer Gobierno de Venezuela. Como tal, hizo circular en las naciones extranjeras el *Acta de la Independencia*. Redactó *El Semanario*, periódico que se opuso á la capitulación del generalísimo Miranda. Después de ésta, permaneció largo tiempo ahorrado en las bóvedas de La Guaira y en el Castillo de Puerto Cabello. Fue luego consejero y consultor de los generales Ribas y Bermúdez; escribió la historia de la *Revolución Venezolana*, cuyos originales se le extraviaron en la emigración del año 14 y perecieron, según unos, en la batalla de Urica, según otros, en la toma de Maturín. Humboldt, dijo: que se podía viajar á Tierra firme por conocer y tratar al Licenciado don Miguel José Sanz.

Las nietas descendientes de este notable prócer, las señoritas Julia, Helena y Carolina Key Rodríguez y Carmen Tejera Rodríguez, damas honestas y virtuosas, que gozan de muchas relaciones y simpatías en nuestra culta y honorable sociedad, se encuentran en la pobreza. El actual Congreso es el llamado á recordar, con acto de estricta justicia, los servicios del prócer, señalando una pensión á las que llevan en sus venas la sangre generosa del hombre que tantos servicios desinteresados ha prestado á la República.”

No hemos hecho ni querido hacer una biografía; hemos añadido un sentimiento de admiración á la épica historia de un prócer y de un mártir que poseía las virtudes del ciudadano, los dones de la ciencia y el elevado espíritu de los hombres de bien, para satisfacción de nuestro corazón, para honor de la República y ornamento de EL COJO ILUSTRADO.



DON RAFAEL ARVELO



consagramos hoy nuestros recuerdos á este nombre tradicionalmente afamado por la opinión pública de su época, que como Poeta mereció el dictado de Quevedo venezolano y como político llevó á los consejos del gabinete luz de justicia, de amor y tolerancia.

Era Arvelo ciertamente un hombre favorecido por la naturaleza con raras dotes, raras porque pocos las poseen, y raras porque muchas de ellas son contradictorias en un mismo sér.

Parecía que su numen poético descendido del templo de Momo no debiera compadecerse con las graves y serias inspiraciones del gobierno y la política; sin embargo aquel ingenioso discípulo de Juvenal, en cuyos labios la sátira era dardo de incurable herida, tuvo piadosas ternuras, ecos melancólicos, dulces recuerdos para la amistad y épicos acentos para la patria. *El ave María* de Arvelo puede citarse como ejemplo de lo primero. Al leerla se sienten las mismas impresiones que despierta en el ánimo la célebre composición musical de Gounod, que lleva el mismo título.

En la Administración pública, como Ministro, y en el necesario roce con la ciudadanía, no prescindió de sus naturales epigramas; antes bien los empleaba con frecuencia para aplacar enojos ó suavizar asperezas, y á la verdad solían los que entraban ceñudos salir risueños. El talento epigramático de Arvelo era un arma poderosa que manejó siempre con éxito, así en lo privado como en lo público; mas en el gabinete su seriedad contrastaba con la habitual gracia de su lenguaje, y sus resoluciones y decretos revestían caracteres de verdadera autoridad, de la autoridad que se funda en el derecho.

Rodeado siempre de personas inteligentes, entre las cuales no era extraño el donaire de la conversación, su tertulia íntima era un gimnasio en que todas las cuestiones literarias, políticas y sociales eran desfloradas con elegante ligereza y exhibidas con graciosa forma.

En las Cámaras legislativas, ya como Senador, ya como Diputado era de verse como

encontraba Arvelo en la intrincada maraña que forman los intereses de partido, la clave para resolver una materia y la palabra que deja bien puesto el decoro nacional y atemperadas las pasiones de los bandos.

Otro contraste de la personalidad de Arvelo se observa entre su físico y su espíritu. Siendo de abundantes carnes desde joven, su paso y todos sus movimientos eran tardos; pero la actividad de la inteligencia suplía por la lentitud del cuerpo. Cuando otros se agotaban en saltos y carreras por evitar un peligro ó lograr un objeto, Arvelo había hecho todo lo necesario, sin salir de su impasible calma.

En los períodos eleccionarios disputábanse los partidos la incorporación de Arvelo, ofreciéndole los primeros puéstop; pero él fiel á sus convicciones, no abandonaba el camino por los senderos. Entonces se vio que la actividad intelectual de Arvelo supeditaba por la previsión á los esfuerzos corporales de otros. Estos corrían, él se sentaba. Contemplando este carácter, se nos venía casi siempre á la mente la fábula del caballo y la arditá.

En medio de las guerras civiles, tan largas y frecuentes como fueron al promediar el siglo, y tan celosas, Arvelo disfrutó de seguridad; ni el gobierno, ni las facciones dudaron de él. Contribuía no poco á esta excepcional consideración sus dotes intelectuales, su caballerosidad nunca desmentida, su moderación en el ejercicio de los puéstop públicos y su lealtad á los verdaderos principios que le conducían á respetar las ajenas opiniones como las suyas propias.

Al fin vino para él, como para otros muchos, el invierno de la vida, ese invierno último que no ofrece esperanzas de primavera. Solo, enfermo y agobiado con el peso de los años, se despidió de un mundo que sembró de luces y donde no hubo para él sino las que enciende en el pecho el amor de esposa é hijos.

Las poesías de Arvelo, las que un editor acucioso pudo recoger, fueron publicadas en un cuadernito que el público devoró en horas. Más nobles y elevadas producciones, si no más ingeniosas, vieron la luz después y corren dispersas en periódicos.

Don Rafael Arvelo ejerció en Venezuela una influencia social y política bien merecida, y en todas las situaciones á que le condujo su mérito dio pruebas de amor patrio, dignidad personal y grandeza de alma. Fuimos testigos de sus acciones y por eso no dudamos colocarle en el número de los ciudadanos ilustres de Venezuela.

Nació y pasó su infancia en Valencia; pero desde la primera juventud fue consagrado al comercio en Puerto Cabello, donde contrajo matrimonio con una joven hija del prócer General Beluche. Después se trasladó á Valencia y allí formó un coro de hermosos niños de ambos sexos, que más tarde han sido honor de su nombre y de su raza.

LEÓN LAMEDA.

A LA MUERTE

Yo te saludo, oh muerte redentora,
Y en tu esperanza mi dolor mitigo,
Obra de Dios perfecta; no castigo,
Sino dón de su mano bienhechora.

¡Oh! de un día mejor celeste aurora,
Que al alma ofrece perdurable abrigo,
Yo tu rayo benéfico bendigo,
Y lo aguardo impaciente, de hora en hora.

Antes las plagas del linaje humano,
Cuando toda virtud se rinde inerte,
Cuando todo rencor fermenta insano,

Quando al débil, oprime inicuo el fuerte,
Horroriza pensar, Dios soberano,
Lo que fuera la vida, sin la muerte!

FEDERICO BALART.

LAS TIJERAS



finés del siglo XIX eran inquilinos de una misma casa en Madrid, dos jóvenes de veinte años: Pedro y Fortunato.

Vivía aquél en la buhardilla, sin más bienes de fortuna que el oficio de sastré, y éste en el cuarto principal, disfrutando de una renta de cuarenta mil pesetas anuales que le legó un tío suyo; pero sólo en usufructo, en títulos del cuatro por ciento

interior perpetuo, ó sea un capital nominal de un millón de pesetas.

La necesidad, eterno acicate del pobre, el temor de los azares y contingencia de lo porvenir y la propia satisfacción de la recompensa, eran poderosa parte para que Pedro, sin desfallecer un punto no se lo diese de reposo en su honrado oficio: mientras que Fortunato, sin el apremio de la lucha por la existencia, seguro de su renta, con ciega fe en la solvencia del Estado, ajeno á toda inquietud y zozobra, se entregaba á los frívolos placeres de una vida regalada y elegante, mirando con menosprecio al trabajo en sus múltiples manifestaciones.

Y pasaron cinco años y no estalló ninguna revolución, ni siquiera un pronunciamiento; las cosechas fueron abundantísimas; la exportación adquirió considerable incremento, se nivelaron los cambios, la circulación fiduciaria quedó reducida á sus naturales límites, y por primera vez gozó la nación de un buen gobierno.

El 4 por 100 interior subió sobre la par, y el Estado, siguiendo el ejemplo de Inglaterra, Francia y otros países prósperos, ofreció á sus acreedores el reintegro del capital ó reducir la deuda del 4 á 3 por 100, y se llevó á cabo la conversión, dentro del derecho perfecto y con benéfico general.

La renta de que Fortunato disponía en usufructo, quedó reducida á treinta mil pesetas. Cuando todo prosperaba, él, acreedor del Estado, venía á menos y veíase obligado á suprimir el coche.

Entretanto, por una ley natural que se observa en las naciones ricas, aumentaba el precio de la mano de obra, y Pedro conseguía lo que Enrique IV de Francia ambicionó para sus súbditos: la gallina una vez por semana en el puchero.

Al terminar el primer quinquenio del siglo XX, el 3 por 100 interior perpetuo se cotizaba á 115 y las Cortes aprobaron un proyecto de ley convirtiendo dicho valor en 2 por 100.

Fortunato cobró entonces veinte mil pesetas de renta y no tuvo más remedio que mudarse al piso segundo, mientras que Pedro, gracias al aumento creciente de su jornal, pudo trasladarse al cuarto.

Cinco años después una gran transformación social se había producido en el mundo civilizado, transformación debida á un movimiento evolutivo, que no se escapó á la perspicacia y previsión de muchos sociólogos y estadistas del siglo anterior. Las asociaciones de trabajadores, cada vez más perfeccionadas; la propaganda en las comarcas agrícolas, que permanecieron al principio ajenas al clamoreo de las clases proletarias; las manifestaciones del 1º de mayo, que trascendían á las aldeas más apartadas; las huelgas frecuentes que imponían la voluntad del trabajo sobre el capital; el creciente triunfo de los candidatos obreros en las elecciones legislativas; el Estado, por la fuerza de las cosas y por la imposición del mayor número arrojándose en brazos del socialismo, habían modificado lentamente la legislación secular y los antiguos organismos; pero ¡cosa rara en la historia de los pueblos! sin disturbios ni violencias y respetando el principio del derecho á la posesión legítima.

Merced á este espíritu de justicia que prevaleció en los altos poderes, se reconocieron en toda su integridad los derechos de los acreedores del Estado; pero el valor del capital merced de día en día, y el 2 por 100 interior obtuvo cambios superiores á la par; entonces se decretó la conversión voluntaria en el 1 por 100.

La renta usufructuaria de Fortunato bajó á 10,000 pesetas, y como al propio tiempo se en-

carecían los salarios, aquél tuvo que renunciar al servicio de su criado, mientras que Pedro ganaba un jornal de 12 pesetas.

*

En 1915 el 1 por 100 interior era convertido en $\frac{1}{2}$ por 100, y Fortunato, con sus 5.000 pesetas de renta, alquiló el piso tercero de la derecha, y Pedro pudo ocupar el inmediato de la izquierda, pues su salario ascendía ya á 15 pesetas diarias, ó sea 5.000 pesetas anuales próximamente, descontando los días festivos.

*

El $\frac{1}{2}$ por 100 se redujo en la misma forma y por idénticas circunstancias en $\frac{1}{4}$ por 100 al espirar la segunda década del siglo XX. Fortunato vio mermada su renta á la mitad, bastando apenas para cubrir las necesidades más apremiantes de la vida: tal era el incremento del precio de las cosas, producto del trabajo. En tanto que él, usufructuario de un millón de pesetas, tenía que apelar al Rastro para vestirse, Pedro, con el sueldo de cortador de sastrería, pudo permitirse el lujo en invierno de un gabán de pieles.

*

El interés del millón de pesetas quedó limitado á 1.250 pesetas en el año 1925 por la reducción del $\frac{1}{4}$ en $\frac{1}{8}$ por 100, y Fortunato pasó á ocupar el piso cuarto, cuando el sastre bajaba al segundo.

*

Por fin, en 1930 se llevó á cabo la última conversión del $\frac{1}{8}$ por 100 en $\frac{1}{167}$ gracias á la depreciación progresiva del capital.

Fortunato el millonario disponía sólo de 625 pesetas de renta al año. Era casi un pobre de solemnidad y se resignó á subir á la buhardilla y á trabajar cuando frisaba con los 55 años. No había querido estudiar profesión alguna ni aprender oficio, y tuvo que acogerse á la escuela municipal.

Pedro, aprovechando los progresos de la subdivisión del trabajo, había llegado á ser un especialista en el corte de chalecos, y los principales sastres de Madrid acudían á él para la preparación de aquellas prendas. Ganaba 40.000 pesetas al año, y en el espacio de treinta y cinco logró bajar de la buhardilla al principal.

*

Las tijeras del sastre, cortando paño, habían vencido á las tijeras del rentista, cortando cupones.

NILO MARÍA FABRA.

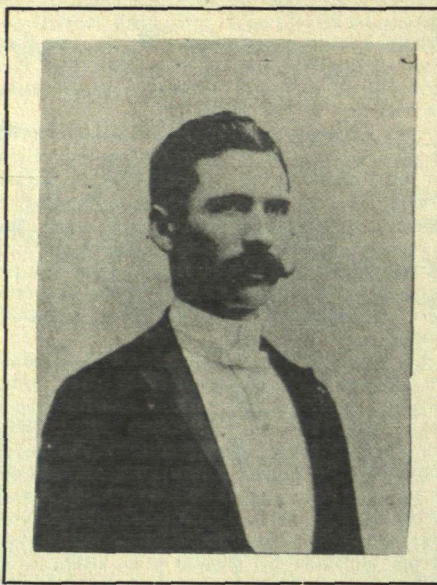
PEDRO FORTOULT HURTADO



Aumenta hoy EL COJO ILUSTRADO su galería de retratos con el del joven escritor cuyo nombre encabeza estas líneas,

poeta ungido por el beso de la inspiración y acariciado por el aura de la popularidad. Y en verdad que merece tan espontánea distinción quien como él rinde culto fervoroso á la poesía y arranca á su lira, ya victoriosos cantos que vibran épicamente cuando ensalzan las glorias de la Patria ó los destinos del pueblo; ya sombrías lamentaciones cuando le cobijan las alas de la duda; ora tristes elegías ó amorosas querellas cuando con dulce ingenuidad canta la suerte de una alondra herida por el cazador ó la muerte de un niño, ó alborozada celebra la vuelta al hogar, el triunfo del amor ó el santo afecto de la familia.

La musa de Fortoult Hurtado entra al palenque literario con aire altivo y cuidadosa de que no roce sus pies el fango de la tierra, y así, cuando por efecto artístico canta la orgía, como lo hace en *Bohémica*, jamás rueda beoda debajo de la mesadel banquete, ni permite



PEDRO FORTOULT HURTADO

que el vino del festín manche la albura de su veste. De manera que cuando canta los placeres lo hace con el dejo amargo y aristocrático de quien apura el líquido del ánfora sin llegar jamás hasta la hez.

Y no es él tan sólo poeta de alto nomen sino también prosador claro y correcto que bebe en fuente pura y estudia con ahinco la arquitectura del idioma de Castilla, sin dejarse contaminar por la anemia y oscuros alambicamientos del estilo, de esa literatura híbrida que apellidan decadente y que en estos últimos tiempos ha invadido nuestro Parnaso y asuela el campo de nuestras letras. Para él es canon ineludible conservar la pureza del idioma, y á ello contribuye cuanto le es posible, en sus composiciones poéticas como en sus lucubraciones de crítica literaria.

Acaso sea él de los muy pocos que no ven de reojo los estudios gramaticales y que fustiga sin piedad á los que llevados por la ambición de ruidosos éxitos se entregan en cuerpo y espíritu al estudio é imitación exclusiva de la literatura extranjera, olvidando lastimosamente el estudio de la literatura madre, como tampoco es de los que, sedientos de toda especie de renombre, creen que el primer pelotazo para subir hasta la gloria, es empezar por denigrar de los que por los años y merecimientos nos anteceden, llegando hasta regatearles los justos títulos que con inspiración, saber y virtudes han conquistado, mezclando en monstruoso maridaje, los odios de la política y el escándalo de la calumnia.

Muy al contrario, inclínase con galante reverencia ante los próceres de nuestra literatura, pensando sin duda con razón, que es necesario para levantarse, rebajar los ajenos méritos ni obscurecer la fama de los que juzgamos adversarios, porque sabe que el único medio de que un escritor prevalezca sobre otro, es el de mayor saber, ilustración y fecundidad; y sobre todo, el de la buena calidad de las obras que produzca, porque ni la gloria tiene asiento sobre ruinas, ni el egoísmo ni la injusticia forman base perdurable de reputación alguna, ni el laurel de la Fama tiene una sola hoja.

Y así, él se ha abierto paso entre nosotros, sus compañeros de aspiraciones é ideales, y ha obtenido puesto prominente, sin soñar jamás en emprender, Quijote literario, descomunal batalla contra soñados enemigos, y sin arrojarse tampoco por los gritos de los rezagados ni por los tropiezos del camino. El ha proseguido estudiando en secreto, y contando al mundo sus dolores y alegrías, en versos de tanto mérito como *Miserere*, *¡Oh cazador!*, *Tellus*, etc., que le han conquistado envidiable

renombre, ¡cosa triste! más en el extranjero, que en su propio país como lo prueban los juicios críticos de Iznardi-Aguirre (mexicano), J. M. Gutiérrez (argentino) y Huelbes Tempado (español).

Fortoult Hurtado ha viajado por América y Europa aumentando sus conocimientos por el estudio y la observación; y cuando en 1889 desempeñó el Consulado General de Venezuela en Madrid, el Gobierno español, le honró con el título de Comendador de la Real Orden de Isabel la Católica, y la Sociedad de Geografía de Lisboa le colocó en el número de sus miembros correspondientes.

Asimismo ha servido á la patria como Secretario del Senado y como Director de Crédito Público. En el periodismo ha figurado como redactor de *La Nueva Luz* y del *Diario de Caracas*. Sus poesías andan dispersas en periódicos nacionales y extranjeros, mas acaso no muy tarde las veamos formando hermoso libro con el título de *Penumbas*, con el cual las tiene coleccionadas.

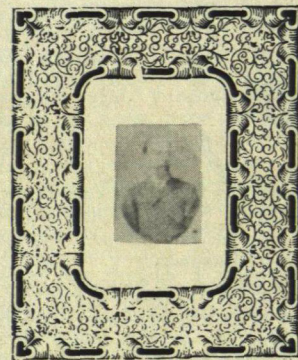
¡Que llegue cuanto antes ese día para gloria del poeta y enriquecimiento de las letras patrias!

GABRIEL E. MUÑOZ.

FELIPE II Y SU SECRETARIO ANTONIO PÉREZ

(ESTUDIO HISTÓRICO)

IV



Al través de estas reminiscencias podemos quizá vislumbrar el carácter de Felipe II; entre nosotros ahora en el juicio contra Antonio Pérez.

Un proceso por todos respectos célebre, que ha servido de argumento para

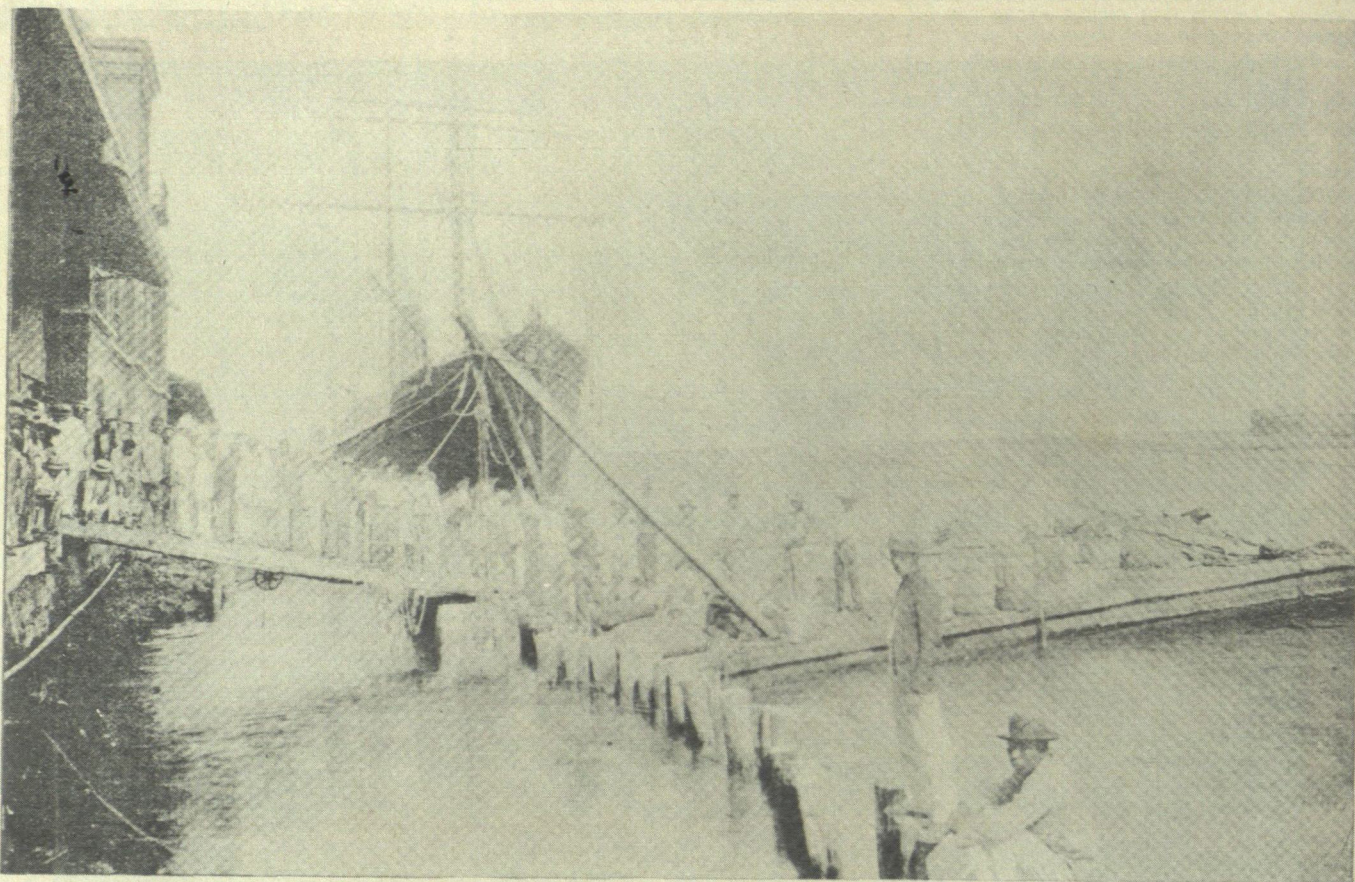
dramas y novelas, había llamado antes extraordinariamente la atención del mundo: el que siguió este mismo Rey contra su hijo el príncipe Carlos en 1568. Cuál fue el motivo de ese enjuiciamiento, es punto que no se ha podido descifrar aún.

Al decir de los escritores coetáneos, que por miedo ó por adulación se esmeraron en justificar al Monarca, era el Infante de índole sobremana irascible, de escaso entendimiento, tenaz, voluntarioso, apasionado. Considerábase el Rey inadecuado para toda ocupación seria, ora porque el mancebo carecía de salud, ora porque le faltaban dotes intelectuales; y lo mantenía en humillante inacción, apartado de la guerra y de la política, no obstante que pasaba de veintidos años, edad en que los príncipes eran aptos hasta para reinar, si se abría la sucesión al trono.

Desabrido el padre con el hijo, había de serlo éste también con él, y por lo regular de ese estado se va insensiblemente al recluso y á la suspicacia mutua. Dos circunstancias singulares obraban además en el ánimo del príncipe y contribuían seguramente á desequilibrar sus facultades morales. Hemos dicho arriba que después de la muerte de Doña María de Portugal, madre de Carlos, se casó Felipe con María Tudor, y que viudo otra vez, contrajo matrimonio con Isabel de Valois, hija de Enrique II de Francia, prometida del propio Carlos. Sin dar vuelo á la imaginación hacia los campos fantásticos de la poesía y del arte, es concebible dentro de lo humano y de lo real que el hijo no viese con indiferencia al padre gozando de la bella princesa



SENDERO DE ESPINAS—Cuadro de Federico Stachiewicz



MUELLES DE PTO. CABELLO EN CONSTRUCCIÓN — (Fotografía del señor Rey, hijo)

que le estuvo destinada, y cuya juventud era proporcionada á la edad del primer novio.

Y para exasperar ese sentimiento, que no queremos llamar amor, porque no se diga que nos sugestionan la grandiosa creación de Schiller, aconteció que el Rey retardaba y entretenía con distintos pretextos el enlace de Carlos con la princesa Ana, hija de los Reyes de Bohemia, no obstante haber sido concertado hacia algún tiempo, y anhelarlo el Infante con manifiesto ardor, quizá para distraer la mente de los deseos que le inspiraba la vista de la mujer de su padre.

Movido por esas ú otras causas, vivía Carlos formando distintos planes: ya pensó huir á Flandes y compartir allí con los soldados españoles los peligros para él desconocidos de la guerra, ya embarcarse clandestinamente para Africa á pelear contra los otomanos, ya finalmente dirigirse de la propia manera á Alemania á acelerar las bodas proyectadas con su prima Ana; y con ese designio encomendó á algunas personas que le buscasen dinero para el viaje y hasta convidó á ciertos caballeros de su amistad para que lo acompañasen. Imposible era que tales cosas ocurrieran sin que lo supiese Felipe, que vigilaba la existencia y los pasos de su hijo con particular interés, y, tomando por pretexto actos recientes de violencia, en que había incurrido el príncipe contra servidores de palacio, resolvió prenderlo.

No podemos imaginar nada tan odioso como el medio adoptado para efectuar la grave medida. Después de media noche, cuando todos reposaban en el alcázar, forzó el Rey la cámara del príncipe y penetró en ella seguido de algunos personajes de la corte y guardias reales. El inadvertido joven dormía; su padre mandó que se recogiesen las armas y papeles que hubiera en la habitación, como si se tratara de un criminal. Carlos protestó respetuosamente contra la fuerza que su padre ejercía en la persona del Infante here-

dero, sin consideración de ninguna clase. El Rey no hizo caso: ordenó que se clavasen las puertas y ventanas, que no se dejase libre más que una entrada, y hasta mandó apagar la lumbrera de la chimenea. Retiróse luego dejando guardias dentro de la cámara, para que custodiasen de día y de noche al preso con la mayor severidad, sin permitirle comunicarse con nadie.

Hasta aquí podría parecer lo ejecutado una represión excesiva ó un apercibimiento amenazante para imponer temor al hijo y obligarlo á cumplir sus deberes, dado que hubiera faltado á ellos. Pero, no: la mañana siguiente nombró el Rey una Junta para entender en el proceso de Carlos y ordenó que sirviera de modelo en aquel caso el que Don Juan II de Aragón mandó instruir contra su primogénito el príncipe de Viana. La intención de condenar á Carlos era evidente, y el recuerdo de aquella víctima inocente del odio real no podía ser de más triste augurio en esta ocasión.

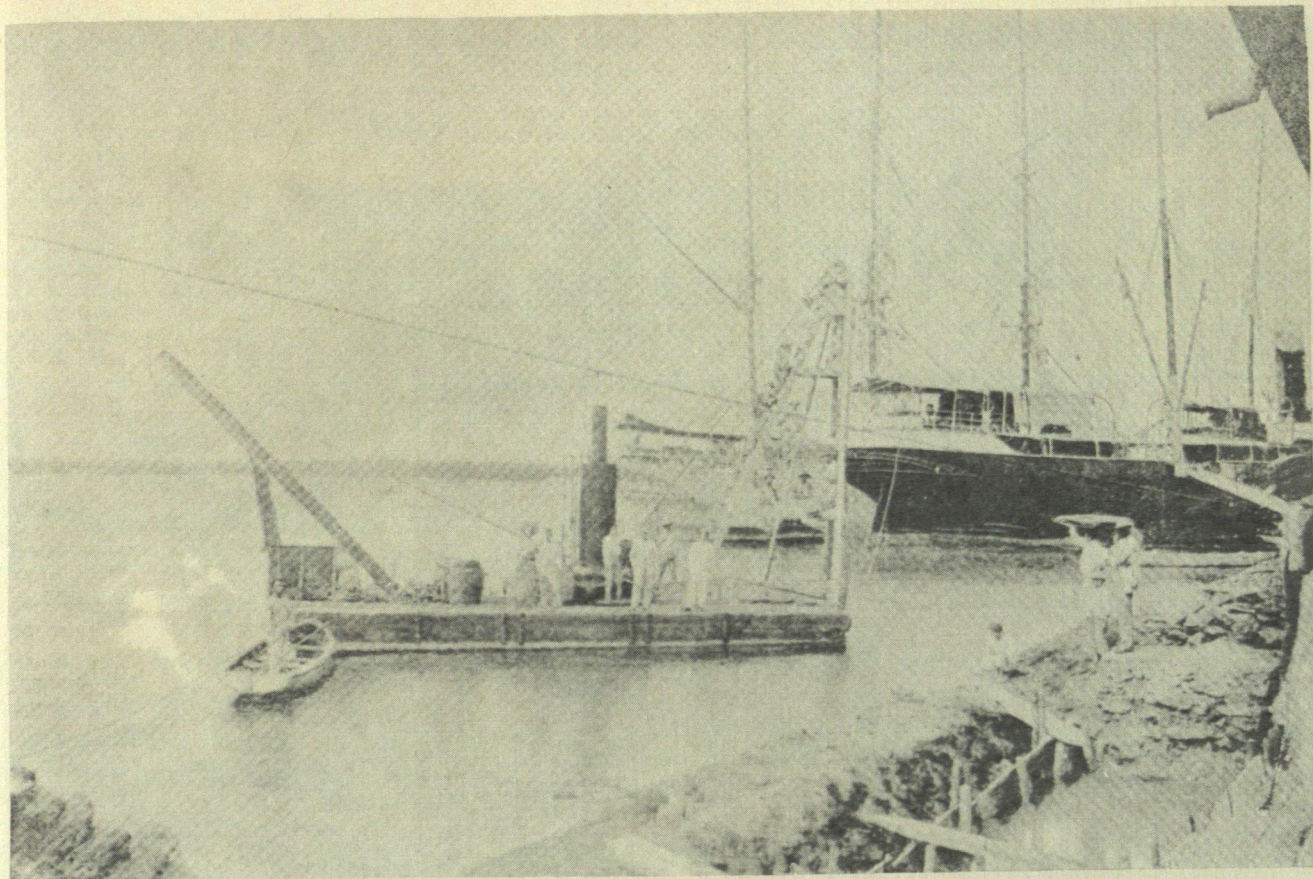
Escribió luego al Papa y á los Reyes emparentados con la casa de España y Austria para participarles las providencias adoptadas contra el heredero de la Corona. Cartas hipócritas en que se finge hondamente apesadado por la necesidad que lo obliga á perseguir su propio hijo, pero en las cuales oculta cuidadosamente el motivo de su proceder. Al Papa dice que *para reformar y reprimir algunos excesos de su naturaleza y particular condición* no ha podido excusar esas medidas. Comunica al Emperador que la determinación relativa á Carlos no depende de culpa cometida contra el Rey, ni que la haya en el príncipe en lo de la fe; y al duque de Alba se cuida de advertir que el enjuiciamiento ordenado no debe atribuirse á *sospechas de herejía ó rebelión*. ¿Cuál fue entonces la causa de la misteriosa conducta del Rey? . . .

Seis meses duró el proceso, y en ellos ni un solo día disminuyó el rigor del encarce-

lamiento. El desventurado príncipe pasaba sucesivamente por todas las alternativas de su nervioso temperamento: ora gemía, ora amenazaba, ya llorando suplicaba, ya vociferaba furioso. Algunos días guardaba silencio, otros hablaba sin cesar: se negaba á veces á comer, ó pretendía comer hasta enfermar. En ocasiones no quería levantarse de la cama, ó se resistía á acostarse, ó se tendía en el suelo sin ningún abrigo. Los guardianes no sabían qué hacerse con el pobre joven, cuya suerte compadecían, persuadidos sin duda de que no había culpa en él. Si por ventura hubiera estado en manos de ellos salvarlo de aquel cautiverio, lo habrían efectuado seguramente, para enjugar las lágrimas y calmar el terror que atormentaba al cautivo, que estaba tal vez loco.

Entretanto, los jueces interrogaron diversos testigos é instruyeron varias pruebas. Dícese que esclarecieron la verdad y declararon formalmente que el príncipe era culpable y digno de muerte. . . . Por qué? . . . ¿Era reo de rebelión ó de herejía? Felipe II no lo acusaba de esos delitos. ¿Es posible que se le condenase por aquellos simples proyectos de fuga que inocentemente preparó, ó por los meros actos de violencia que probaban á lo más el mal carácter ó la mala educación de Carlos? —No queda más que un fundamento en el cual haya podido establecerse, secreta ó visiblemente, la acusación y la sentencia del príncipe: la sospecha que tuviera el Rey de que su hijo amaba á la Reina, aun ignorándolo ella.

Pero, todo aquí es oscuro y dudoso. Hubo sentencia? La mandó ejecutar el Monarca? O prefirió, como en otros casos había practicado, recurrir á píccimas venenosas, á fin de que la muerte del reo se imputase á dolencias sobrevinientes? . . . Lo cierto es que el príncipe sucumbió en la prisión. Refieren que en los momentos en que agonizaba entró el Rey, y, sin dejarse ver del moribundo, lo



MUELLES DE PTO. CABELLO EN CONSTRUCCIÓN

pendijo escondido detrás de los que rodeaban el lecho . . . Triste bendición que no probaba el amor del padre ni el perdón del Rey, y que no era en realidad sino una ceremonia hipócrita con que el matador quería descargarse de la responsabilidad del crimen! . . .

Pocos meses después murió también la Reina, y, cosa bien singular! el Rey no tardó en desposarse con la princesa Ana, la segunda prometida de Carlos. Por más que los cronistas de ese tiempo hayan querido defender á Felipe II de todo cargo en esas dos muertes, la posteridad ha de ver en ellas, por entre el negro velo que cubre esos aciagos sucesos, la mano del marido suspicaz y celoso que previno por medio de dos crímenes la posibilidad de que fuera mancillado el tálamo real . . .

Los motivos que determinan al Rey en el proceso de Antonio Pérez, son semejantes á los anteriores; trátase también de la fidelidad de una mujer. La forma es distinta, los trámites diversos, los episodios y las incidencias que en él se desenvuelven no se parecen á los de juicio alguno en la historia de las causas célebres de ningún siglo.

Había transcurrido cerca de un año del asesinato de Escobedo, y pensábase generalmente que el inexplicable acontecimiento estaba destinado al olvido, cuando repentinamente ocurrieron á la justicia los hijos de la víctima acusando á los asesinos. Animaba á los acusadores Mateo Vázquez, otro de los Ministros del Rey, que, habiendo penetrado el secreto del crimen, creyó oportuna la ocasión para perder á Antonio Pérez, su enemigo, y puso en conocimiento del Soberano las sospechas que existían contra Pérez y la princesa de Eboli. Fue esta quizá la primera noticia que tuvo Felipe de que su antigua favorita había intervenido en aquel asunto. Siempre disimulado y previsor, se guardó muy bien de ordenar el enjuiciamiento que se le pedía: previno por el contrario á Pérez de las acusacio-

nes intentadas, y lo tranquilizó con la promesa de que no sería molestado por ellas.

Hizo también que el Presidente del Consejo de Castilla Don Antonio Pazos, obispo de Córdoba, amigo personal de Pérez, llamase á los acusadores y los persuadiese de que Pérez y la princesa de Eboli eran inocentes, para que desistiesen de su querrela. Pero Vázquez llevaba cada día nuevos datos al Rey, é insistía en que se abriera el juicio, lo cual al fin solicitaba también Pérez, cierto de exculpase fácilmente, á condición de que no se mencionase á la de Eboli, por honor á los duques de Pastrana. Viendo la nube que contra él se formaba, pidió al Monarca permiso para separarse temporalmente de su servicio: juzgaba que lo obligaba así á imponer silencio al émulo que lo hostilizaba, y aparecía al mismo tiempo seguro de su recto proceder. La princesa, por su parte, se quejaba al Rey con la altivez que acostumbraba de las ofensas de Mateo Vázquez.

Felipe, nada resolvía: ni impedía la acusación, ni le daba curso en justicia, ni satisfacía á Doña Ana Mendoza, ni atendía á ninguna de las exigencias de los Secretarios antagonistas. Aparentó que deseaba la reconciliación de todos, á lo que Pérez se negó con diversas razones, y la de Eboli rechazó también la propuesta de reanudar su amistad con Vázquez. En estas diligencias andaba de intermediario Fray Diego de Chávez, confesor del Rey é instrumento ordinario de sus intrigas.

Propúsose con esto, tal vez, descubrir la verdad de los tratos amorosos de Antonio Pérez y la viuda de Ruy Gómez de Silva, y lo consiguió, sin duda, porque poco después fue que ordenó las prisiones de que antes hablamos. Queriendo aún mantenerlo todo envuelto en las sombras del misterio, aquellas providencias se dictaron *por desobediencia al Rey* en lo relativo á la reconciliación negada, sin que se mencionase absolutamente el asesinato de Escobedo.

El Cardenal de Toledo visitó luego á Juana Coello, mujer de Antonio Pérez, con el objeto de tranquilizarla de parte del Rey, quien á los cuatro meses permitió que Pérez se trasladara á su casa para que cuidase de su salud. Allí se le conservaba en estado de arresto, y, á muchas instancias reales, convino en reconciliarse con su adversario, jurando que en ningún tiempo procuraría vengarse de Vázquez ni de deudo alguno de éste por los agravios pasados. En esta época no se pensó más en la princesa, que seguía fuera de la corte.

Poco á poco volvió á entrar Pérez en el desempeño de sus funciones oficiales: despachaba en su morada, y se le permitía salir y recibir visitas. Era la situación más original que puede imaginarse: un Secretario de Estado preso y libre, amenazado de un proceso criminal, que no se sustanciaba, ni se mandaba sobreseer, y cuyos servicios seguía empleando el Rey en los negocios públicos, sin quererlo ver ni oír.

Entretanto, Felipe II había ocupado el reino de Portugal, á la muerte de Don Sebastián. Cuando regresó de Lisboa decidió dar comisión secreta á Rodrigo Vázquez de Arce, Presidente del Consejo de Hacienda, para que abriera una averiguación reservada sobre la acusación pendiente en la cual insistía el hijo mayor de Escobedo, y dispuso que los testigos debían declarar *bajo palabra de sigilo*. Fueron éstos personas muy principales, como que entre ellos vemos al arzobispo de Sevilla Don Rodrigo de Castro, al conde de Fuensalida, al capitán de la guardia española Don Pedro Velasco, á Don Luis de Ohera, enviado del Gran Duque de Florencia, y otros de esa calidad. Con sus declaraciones quedaron plenamente probados el peculado, la prevaricación y otros delitos cometidos por Antonio Pérez en el ejercicio de su empleo de Secretario de Estado; demostrábase en ellas también que de pobre que había subido al poder, sin haber



MUELLES DE PTO. CABELLO EN CONSTRUCCIÓN.—(De fotografía del señor Rey, hijo)

heredado nunca nada, se había enriquecido de tal modo, que no se conocía grande de España que pudiese igualarle en caudal; acreditaban asimismo las relaciones amorosas que entre Pérez y la princesa de Eboli existían; pero, tocante al asesinato de Escobedo, los testigos se referían únicamente al rumor público que señalaba á aquellos como culpables de ese delito.

Obra era sin duda tal resultado de la inquina de Mateo Vásquez; no creía ya vulnerable á Pérez por la muerte de Escobedo, y le buscaba otros cargos para impresionar al Rey, en lo que había extenso campo para atacar al amenazado Ministro, cuyos actos públicos y privados no brillaban por la justicia, la moralidad ó rectitud de su autor. Enteróse de todo Felipe, y permaneció impassible hasta tres años más, sin agravar el arresto de su Secretario de Estado, ni dar muestras de querer suspender la extraña situación, que mencionamos. Cuál era su plan? ¿Qué esperaba?

En 1585 dispuso que se practicase en las Secretarías de Estado y en los Tribunales de Castilla la que se llamaba *visita de residencia*, la cual tenía por objeto averiguar cómo habían desempeñado los funcionarios y magistrados sus empleos y oficios. Designó para la investigación á Don Tomás de Salazar, individuo del Consejo Supremo de la Inquisición y Comisario General de Cruzadas, con lo que revelaba la importancia que al asunto asignaba y la trascendencia de los resultados, porque siempre que uno de esos personajes eclesiásticos se ingería en semejantes averiguaciones, se podía afirmar que se desenterraban delitos y aparecían numerosos culpables. Cuanto más que el Visitador conocía en secreto, no estaba obligado á dar al residenciado traslado de las pruebas que contra él se hallaban, para que

las explicase ó desvirtuase, ni lo oía en circunstancia alguna á fin de que se defendiese en justicia.

Contra Antonio Pérez resultaron desde luego muchos gravísimos cargos: había revelado secretos de Estado; había suprimido, alterado, falsificado diversos documentos diplomáticos venidos en cifra; había adulterado ó suplantado la correspondencia recibida de varios jefes, magistrados y otros empleados en negocios de considerable interés; había en suma incurrido en multitud de faltas, abusos é irregularidades. Unido todo eso á lo que constaba en el expediente instruido ante el Presidente del Consejo de Hacienda, sobraba para perder al hombre público más cimentado y mejor sostenido del mundo. El Visitador lo condenó en treinta mil ducados de multa, á dos años de reclusión en una fortaleza, á ocho de destierro de la corte y diez de suspensión de oficio. Por menos, muchísimo menos, mandó Don Juan II de Castilla decapitar á Don Alvaro de Luna . . .

Dos alcaldes fueron á prender á Antonio Pérez que se hallaba en su casa, platicando sossegadamente con Juana Coello, su mujer, lejos de esperar aquella recrudescencia en el proceso que contra él se había seguido y que en tantos años parecía olvidado. Los jueces se dedicaron antes que todo á ocupar los papeles del sentenciado, y mientras tanto Juana Coello hizo huir á su amaño, por una ventana que tocaba con el techo de la iglesia de San Justo. Alborotáronse los alcaldes cuando advirtieron la fuga del reo, allanaron de arriba abajo la casa, y acudieron luego con gente armada al templo, cuyas puertas mandaron derribar, y lo registraron minuciosamente hasta que encontraron al prófugo en uno de los desvanes del tejado, y lo llevaron á la fortaleza de Turegana á cumplir su condena, sin permitirle hablar con nadie.

Sobrevino, como en esos tiempos acontecía, una larguísima controversia entre las autoridades eclesiásticas y los jueces civiles por violación del lugar sagrado de que fue extraído violentamente Pérez; los alcaldes fueron excomulgados en toda forma, y hubo sentencia de que se restituyese el encausado al asilo, apercibidos los desobedientes con igual pena; pero, Felipe II, para quien las instituciones católicas no eran sino armas que esgrimía en interés propio, y que nunca toleró que se hicieran valer para estorbar el cumplimiento de sus órdenes, mandó anular todo lo obrado por la potestad eclesiástica; y Pérez quedó en el castillo antedicho, donde inmediatamente se le incomunicó y cargó de grillos. Privósele además de todo recurso, fueron embargados sus bienes, y el rigor de los carceleros arreció en tal grado que parecía llegado el momento de ultimar el proceso del asendereado Ministro.

La causa del asesinato de Juan Escobedo era en apariencia extraña á todos estos procedimientos; y sin embargo, en élla se hallaba el eje y el motor de la formidable maquinaria que se empleaba contra Antonio Pérez, y al mismo tiempo la salvaguardia de su libertad y de su vida.

Una ocasión para revivir la paralizada acusación se presentó á Rodrigo Vásquez de Arce, el Juez que guardaba en su archivo el antiguo proceso, enemigo del enjuiciado, que andaba siempre husmeando, junto con el otro Vásquez, las huellas que de sus malos pasos había dejado el antes engreído Pérez en muchas partes. Proporcionósele el alférez Antonio Henriquez, uno de los asesinos de Escobedo, que se encontraba en Zaragoza á tiempo que Felipe II celebraba cortes en Aragón, y estaba en su comitiva el Presidente

del Consejo de Hacienda. El Henríquez quería vengarse del antiguo valido, porque, al decir del miserable homicida, Pérez había mandado matar á un deudo de él, ó probablemente porque se había negado á seguir pagándole el crimen cuyo precio recibió: logró acercarse á Vázquez de Arce, y le enteró de cómo se efectuó la muerte, quiénes fueron sus ejecutores y la participación que en ella tuvo el primer Secretario del Rey, hecho y circunstancias de que hasta entonces no se tenía noticia cierta, á pesar de la investigación promovida.

No tardó Pérez en saber la importancia que á la declaración tomada en Zaragoza se atribuía, por el júbilo que sus acusadores manifestaban, y enloquecido por el miedo pretendió fugarse de la fortaleza. No lo consiguió, y en pena de su temerario intento, le fue agravada aun más la prisión. Para colmar los padecimientos del perseguido, encarcelaron también á su mujer y á sus hijos. Cuando todos ellos podían considerar perdida hasta la más remota esperanza de salvación, se presentó inopinadamente el confesor del Rey, Fray Diego de Chávez, en el calabozo de Juana Coello, y le propuso que le entregase los papeles reservados de su marido en cambio de la libertad para ella y sus hijos. Mujer fuerte, de austera virtud, modelada

en la turquesa de las matronas antiguas, no la arredraban ni el poder despótico del Monarca, ni la crueldad de sus verdugos, y rechazó valerosa así los halagos como las amenazas del religioso. A oídos de Pérez llegó la negativa incontestable de su mujer: tembló por la suerte que á la pobre mártir esperaba, cierto que donde se veía la cogulla gris del confesor, allí estaba el alma implacable del Rey. Se cortó una vena y con la sangre que de ella brotaba escribió un billete á Juana, para que entregase inmediatamente los papeles que le pedían.

Luégo que Fray Diego de Chávez los recibió, ordenó que excarcelasen á la mujer y los hijos de Antonio Pérez, y este mismo fue trasladado á la corte, donde se le dio por prisión la casa de su amigo Don Benito de Cisneros, que lo trataba como huésped, y le

permitía recibir visitas de deudos y extraños, y aun salir algunas veces sin guardias.

Era imposible comprender las altas y bajas que tenía la causa. El Juez Vázquez de Arce no podía ocultar la extrañeza que le producían las órdenes contradictorias que sucesiva-

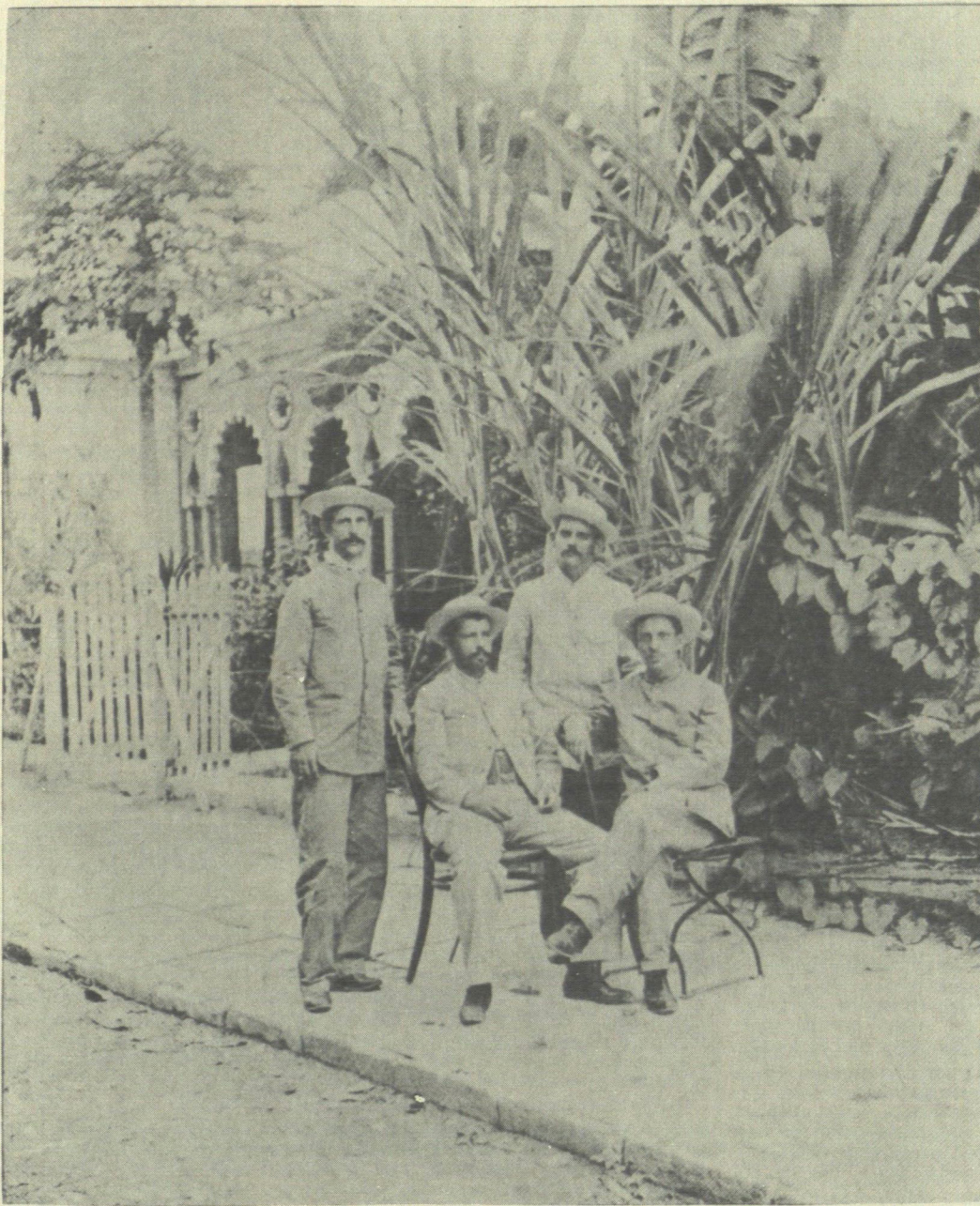
del hecho, y así se libraría de todo. "No tiene culpa el vasallo, decía, que mata á otro hombre de orden de su Rey, que como dueño de la vida de sus súbditos puede quitársela con juicio formado ó de otro modo, estando en su mano dispensar los trámites judiciales, y se ha de pensar siempre que lo manda con causa justa, como el derecho presuppone, y así con decir la verdad se acaba el negocio, y habrá S. M. satisfecho á Escobedo, y si quisiere convertir contra S. M. se le ordenará que calle, y salga de la corte y agradezca lo que más se pudiera hacer con él, sin declararle la causa de ello, que á esta no se llega en materia alguna . . ."

Pérfido era el consejo del eclesiástico. No se pueden expresar con más sencillez cosas tan espantosas, ni tratar con mayor ligereza asunto como ése que venía siendo tema de escándalo entre propios y extraños! La carta tendía á que Pérez se declarase reo, y, como se suponía que carecía ya de documentos con qué acreditar la orden del Rey, dividida la confesión al arbitrio del tribunal, sería condenado por el doble crimen del asesinato de Escobedo y la ofensa irrogada al Soberano. Versado en las espantosas intrigas de la época, el encausado evitó el lazo con habilidad, y adoptó el camino de negociar directamente con el acusador, quien, por

una cantidad considerable de dinero, consintió en apartarse de la querrela, lo que dio lugar á que Pérez pidiese el sobreseimiento en el juicio.

Cualquiera creería que el malhadado proceso había llegado, sin duda alguna, á su próximo inevitable acabamiento. Sin pruebas suficientes contra el reo, antes bien favorables las que en los autos había, atenuados los apremios de que al principio fue víctima, desistido el acusador, enmohecidos ya por el tiempo los folios de la causa, todo el mundo aguardaba que el tribunal fallaría pronto, definitivamente, absolviendo al acusado. Pero, no sucedió así: el juicio entró, por el contrario, en otro más serio y más complicado período.

Temiendo que pudiese escapársele la presa, fingió Felipe que estaba comprometido su nombre con el rumor que corría de que por orden suya había sido ejecutado Escobedo, lo



EN LOS BAÑOS DE MAR — PTO. CABELLO

mente le comunicaban. *El mismo Rey unas veces me da prisa y alarga la mano, otras despacio y me la encoje,*" decía á los que le preguntaban. "Ni lo entiendo, ni alcanzo los misterios de las prendas que debe de haber entre Rey y vasallo . . ." Quién era capaz de penetrar en éste y otros asuntos, los tenebrosos designios de Felipe II?

No perduró la tregua. Algunos días después fueron interrogados Antonio Pérez, su mujer Juana Coello, así como el mayordomo Diego Martínez, y negaron los cargos que se les hicieron por la muerte de Escobedo. Pérez hizo declarar en su abono seis testigos, y el hijo del asesinado pidió que se le concediera término para aducir más pruebas. En ese estado, que parecía favorable al acusado, escribió Fray Diego de Chávez á Antonio Pérez, exhortándole á que confesara la verdad

cual imponía al Monarca el deber de esclarecer, en honra de la Corona, la verdad de lo acontecido, y dirigió al Juez esta misiva por todos modos extraordinaria:

"*Presidente: Podéis decir á Antonio Pérez de mi parte, y si fuere necesario enseñarle este papel, que él sabe muy bien la noticia que yo tengo, de haber hecho matar á Escobedo, y las causas que me dixo para ello avia, y porque á mi satisfacción y á mi conciencia conviene saber si estas causas fueron ó no bastantes, ya Yo le mando que os las diga, y de particular razón dellas, y os muestre y haga verdad lo que á mí me dixo, que vos sabéis, porque Yo os lo he dicho particularmente, para que habiendo Yo entendido lo que assi os dixere y razón que os diere dello, mande ver lo que en todo convenga. En Madrid á 4 de enero de 1590. —YO EL REY.*"

El propósito de esta orden era indescifrable y contradictorio. No se descubre en ella claramente si el Rey dispuso la muerte del Secretario de Don Juan de Austria ó si sólo la aprobó después de efectuada, al mismo tiempo que pretendía que el desgraciado Ministro justificase los motivos que existieron para perpetrar el crimen, cuando debía suponerse que eran razones de Estado. Doce años habían transcurrido desde aquel injustificable homicidio, once de persecuciones había padecido Antonio Pérez, y el público estaba fatigado de los prolijos é inusitados trámites observados en aquel juicio. Con razón le decía, pues, el arzobispo de Toledo al confesor del Rey: "*Señor, ó yo soy loco ó este negocio es loco. Si el Rey mandó á Antonio Pérez que hiciese matar á Escobedo ¿qué cuenta le pide, ni qué cosa? . . .*" Pérez fue encarcelado con nuevo rigor: recusó por enemigo al Juez Vázquez de Arce, y el Rey acordó que asistiera como asociado el licenciado Juan Gómez, otro malqueriente de Pérez, con lo que vino á ser doble la saña contra el encausado, el cual á todos los interrogatorios, que se le hicieron para que declarase los motivos de la muerte de Escobedo, dijo que se refería á lo que antes había expuesto, para combatir la acusación.

Pusiéronle grillos, lo cargaron de cadenas y se ordenó la prisión de su mujer Juana Coello y de sus hijos para coaccionar al reo. Crueldad inexcusable, tratándose de esos infelices que no tenían parte alguna en los actos efectuados por Pérez como hombre público en servicio del Rey, y en quienes los jueces se ensañaban para acrecer la aflicción del perseguido! Y como eso mismo no bastaba á doblegarlo, vino al cabo el verdugo para arrancarla en el tormento las declaraciones que se negaba á dar. Cuentan los historiadores que el ejecutor de los suplicios capitales desnudó al que antes había sido Secretario de Felipe II, y con una cuerda de grueso cáñamo, tendidos los brazos hacia abajo, fue ciñendo con apretadas vueltas, obligándolo á mantenerse de pie, el cuerpo enflaquecido por la edad y por los padecimientos físicos. Hizo al principio el atormentado esfuerzos inauditos para ahogar el dolor, pero las vueltas seguían comprimiendo hasta más no poder la piel, los músculos y los huesos, y al fin estalló en gritos y lamentos que resonaban en el oscuro y solitario calabozo, sin mover á piedad á los magistrados inexorables que presenciaban el suplicio! . . .

Antonio Pérez, rendido por la pena, ofreció declarar; se suspendió la tortura, y explicó las razones por las cuales había ordenado el Rey la muerte de Escobedo, consejero é instigador de los planes de Don Juan de Austria respecto de la corona de Escocia y la independencia de los Países Bajos, y cómo había dispuesto y mandado todo para cumplir las órdenes del Soberano. Agregó por último que había resistido antes á revelar lo acontecido, porque había jurado al Rey no descubrir jamás en circunstancia alguna aquel secreto de Estado

Los Jueces oyeron atónitos la exposición que con voz balbuciente hizo el reo, y, después que la asentó el escribano en el expediente, se retiraron en silencio. Casi muerto quedó el infortunado preso. El médico de la prisión, informó que fallecería, si no se le asistía con interés. Permitióse después de algunos días que lo acompañase y cuidara un criado suyo, y á los tres meses obtuvo la desventurada Juana que le dieran licencia para venir con uno de sus hijos á atenderlo en la cárcel, merced á lo cual empezó á restablecerse y cobrar algunas fuerzas.

Teníanlo después como olvidado; ni jueces ni alguaciles volvieron á verle; y, por el estado grave á que llegaron sus dolencias, no se ejercía gran vigilancia con los que entraban á su calabozo y salían de él. De esa situación se aprovechó Pérez para fugarse una noche, disfrazado con el vestido y el manto de su mujer. El miedo á nuevas torturas, la persuasión de que sus enemigos lo harían sucumbir en una de aquellas pruebas espantosas, el convencimiento de que el Rey no esperaba sino que recuperase la salud, para someterlo quién sabe á qué crueles venganzas, la desesperación de su mujer que lo animaba á partir, los consejos de los pocos amigos que le quedaban, le infundieron una energía de que parecía incapaz en su estado de aniquilamiento y postración.

Montó á caballo en las afueras de la ciudad, donde se puso un hábito de monje, y con dos compañeros leales marchó sin detenerse cuatro días hasta pasar la frontera de Castilla á Aragón. Al enterarse los jueces de la desaparición del procesado, cayeron furibundos contra Juana Coello y sus hijos, á quienes maltrataron y aprisionaron otra vez sin compasión.

Las requisitorias reales llegaron hasta Calatayud. Los alguaciles de Felipe II pretendieron extraer el prófugo del convento de los Dominicos, donde se había refugiado, pero se opuso con valor Don Juan de Luna, diputado del reino de Aragón, y los esbirros no osaron provocar un conflicto que podía costarles la vida. Antonio Pérez era hidalgo y natural de esa Nación. Con esa calidad gozaba, desde que pisaba su territorio, del derecho de ser juzgado conforme á las leyes aragonesas y por jueces de Aragón. cualquiera que fuese el delito que hubiera cometido en otros reinos. Esto era lo que buscaba el fugitivo. Siguió luego á Zaragoza é invocó el *Privilegio de la Manifestación*, con lo que se le mandó poner en la cárcel que llevaba ese nombre, llamada también de los Fueros, bajo el amparo y potestad del JUSTICIA MAYOR.

Diffícil sería comprender los sucesos ulteriores, si no explicáramos antes qué era Aragón en esa época y en qué consistían sus célebres Fueros. Veremos después la catástrofe que produjo esta causa antes de llegar á su trágico y fatal desenlace.

ANIBAL DOMINICI.

INEVITABLE

Juguete de los vientos va la nube
Rodando en el espacio,
Condenada á vivir eternamente
Por el éter vagando.
Así el hombre también desde que nace
Va rodando impelido
Sin poder separarse de la ruta
Que le trazó el destino.
Va la nube á chocar contra la nube
Que se opone á su paso
Y se funden las dos ó se deshacen
En mil girones blancos.
Cual la nube rodando, en mi camino
Te colocaste un día
Y yo debo fundir tu alma en mi alma
O dejarte mi vida.

c. SANCHEZ-AREVALO.

LOS ARBOLES QUE LLORAN DE LA PLAZA BOLIVAR



UCHAS personas habrán notado, al transitar por la Plaza Bolívar, el curioso fenómeno de que, en plena estación seca, algunos árboles gotean agua, hasta humedecer sensiblemente el pavimento; y el que esto escribe ha visto además, á

ciertas horas, aumentada de tal manera esta parcial lluvia hasta correr el agua por uno de los extremos de los jardines.

Algunos, ó la generalidad, atribuyen á las innumerables *chicharras*, que se posan con especialidad en estos árboles, el fenómeno de la lluvia; mas sin dejar de tenerse en cuenta la parte que en él toma la incontinencia de estos insectos, haremos algunas consideraciones acerca de la circulación vegetal y citaremos algunos experimentos que comprueban la propiedad que poseen algunas plantas de exhalar *agua líquida* por sus hojas y partes verdes.

Las raíces de las plantas, á manera de bombas aspirantes, absorben del suelo grandes cantidades de agua, que en los árboles es conducida por la savia ascendente y llevada á la copa y ramazón para revivir los tejidos, llenar los vasos y fijar las sales nutritivas que van á formar nuevos órganos y á complementar otros.

La fuerza que impele á la savia su movimiento ascensional llámase *ósmosis* y fue reconocida desde el año de 1826, debido á los experimentos de Dutrochet, agrónomo francés.

Para demostrar la fuerza de impulsión de la savia de los vegetales, un químico inglés, Hales, se valió de un manómetro de mercurio constituido por un tubo en forma de U, doblado en ángulo recto en una de sus extremidades, la cual se adaptaba por medio de un tubo de caucho al tallo recién cortado de la planta que examinaba (una vid.) y vio subir la columna de mercurio hasta la altura de 1 metro, que equivale á 14 metros de agua.

Hales, además demostró con un bello experimento en el girasol (*Helianthus annuus*) la transpiración de las plantas por las hojas y tallos.

Colocó dicha planta en un vaso con una abertura que podía cerrarse herméticamente por una tapadera de plomo que tenía dos agujeros: uno para el tallo de la planta, el otro para introducir el agua de riego. Durante 15 días consecutivos se pesaba el aparato con toda regularidad y se reconoció que las partes verdes del girasol perdían por término medio 610 gramos en doce horas de día, por una superficie de 4 metros cuadrados. La evaporación durante la noche llegó á veces en el mismo lapso á sólo 9 decágramos, pero llegó á ser nula en otras.

El mismo experimento se hizo con otras plantas. El repollo ofrece proporciones sorprendentes. Una hectárea de esta planta sembrada á 50 centímetros de distancia, emite en 12 horas 20.000 kilogramos de agua, que son 20 metros cúbicos, es decir, 20 toneladas métricas de ese líquido.

No queda duda que la mayor cantidad de agua evaporada por una planta está en razón directa de la intensidad y energía de los rayos solares. Aquí en los trópicos debe por tanto ser más grande, y así lo es en efecto.

El nunca olvidado Marcano, hizo á este respecto observaciones que demuestran bajo el cielo tropical el ascenso con dos máximo

de la savia. Uno desde las 6 hasta las 10 a. m. en que se sucede un receso, la plea mar de la savia, que podríamos llamarla, otra máxima á las 12 en que comienza á descender.

El fenómeno de la perspiración de las hojas es un hecho de fisiología vegetal que se hace más visible, cobra mayor intensidad en esta zona, en los vegetales sometidos á la fuerte y prolongada irradiación solar.

Y nada sorprendente aparece en los árboles de la familia de las Leguminosas, como son los samanes de la Plaza Bolívar, objeto de este artículo, si se sabe que son de raíces cuya extensión llega á grandes profundidades en el subsuelo, para ponerse en contacto con las venas de agua que lo surcan.

Llama la atención además, que la perspiración se haga más intensa precisamente en la época que media antes de la estación de las lluvias, cuando los demás árboles sufren con la prolongada sequía y aparecen agostados; y á tal punto llega á sentirse los efectos de esta lluvia, que plantas como el café, á que sirven de sombra los samanes en la tierra caliente, anticipan su florecencia á las otras que sombrean árboles distintos.

Las propiedades fisiológicas de los samanes y otras plantas del mismo género le dan preeminencia como árboles de sombra del café. Ellas plegan sus hojas durante las noches, dejando penetrar el rocío y el aire fresco á las plantaciones del arbusto sabeo; no le disputan los alimentos contenidos en el suelo, en donde el café extiende sus raíces, sino que los extraen del subsuelo junto con la humedad que transforman en benéfica lluvia en la estación del riguroso verano, y sus raíces y hojas tienen la particularidad, ya demostrada por la ciencia de fijar el nitrógeno libre de la atmósfera con la intervención de los microbios nitrificantes abonando de este modo el suelo de material tan rico y tan útil para el logro de las cosechas.



IGLESIA DE SAN FRANCISCO. — Guayaquil

EL HIJO DEL POBRE

(FRAGMENTO)

POR EL P. VICTOR VAN TRICHT DE LA COMPAÑIA DE JESUS

El niño, al entrar en el mundo, no encuentra en él solamente abiertos para recibirle los brazos de su padre y de su madre, no entra solamente en ese círculo estrecho que se llama la familia; entra también de lleno en esa gran asamblea que se llama la sociedad humana.

Ahora bien; la sociedad debe asimismo ayuda y socorro al niño, porque el niño es para ella el porvenir en su flor. . . el niño de hoy será el hombre de mañana; el niño es la sociedad que renace de sus cenizas, es la sangre nueva, es la vida.

Veamos, pues, cuál es la parte que toma en esa obra; veamos el trabajo de la sociedad y su éxito.

Advertid, os ruego, que al hablar de la sociedad, no hablo de una sociedad ideal ó teórica, hablo de la sociedad en que vivimos; no trato aquí de economía social, me limito á hacer observaciones y presentar hechos.

Todo hombre aporta á la sociedad, de la cual es miembro, el concurso de su actividad y de su energía; por justo retorno, participa en cierta medida del trabajo, de la actividad y de la energía de todos los demás. Esas fuerzas unidas permiten lo que tanto en mecánica como en economía se llama la división del trabajo, y, por consiguiente, todos los grandes desenvolvimientos, el de las ciencias y de las artes, el de las letras y de la cultura, el de la industria y del comercio. Empleando cada cual su fuerza en una dirección exclusiva, concurre á llevar su parte al centro; y todas esas partes reunidas constituyen una especie de fondo común, del que todos participamos. En suma, hay en toda sociedad humana un cambio constante, cuyo instrumento es el salario. Mi trabajo propio y personal me vale ese salario; yo le recibo y me sirvo de él para pagar á mi vez el trabajo de otro.

De esta suerte, trabajando cada uno para todos, sucede que todos trabajan para cada uno. El niño va en seguida á utilizarse de esto.

Le serán necesarios á vuestro niño pañales, y mantillas y encajes.

Pues ved, allá lejos hay fábricas inmensas como grandiosos monumentos, ostentando escalonados sus innumerables y monótonos pisos, donde el vapor silba, y gime en sus cilindros de bronce, donde el *chischás* de los telares se confunde con el zumbido de las máquinas, donde trabajan centenares de obreros y obreras derramando sudor de sus frentes. . . En una de esas fábricas se hace lienzo blanco, en otras se fabrican telas y paños para los pañales y mantillas de vuestro niño.

Allá en las aldeas de nuestra Flandes, hay legiones de jóvenes doncellas, vivarachas y alegres, cubiertas de blancas cofias que, sentadas á su ventana durante todo el día, con una gran almohadilla sobre sus delantales de labor, hacen saltar entre sus ágiles dedos, en medio de un bosque erizado de alfileres, centenares de bolillos envueltos en hilo. Cantan viejos aires flamencos, lentos y monótonos, mientras caen los bolillos con un seco tic-tac, aljofarando sus cánticos con un incansable arpegio. Están haciendo los encajes de punto de Ipres y de Valenciennes para vuestro niño.

¿Queréis engalanar á vuestro niño? ¿necesitáis para él seda, cintas, collares de coral y de piedras finas? ¿le es necesaria una crucecita de oro para su cuello?

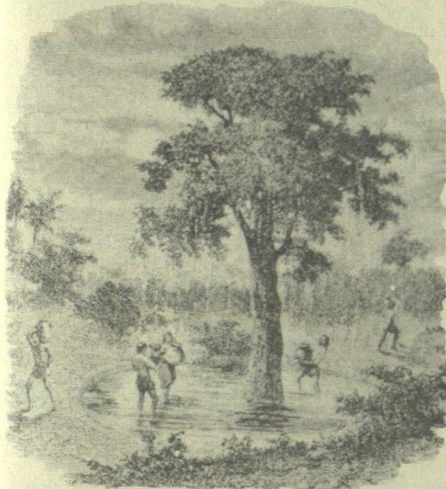
Pues hay provincias enteras en que se crían millares de mariposas blancas que producirán sus orugas, y éstas hilarán su seda. . . y todo un pueblo de trabajadores se pondrá á trabajar para tejer las cintas para vuestro niño.

Y allá lejos, de la otra parte de los grandes mares, mientras que unos infelices se mergen en las ondas para pescar el coral y la piedra fina, otros desgraciados se sepultan en las profundidades de la tierra, y á golpes de picacho y azadón y á barrenos de pólvora y dinamita, hien den las rocas para extraer de ellas granos de oro. Buques de vapor atravesarán esos grandes mares desafiando la tempestad, y os traerán el collar y la cruz para vuestro niño.

¿Queréis que vuestro niño se divierta? ¿le hacen falta juguetes que le entretengan y le hagan reír?

La industria, las artes, las ciencias mismas van á poner manos á la obra. . . Ahí tenéis los juguetes para vuestro niño.

¿Mas qué? el niño palidece, sufre. . . una angustia mortal se apodera de vuestro corazón. . . ¿Qué teméis? Desde hace siglos, en



Las narraciones de viajes mencionan un árbol de la Isla de Hierro (grupo de las Canarias) que por otras causas, quizás meteorológicas, daba agua en tal abundancia, que según Galindo (1623) podría surtir toda aquella isla. Fuente maravillosa, decía, con la cual la naturaleza remedia la sequía y provee las necesidades de los habitantes.

Este bendito árbol fue destruido por un huracán á principios del siglo décimo séptimo.

En la India como en algunos países de Africa, son comunes esos árboles verdaderamente útiles para la agricultura y el viajero fatigado se acoge bajo sus ramas de pinadas hojas, sin dejar por eso de contemplar el intenso azul del cielo tropical, como decía Humboldt.



PLAZA DE ZEA — MEDELLÍN

ni aversión: la amenaza de la muerte parecía restaurar en sus corazones la fraternidad que su pensamiento había roto.

—Esperaremos—dijo tímidamente Marcelo al cabo de unos instantes.—Y volvió á arrodillarse en el reclinatorio.

Luciano, dejando sobre la mesa el frasco se colocó á los pies de la cama y permaneció sin apartar la vista de su madre.

Pasó la noche. ¡Qué largas les parecieron las horas, qué medroso el silencio, qué alarmante cualquier rumor, y cómo les desazonaba el ruido metálico y acompasado del reloj, que en cada oscilación del péndulo parecía llevarse un instante de aquella vida que era para ellos el mayor tesoro del mundo!

Por un balcón de la estancia inmediata, dejado entreabierto para renovar la atmósfera, comenzó á soplar el aire saturado de aromas campestres, oyóse el canto vigoroso de los gallos, y primero en vago resplandor, luego en torrentes de claridad, entró la luz del día, saludado con maravillosos gorjeos por los millares de pájaros que rebullían entre el ramaje de las huertas. Cuanto venía de fuera significaba llamamiento á la renovación y la vida; mientras allí dentro la inacción y el silencio parecían ir allanando su camino á la muerte.

Marcelo seguía rezando.

Luciano había puesto sobre la mesa donde estaba el frasco, una copa con un cortadillo de agua, á la cual era preciso unir el medicamento: todo lo tenía preparado, y sin atreverse á intentar la horrible prueba, iba y venía de un cuarto á otro, mirando alternativamente al frasco y á la copa.

Al cabo de muchas horas de aplanamiento y laxitud, doña Inés pareció reanimarse, abrió los ojos y cambiando de postura murmuró algunas frases incoherentes. Entonces Luciano alargó la mano hacia la mesa, cogió el frasco, lo destapó... y enseguida, de pronto, bruscamente, como acobardado, volvió á dejarlo de golpe donde estaba.

Al ruido alzó Marcelo la cabeza, y viendo tratada en el rostro de su hermano la perplejidad y angustia que sentía, fué hacia él, preguntándole por lo bajo:

—¿Qué es eso?
—Mira—repuso señalando á su madre—se ha movido, ha hablado, está más fuerte... tal vez pudiera resistirlo. Este es el instante oportuno... ¡y no me atrevo! ¡Si estuviéramos en la clínica! ¡Si no fuera ella!

—¿Tú crees que se salvaría con... eso?

—En casos análogos... unas veces el medicamento ha respondido... otras ha fallado.

De repente, doña Inés, incorporándose sola en el lecho y con voz apenas perceptible, murmuró:

—¡Agua!
Ellos se contemplaron de hito en hito, silenciosamente, leyéndose en los ojos la incertidumbre que les consumía, mientras la anciana repitió sordamente:

—¡Agua!... ¡Agua!
Aquella voz que tenían no volver á escuchar nunca les removió el fondo del alma, agitando y trastornando de tal modo sus ideas, que cada uno, sin darse cuenta de ello, buscó la salvación de lo que amaba, no en los medios que le eran peculiares y propios, sino en aquello mismo que por serle ajeno, desconocido y contrario, adquirió á sus ojos las proporciones de lo maravilloso.

En aquel momento supremo vaciló la fe del creyente y se quebrantó la incredulidad del escéptico: el místico se sintió mordido por la duda y el desengañado se dejó seducir por la esperanza. Todo lo trastornó el brutal zarpazo del dolor.

Luciano, el médico, cayó de rodillas ante el crucifijo adorando á Dios en espíritu y en verdad. Marcelo, el sacerdote, se aproximó á la mesa, tomó el frasco, vertió unas cuantas gotas de su contenido en el agua, y sosteniendo con una mano á la enferma le hizo con otra beber el líquido misterioso. Mientras el médico pedía misericordia al cielo, el sacerdote se echaba en brazos de la ciencia.

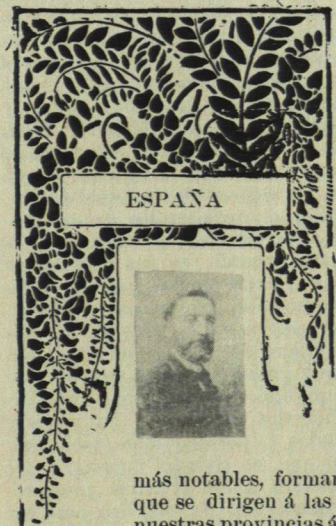
¿Llegó al cielo la plegaria? ¿Obró la substancia química sobre el organismo?

De allí á poco doña Inés comenzó á mejorar, recobró la salud y fue de nuevo durante algunos años alivio de pobres y consuelo de tristes.

Los dos hermanos procuraron desde entonces no hallarse frente á frente. Cada uno de ellos era poseedor del secreto del otro y ambos se sentían avergonzados por aquel pasajero desfallecimiento que á nadie confesaron.

Quedóles el convencimiento de que en el mundo había algo que les era común y propio por igual, algo que todo lo perturba y equipara: el Dolor, deidad suprema que puede sembrar la duda en el espíritu del creyente y hacer que brote la esperanza en el pensamiento del incrédulo; pero alejado el peligro renació en su corazón la intransigencia, y ni Luciano atribuyó poder á su oración, ni Marcelo creyó en la eficacia del remedio.

MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA

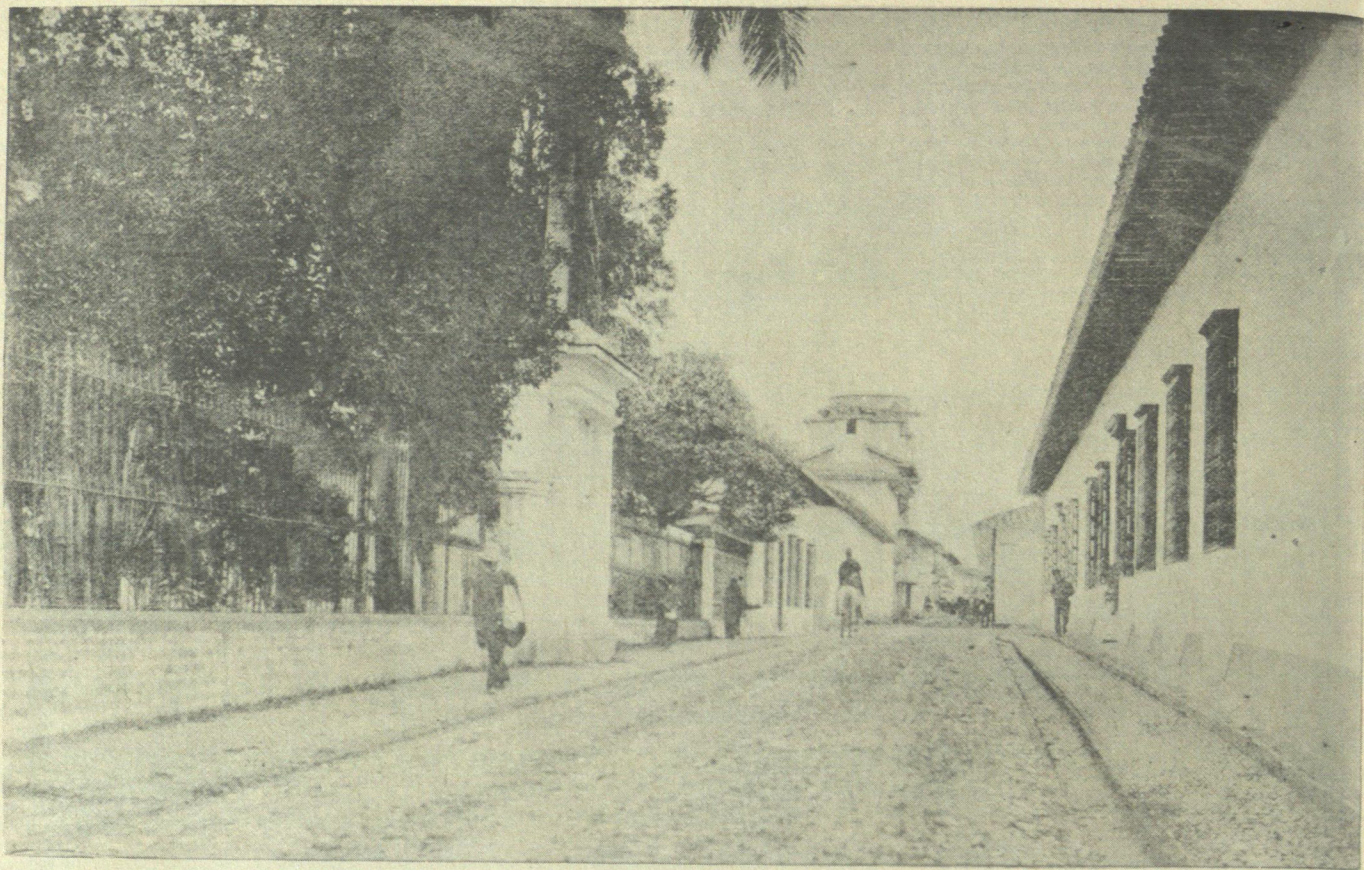


Con la llegada de la primavera, ha terminado en Madrid lo que los cómicos llaman primera temporada de trabajo: ciérranse nuestros principales teatros, y los actores

más notables, forman compañías que se dirigen á las capitales de nuestras provincias á representar

las obras estrenadas en los teatros de Madrid durante los meses de invierno. Por consiguiente, desde hoy habré de suprimir de estas crónicas la parte dedicada al estreno de obras dramáticas y cómicas de alguna importancia, pues hasta la próxima temporada, no es probable que se represente ninguna.

El movimiento bibliográfico continúa paralizado en Madrid. La mayoría de los nuevos volúmenes que se ven en los escaparates de los libreros, aparecen impresos en Barcelona, Sevilla, Córdoba, etc. *Sevilla prehistórica*, publicado hace ya algunos meses en la capital andaluza de este nombre, es una obra de verdadera importancia para los cultivadores de la ciencia encaminada á descubrir cómo vivió en nuestro planeta



MEDELLÍN — CALLE DE CARABOBO HACIA EL NORTE

el hombre primitivo. Su autor, don Carlos Cañal, ha hecho un estudio minucioso de todo lo que se sabe acerca de este particular relativo á aquella región, y ha aportado datos y observaciones muy importantes, hasta ahora desconocidos. Precede á la obra un excelente prólogo, escrito por el marqués de Nadaillac. El ilustrado escritor y sabio paleontólogo señor Rodríguez Alba, ha publicado, á propósito de la aparición de este libro, un bien pensado estudio acerca de la naturaleza y alcance de la prehistórica, á la cual niega el carácter de ciencia positiva. Dice que, si bien es cierto que la corteza terrestre guarda en sus superpuestas capas, las huellas de las pasadas edades, las revoluciones geológicas, transformando unas, destruyendo otras y alterando el orden y sucesión de los estratos, han convertido una gran parte de esas indicaciones en geroglíficos indescifrables, sin unidad, contradictorios las más de las veces y origen de dudas y perplejidades insolubles. Dice también que el trabajo inductivo del hombre en cuanto á los estudios prehistóricos, tiene demasiado de *subjetivo* para ser considerado como rigurosa demostración. No se puede hacer retroceder la vida actual hasta colocarla en las condiciones en que debió hallarse durante los períodos geológicos que el planeta ha atravesado, desde un enfriamiento. Termina diciendo que á ningún ramo de la ciencia, como á la prehistórica, pueden aplicarse aquellos versos de Virgilio en la Eneida:

Ibant obscuri sola sub nocte per umbras, etc.

Una *Guía artística de Córdoba*, es otro de los libros que han aparecido últimamente. Su autor, don Rafael Ramírez de Arellano, ya conocido por otros notables trabajos acerca de la historia del arte en aquella región, no se ha concretado á una nueva indicación de los monumentos de la antigua ciudad de los

Califas, como del título del libro pudiera deducirse; emite también juicios críticos acerca de aseveraciones de otros autores que han tratado de las bellezas arquitectónicas existentes en dicha ciudad. Hay en el libro de que hablo, observaciones muy atencibles referentes á los trabajos de restauración que, de orden del Gobierno, se están haciendo en la antigua mezquita cordobesa, convertida hace siglos en catedral cristiana.

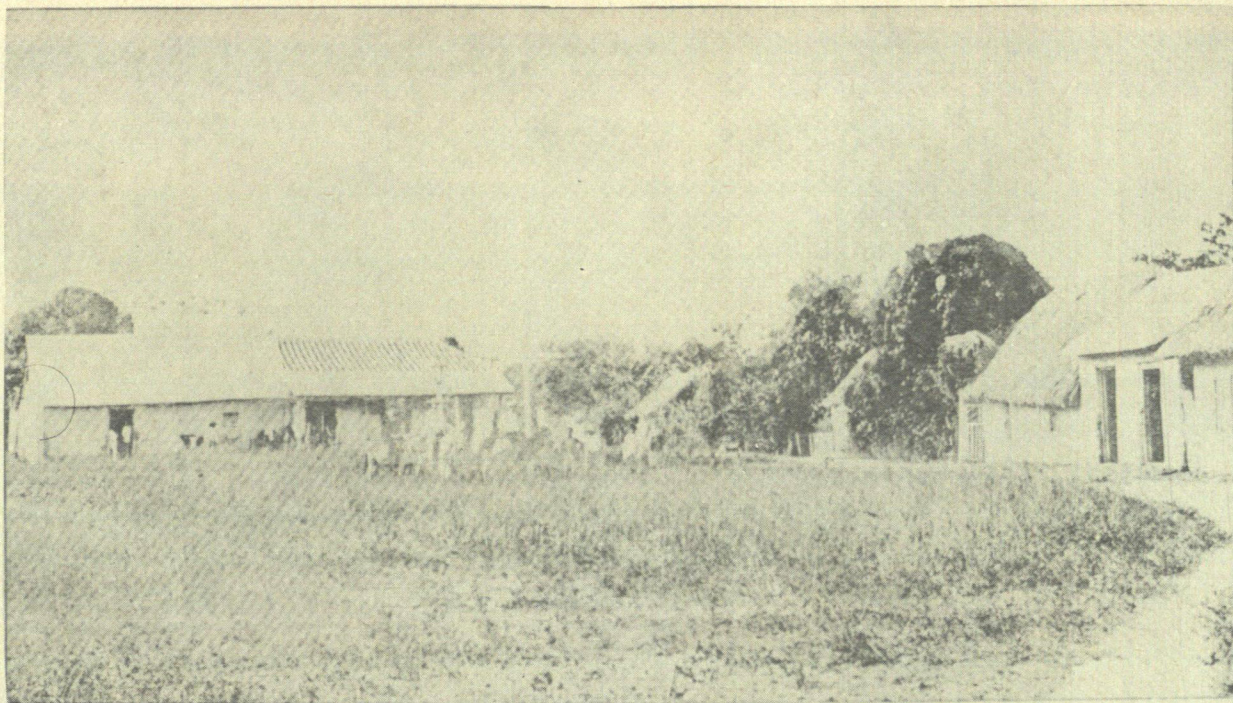
Como estudio del pasado, en la esfera del arte en nuestra patria, es notable la monografía publicada en Barcelona por el sabio arqueólogo señor Brunet y Sisó, titulada: "Sarcófagos romano-cristianos esculpturados que se conservan en Cataluña." El autor es competentísimo en estudios históricos de aquel país. Las ruinas y la existencia de la antigua *Emporium* (hoy Ampurias); los Condes beneficiarios que gobernaron el territorio de Gerona en los primeros tiempos de la reconquista: el "Estudio sobre los Usatges," recopilación de las primitivas leyes de Cataluña; las antiguas vías de comunicación, los castillos feudales, la epigrafía y la numismática en cuya ciencia figura el señor Botet entre los más notables de España, son temas de sus libros y memorias, todos ellos aplaudidos y algunos premiados por nuestra Academia de Historia.

En la monografía ahora publicada, se trata de las sepulturas pertenecientes á los primeros siglos de nuestra Era, cuando dominaba aún en la arquitectura y escultura el arte romano. Son esas sepulturas, generalmente de granito y algunas de pórfido y mármol; se distinguen por su forma prismática recta, con espacio sólo para contener un cadáver y con la tapa plana formando dos vertientes, y una de sus caras, ó ambas, adornadas con relieves, representando pasajes de la Sagrada Escritura, y á veces figuras simbólicas. También se ve en ellas el *Strigilus*, serie de estrías paralelas

en forma ondulada, emblema de la eterna juventud en la antigua Grecia.

El autor describe once de estas sepulturas que son todas las que hasta ahora se conocen en Cataluña y las atribuye á los siglos IV y V, y alguna al siglo III de la era cristiana. Examina cuanto acerca de ellas han dicho otros autores, rectifica algunos yerros y resuelve y esclarece cuestiones dudosas y oscuras, con tanta erudición de buena ley y tan excelente criterio que al más exigente sugiere la conclusión de que acerca de dichos sarcófagos en la monografía del señor Botet se dice la última palabra. Y todavía con ser muy apreciable el mérito del investigador artístico é histórico, le supera quizás la sencillez y precisión del estilo: en esto se ve realizado el axioma aquel: lo que bien se comprende, bien se expresa.

De Barcelona nos ha venido además, entre otros, un tomo de poesías de la escuela decadente ó modernista, original del señor Maragall, considerado entre los más notables de la secta. En este libro se ve clara la evolución que se opera en el campo de esta escuela, tendencia ó lo que sea. Me refiero al pase desde el campo del naturalismo, en que aparecieron los decadentes hace diez ó doce años en París y en Barcelona, al del idealismo espiritualista y místico semi-romántico en que les vemos ahora. Ya muchos de los modernistas, tanto franceses como españoles, han dejado á Zola, y aun le combaten, y se afilian á la escuela belga y flamenca; los dramáticos siguen á Maeterlink, los novelistas á Lemmonier y los poetas á Verhaeren. No dejan por completo la realidad, la idealizan hasta llegar á lo vago y lo nebuloso é incoherente, acercando los términos más opuestos y antitéticos, pero con talento y con cierta graciosa ingenuidad. Lo característico de la escuela tiende á lo nuevo, á lo sorprenden



PASEO SAN ANTONIO—EN LAS AFUERAS DE CIUDAD BOLÍVAR

te, á decir cosas en el fondo y en la forma,—sobre todo en la forma—que otros no hayan dicho. En este empeño, no siempre la verdad aparece hermanada con la belleza; pero, con tal que resulte algo que se separe del camino trillado, el modernista cree haber cumplido su misión.

En poesía la revolución se dirige directamente á una especie de anarquía intelectual, una rebelión contra todo formalismo: se abandona y hasta se desprecia la rima por el ritmo. En la rima ven los poetas modernistas, la simetría, la uniformidad, las reglas, la sujeción, la monotonía, el artificio: en el ritmo la armonía, lo espontáneo, la libertad, el arte en su expresión más elevada. En cuanto al fondo, yo no sé ver en los poetas decadentes ó modernistas nada que, ni en la esfera del sentimiento, ni en la de la reflexión, no ya supere, iguale siquiera, á lo bueno que han dicho los poetas adseritos á las que ellos llaman viejas escuelas. El tomo de poesías de Maragall, tiene todo eso, es decir, lo bueno y lo malo de la secta. Tiene más de lo primero que de lo segundo, porque el autor es poeta de veras y además, hombre de talento cultivado y que siente, como pocos, la naturaleza. Hay en su libro algunas composiciones de pensamiento delicadísimo, de una verdad asombrosa y que, no obstante, aparecen á lo mejor deslucidas por una expresión vulgar, por un atrevimiento inadmisibles en estética. En ellas lo bueno es lo natural, lo espontáneo, lo mediano, que á veces llega á lo malo, es lo artificioso que, á fuerza de querer aparecer desligado de todo convencionalismo, resulta rudo y extravagante.

No hay que hablar mal del modernismo; se puede decir de él que, hoy por hoy, no sabe á punto fijo lo que quiere ni á dónde va; pero esto mismo ha sucedido á otras evoluciones del pensamiento: primero se determinan vaga, confusa y aún contradictoriamente; después, se concretan, se fijan, armonizan sus afirmaciones y negaciones y avanzan hacia un objeto real y positivo. Como de la alquimia salió la química, y de la astrología la astronomía, puede que de las vaguedades revolucionarias de los modernistas, salga una forma nueva de lo be-

llo, una nueva faz del arte, ya que este se renueva incesantemente, como la naturaleza.

Un tratadista alemán, el diputado L. Winterer publicó, hace poco, un notable libro que lleva el título de: *El socialismo contemporáneo*, y que acaba de traducir en idioma castellano el distinguido jurista don Julián del Mazo. Es un examen crítico del socialismo en todas las naciones de Europa y en algunas de América. Contiene pocas teorías y muchos hechos, puesto que la obra tiende á lo objetivo, á estudiar el carácter, la organización y medios de que disponen el socialismo y el anarquismo en las sociedades modernas. El autor se fija poco en las causas del incremento que, de algún tiempo á esta parte, han tomado los partidos y asociaciones que trabajan por destruir el orden social existente: tampoco se detiene mucho en idear recetas para remediar ó curar el mal; expone el hecho, señala el peligro donde lo ve, y deja que los gobiernos obren, en cada nación, según aconsejen las circunstancias en que se encuentran. Dedicó algunas páginas al estudio del socialismo en España y Portugal, no incurre en los errores de hecho que, al hablar de las cosas de nuestro país, suelen incurrir los autores franceses é ingleses, y dice que el temperamento de los socialistas meridionales los inclina, generalmente al lado del anarquismo; por esto no se han sometido nunca á la disciplina del socialismo colectivista. Bakounine obtuvo fácilmente buena acogida en España.

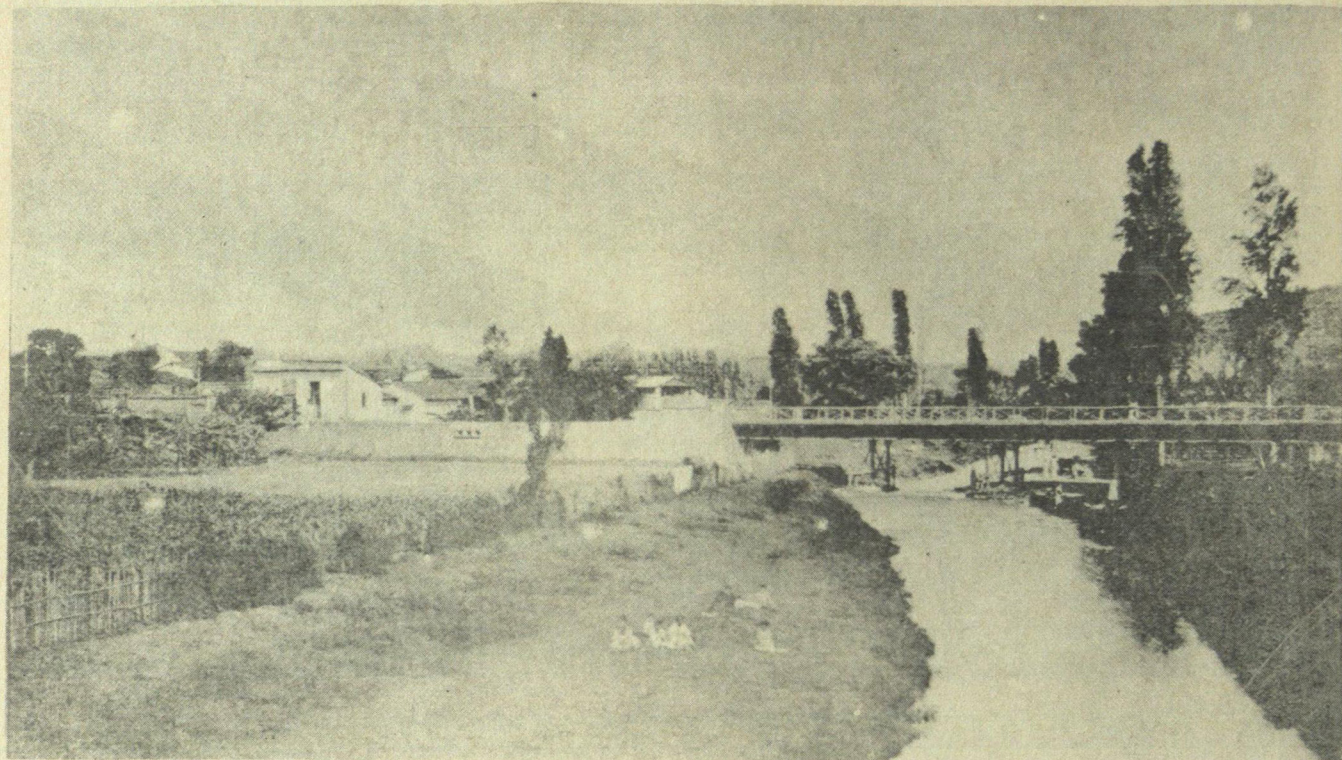
La traducción hecha por el señor Mazo nada deja que desear.

El señor G. Aldagner, director de una de nuestras primeras casas editoriales, ha recopilado en un bonito tomo, de pocas páginas y con el título de *El amor en la mística española*, algunos de los trozos más bellos que, acerca del amor divino, se leen en las obras de Santa Teresa, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz y Malon de Chaide. Ha realizado con esto un fin muy laudable: popularizar á nuestros grandes escritores místicos, en los cuales hay mu-

cho que aprender, no sólo en lo tocante á la forma de expresión sino también en la doctrina de las relaciones entre el hombre y Dios, exenta de ciertas intransigencias de los modernos clericales. Nuestro gran crítico D. Leopoldo Alas (*Clarín*) ha publicado, acerca de este nuevo libro, un notable artículo, evidenciando la necesidad de estudiar con atención á nuestros buenos escritores místicos, para acostumbrarnos á ver á Dios fuera del templo. A este propósito dice que el místico es siempre algo poeta, y busca en las imágenes tomadas de las cosas bellas y aun profanas de la tierra, un medio de acercarnos á la comprensión de Dios. Ni don Alejandro Pidal, ni aun el mismo Menéndez y Pelayo, á quienes se cita en el artículo como definidores de la doctrina que encierran las composiciones literarias de nuestros místicos, salen bien librados de las atinadas observaciones del señor Alas.

En estos últimos días se han recibido en Madrid varios libros publicados en Santiago de Chile por autores adseritos á la reforma radical autográfica de la lengua castellana, ideada, con mejor intención que oportunidad, por algunos literatos de aquel país. No es fácil que esos señores hagan prosélitos en España: cuantos, con tendencias radicales, hanlo intentado antes de ahora, han tenido que ceder en su propósito. La filología tiene su historia y sus tradiciones á las que no se puede impunemente faltar. Escribir como se pronuncia, sería, en realidad, un gran adelanto en la lingüística, pero aparte de que el idioma castellano es de los que menos anomalías tienen en este punto, no hay que olvidar que toda reforma en las cosas de esta naturaleza, se impone, más que preceptivamente, por el uso. Los idiomas se modifican, no sólo en la estructura de las palabras y en el sonido de los signos alfabéticos, sino que también en la sintaxis en el orden de la expresión. En esto como en muchas otras cosas susceptibles de modificación, hay que dar tiempo al tiempo.

Las principales reformas que en la ortografía castellana introducen los chilenos á



ANTIGUO PUENTE SOBRE EL GUAIRE — Caracas — (Al término de la calle Sur 7)

que me refiero, son: todo sonido *ca, que, qui, co, cu*, se escribe: *ka, ke, etc.*; *ga, gue, gui, go, gu*, se escribe: *ga, ge, gi*; y en cambio, el sonido fuerte, es *ja, je, etc.* Así, por ejemplo, los chilenos, en adelante, escribirán en vez de *quejigal, kejigal*; en vez de *guerra*, escribirán *gerra*.

Se suprimen la *h* y la *v*; así se escribirá en vez de *hora, ora*; en vez de *rivalidad, rivalidad*.

La *c* y la *h* suprimidas, como letras independientes, las conservan unidas para el sonido español de *che, chi, etc.*; bien pudiera llevarse el radicalismo á dar ese sonido solamente á la *c* ó á la *h*, y escribir en vez de *Chile, ó bien Hile, ó bien Cile*.

¡Lástima de trabajo destinado á perderse entre el fárrago de las cosas que guardan en cartera los proyectistas que sólo se inspiran en la lógica! Cuantos han tenido ocasión de leer esos libros, convienen en que casi todos, aparte de la ortografía, están bellamente escritos y que en punto á sintaxis castellana nada dejan que desear.

Durante la anterior quincena, en nuestras Academias no se ha efectuado ninguna de las recepciones de nuevos miembros anunciados para esta primavera. En el Ateneo de Madrid, han continuado las conferencias que allí acostumbran dar literatos y pensadores notables, pero la mayoría de estas conferencias versan ahora sobre temas de carácter político, poco en armonía con la índole de estas Revistas. El señor Conde y Luque, catedrático de derecho internacional de la Universidad de Madrid, ha hablado con la competencia que todos le reconocen, de la "Transformación de las ideas sociales en la España del siglo XIX." Sostuvo la teoría de que la nación es un organismo vivo, dándole un sentido biológico y aun etnográfico que le diferencia por completo del concepto del Estado. Estudió el origen de este concepto al concluir el Imperio napoleónico en 1815, y dijo que la injusticia y la violencia que entonces se procedió al despedazar y repartir arbitrariamente

las nacionalidades europeas, produjo un renacimiento de la verdadera noción de estas, la cual se modificó y engrandeció considerablemente al compás de los progresos del Derecho internacional, revelados en otros dos Congresos célebres, el de París de 1856 y el de Berlín de 1878. El mayor desarrollo de esta idea, lo que constituye el verdadero ideal en materia jurídica, es la aproximación, la reunión de todas las naciones para evitar los peligros y desgracias de la guerra.

Como es de suponer al anatematizar la guerra, ensalzó el arbitraje como medio único de dirimir las contiendas internacionales, y condenó en absoluto el sistema de colonización por la fuerza, empleado aun en nuestros días por las naciones civilizadas. El señor Conde y Luque, acabó por decir que sólo cree justificada la guerra, tratándose de la defensa de los intereses nacionales, pero nunca como medio de cambiar el modo de ser de los pueblos, porque *no por ser menos civilizados, puede asegurarse que sean menos felices*, ni hay derecho á cambiar su vida por medio de la fuerza. Una idea muy atrevida, pero no enteramente nueva dominó en este discurso. El orador se lamentó de que, por cuestiones puramente de honra, riñan los pueblos, y sostuvo que las naciones, como á tales, no tienen honor puesto que el honor es un concepto puramente individual y aun de apreciación muy elástica, según los tiempos y las circunstancias. No le falta razón. Si registrando la Historia examináramos, con calma y despreocupación, los hechos, considerados unas veces honrosos y deshonrosos en un mismo pueblo, el escepticismo en este punto sería el resultado de toda investigación. El concepto del honor ha inspirado á los pueblos grandes hechos, pero también los ha conducido á errores y á desgracias muy deplorables.

El señor Ramon y Cajal, sabio catedrático de Histología, de quien he hablado ya en estas *Misceláneas*, dio una conferencia so-

bre "La célula nerviosa," trabajo notable como todos los suyos, que resultó un acabado estudio del funcionamiento de los centros nerviosos con relación á la vida física y aun á la intelectual. Dijo cuanto se sabe acerca este asunto y cuánto á él le ha sugerido la investigación á que hace años vive entregado.

El señor Becerro de Bengoa es otro de los oradores que ha ocupado estos últimos días la cátedra del Ateneo. Disertó sobre el tema: "La opinión pública como medio de gobierno." Trató extensamente de este asunto desde el punto de vista histórico, y fijóse principalmente en evidenciar que la influencia de la opinión pública en los gobiernos, existió ya en la Edad Media: decayó después hasta extinguirse en la época del absolutismo de los reyes y ha resucitado en el siglo actual con la aparición de la democracia moderna. En el curso de la conferencia, habló de la intervención de la Iglesia, las Universidades, la nobleza y las clases industriales y propietarias en nuestros organismos políticos. Notable es también lo dicho acerca de lo que debe ser la prensa periódica, como reflejo de la opinión pública. El señor Becerro Bengoa, enalteciendo mucho á la prensa, como todos los espíritus independientes, cree que no ha de limitarse á servir los deseos de la multitud sino á ilustrarla y á dirigirla.

En la Academia de la Historia, el padre Fita leyó una buena necrología del padre Lerchundi: un franciscano, jefe de nuestras misiones en Marruecos, muerto hace poco en Tánger, y llorado por todos los europeos residentes en aquella ciudad. El padre Lerchundi era correspondiente de la Historia, y hombre de gran cultura. Su muerte ha sido una pérdida irreparable para España.

El señor Danvila leyó una curiosa narración acerca de los primeros trabajos que se



NUEVO PUENTE SOBRE EL GUAIRE—(Al término de la calle Sur 7)—(Fotografía de Lessmann)

hicieron para desenterrar las ciudades de Herculano y Pompeya, los cuales fueron dirigidos por ingenieros españoles, siendo también españoles los que empezaron la formación del Museo de Nápoles, reuniendo los objetos descubiertos entre las ruinas de aquellas ciudades. El señor Codera participó haberse encontrado en el Cairo un libro en idioma árabe, de autor español, hasta ahora desconocido, que contiene trabajos biográficos de escritores y poetas de la España musulmana. Se leyeron además, en extracto, varias Memorias acerca descubrimientos arqueológicos en varios puntos de España, enviadas por los socios correspondientes de la Academia.

J. GÜELL y MERCADER.

Madrid : 1896.

MI DÉCIMA MUSA

Es mi décima musa la esplendente,
la feraz primavera perfumada.
Oigo un plácido idilio en la cascada
y una ronca epopeya en el torrente.

Boca de fuego pura y sonriente
es para mí la flor de la granada :
verde nido de amor toda enamada,
cielo azul el cristal de toda fuente.

Y al blando arrullo de la brisa leda,
sueño con la feliz reja moruna,
el dulce beso en la floresta umbrosa,

la Alhambra, las escalas de oro y seda,
y el callado jardín lleno de luna,
donde suspira una mujer hermosa.

MANUEL REINA.

ANTE DIOS

— PARA "EL COJO ILUSTRADO." —

No más vacilación! Postrarme debo
ante la sacra excelsitud, Dios mío! . . .
Siento tu amor, y á sollozar me atrevo;
germen del mal en mis entrañas llevo,
y flota en las tinieblas mi albedrío!

Miro del bien la peregrina alteza,
y su esplendor celeste me avasalla:
duerme sueño profundo mi impureza;
y en erupción de espiritual belleza
como un volcán mi pensamiento estalla.

El sumo bien, desde la excelsa altura,
con su inefable irradiación me anima;
dispase en mi sér toda amargura,
me envuelven ondas de inmortal ternura,
y la piedad mi corazón sublima.

Se ennoblece mi afán. Luz de alborada
por los umbrales de mi dicha asoma:
mis hijos son mi juventud dorada;
y el albo amor de mi consorte amada
angelicales transparencias toma.

Mas hasta mí, con insidioso alarde,
el mal, vestido de esplendores, llega;
fuego sutil entre mis venas arde,
se estremera mi espíritu cobarde,
y á la inconsulta vanidad se entrega!

Ah! No es el mundo el tentador. Yo mismo
la fuente soy de mi letal zozobra!
¡Llevo con mis errores un abismo,
y en mi propia flaqueza el cataclismo! . . .
¡Falta virtud, y desaliento sobra!

Son mis propias pasiones exaltadas
las que perturban mi divino anhelo:
son mis concupiscencias despiadadas;
soy yo, que llevo en mí las recargadas
coloraciones de mentido cielo!

Del mundo por la lóbrega espesura
marchando voy con esperanza y brío:
mas hay momentos de glacial pavora . . .
que en vano brego por ganar la altura,
cuando á mi débil voluntad me fio!

Mi voluntad! Con ardoroso empeño
oso escalar la fulgurante cumbre;
mas siento el frío de mortal beleño;
se desvanece mi sublime sueño,
y no hay estrella que mi noche alumbre! . . .

Quiero ascender, Señor! Dame que pueda
rendir por siempre á la verdad tributo;
dame que nunca á la injusticia ceda;
y, si en mi sér la ingratitud se hospeda,
rompe en mis manos el puñal de Bruto!

Quiero ascender, Señor! Quiero conmigo
llevar los seres que mi amor ampara;
quiero vivir en comunión contigo;
porque ¡ay de mí! si tu perenne abrigo,
si tu amorosa ayuda me faltara!

Quiero acercarme á tí, Dios soberano,
y el mal me mueve formidable guerra!
¡Tiéndeme ¡oh, Padre! tu benigna mano! . . .
¿Por dar salud al pecador insano,
no padeció Jesús sobre la tierra? . . .

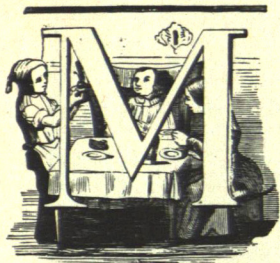
ENRIQUE PEREZ VALENCIA.

México: marzo de 1896.

LA VIDA PARISIENSE

UNA VISITA A JEAN LORRAIN

(PARA ELOY GONZÁLEZ)



uy lejos del boulevard, en uno de esos rincones llenos de árboles que más bien parecen suburbios de provincia que barrios parisienses, entre las fortificaciones y el parque de Auteuil, vive Jean Lorrain, el más aristocrático de los poetas, el más raro de los cuentistas, el más delicado de los *croniquers*.

Su habitación es un verdadero museo de curiosidades artísticas.

Allí fue donde Oscar Wilde vio, hace cuatro años, la célebre cabeza de Salomé, ensangrentada, marchita, descompuesta, tal, en fin, como la describe el nuevo evangelio de Oriente descubierto y publicado por Jules Boissière.

Allí fue donde yo tuve el gusto de admirar, entre algunas obras originales de Antonio de la Gándara y dos encantadores bustos de cera de artista desconocido, el mejor y el más elegante retrato de Sarah Bernhardt que existe en el mundo.

Allí fue también donde ví, junto á la estatueta de un santo primitivo, una fantástica colección de ranas de loza, de todos tamaños, de todos colores, de todas formas . . .

—¡Mis ranas!—dice Lorrain con entusiasmo.

Y si el visitante sonríe maliciosamente, el poeta se enternece, á pesar de su aspecto de ironista demoniaco, y continúa:

— . . . ¡Sí; mis ranas; mis pobres ranas; mis queridas ranas! . . . El único que las admira soy yo; yo que las encontré perdidas y aisladas en las vidrieras de los *bric-à-brac*; yo que las he puesto una junto á otra en mi gabinete de trabajo para figurarme, á veces, que las oigo cantar sus canciones monótonas y tristes . . . ¡Son tan dóciles! . . . Y sobre todo son tan raras!

“ . . . ¡Y sobre todo son tan raras!”

“Lo bello—dice Edmundo de Goncourt—es lo raro.”

Lorrain debe de decir lo mismo. Pero entre la concepción de la rareza del novelista de *Charles Demailly* y la concepción de la rareza del poeta de *Yanthis*, hay treinta años de diferencia que, en cuestiones de modas parisienses, es como decir una eternidad.

De 1863 á 1896, en efecto, el gusto ha cambiado casi radicalmente. Cuando los precursores del naturalismo artístico comenzaron á escribir, lo “raro” era el japonismo, el pre-rafaelismo y el wagnerismo. Hoy las estampas de Outamaró, los lienzos de Boticelli y las óperas de Wagner, son tan conocidas como las cabezas de Rafael y las sinfonías de Rossini, por lo cual Lorrain ha tenido necesidad de buscar sus extraños ideales en fuentes menos popularizadas y más capaces de producir sorpresas estéticas.

Una de esas fuentes ha sido el éter.

¿Conocéis los *Contes d'un Buveur d'Ether*?

En París son casi populares y en América no deben de ser enteramente desconocidos puesto que más de un poeta joven ha encontrado en ellos, los modelos y los documentos necesarios para fabricar sus historietas modernistas. En todo caso, oid.—Un parisiense desencantado de la vida, trata de buscar un retiro agradable para esconder su hastío, y no encontrando nada mejor se refugia en los Paraísos Artificiales descubiertos por Tomás de Quincey y conquistados por Baudelaire. El éter—justo, sutil y poderoso como el opio—

le salva de la tristeza banal de nuestro mundo y le transporta á un universo que si no es más tranquilo por lo menos es más raro; á un universo que no está poblado de hombres sino de visiones y en el cual hasta el fastidio es trágico. Al principio todo es gris y oro en su nuevo continente: las manos que le amenazan son manos ideales en cuyos índices luce siempre una esmeralda consoladora; más poco á poco, lentamente, pausadamente, rítmicamente, la nota dorada desaparece y el tono oscuro se transforma en negra atmósfera que circunda todo su horizonte y que le oprime, que le acongoja, que le ahoga. La sensación inconsciente del miedo se apodera de su espíritu encadenándole á un tormento más agudo y más terrible que todos los tormentos reales y conocidos. Un cortejo de Horror y de Silencio le hace caminar por una ruta de convulsiones y de lamentos. El se escapa, al fin, de ese universo, para caer de nuevo en la vulgaridad corriente.

—Todo lo que el héroe de mis historias cuenta de un modo rudimentario—dice Lorrain—lo he sentido yo con una intensidad indescriptible. Porque el verdadero protagonista de los *Contes d'un buveur d'Ether* soy yo. El éter fue mi único amigo y mi único consuelo durante algunos años. Gracias á él pude sentir algo que los literatos en general no han sentido nunca; pero también á causa de él tengo aún necesidad de pasar tres ó cuatro meses cada año en una playa brumosa de Normandía, bebiendo aguas desagradables y respirando aire salado. Lo raro es siempre lo bello; mas á veces lo raro es también lo caro . . . Mis cuentos no valen, ni con mucho, lo que me cuestan . . .

Otra de las fuentes en que Jean Lorrain ha encontrado algunos de los elementos raros de su obra, es el mundo de la rufanería y de la canalla parisiense. Sus cuadros titulados *du Bord de L'Eau* son descripciones espeluznantes de una nueva *cour des miracles* que seguramente quitarían el sueño á los burgueses de Francia, si no fuese porque éstos han considerado siempre las obras del autor *Un Demoniac* como fantasías inverosímiles. Y sin embargo nada es tan realista, ó mejor dicho, tan real como esas diminutas aguas—fuertes en las cuales está compendiada toda la psicología pintoresca de los asesinos y de los ladrones de París.

—Venga usted conmigo una noche cualquiera á las tabernas de las fortificaciones—me dijo Lorrain—y así podrá usted convencerse de que en mi libro sobre la clase baja no hay exageración ninguna. Yo he comido en compañía de todos los personajes de mis historias; les he visto preparar sus robos y sus asesinatos; he sido confidente de algunos de sus secretos y hasta he tenido bastante valor para dejarme tutear por los canallas más repugnantes con el único objeto de descubrir una parte del secreto que sus almas crueles é instintivas encierran. Mi impresión definitiva, no ha sido, después de todo, tan desagradable como usted debe de figurarse . . . No; entre los que roban y matan por oficio hay muchos temperamentos admirables que habrían podido servir de modelos á Stendhal para escribir un capítulo de su famosa *Historia de la Energía* . . . Lo malo es que mi esfuerzo literario ha sido relativamente inútil. El público cree que sólo las crónicas de los tribunales deben hablar de los malhechores; para el lector no hay más que un bandido interesante, el romántico, el que lleva un arcabuz, el que se convierte en jefe de banda y en organizador de guerrillas, el bandido de Dumas, en fin, y de Teófilo Gautier; en cuanto al mío, el verdadero, el que roba para vivir y asesina para robar, el que representa á nuestra época utilitaria é histórica, el bandido refinado, no tiene más que un admirador . . . Ese admirador soy yo.

Lorrain, en efecto, ha hablado de los *escarpes* y de los *cambríolenos* de nuestra época con una simpatía que si no es enteramente sincera, por lo menos lo parece. ¿Quién sabe en dónde acaba la sencillez y de dónde principia el artificio literario?

—“ . . . Mourons ensemble . . .

—Votre proposition est rare!

—Le Rare est le Beau, donc mourons . . .”

Por fortuna para Lorrain su obra no se compone únicamente de cuentos espeluznantes. Además de las historias de *Un bebedor de éter*, de las impresiones de *Un Demoniac* y de los cuadros *De la orilla del Río*, ha dado vida á algunas producciones poéticas con cuya belleza nada tiene que ver la moda.

Songeuse, su primera obra de gran aliento, es un poema en prosa cuyos héroes modernos se mueven en un paisaje de ensueño con movimientos de sonámbulos, escondiendo sus rostros misteriosos tras las celosías de un palacio antiguo ó entre los pliegues de grandes velos de luto.—Lady Mordaundt, lord Mordaundt, mis Mordaundt, todos los personajes de *Songeuse*, son seres que viven de una vida intensa y desolada, como las Morellas de Poe, como las Saras y los Axels de Villiers, como “las diabólicas” de Barbey y como las figuras pasionales de Ibsen, con algo también de inquietud cerebral de las estatuas de Rodin y mucho de la suntuosidad legendaria de los cuadros de Moreau.

¿Y *Yanthis*? . . . Un cuento de hadas en tres actos, una melopea que dura dos horas, una tapicería inmensa de tonos pálidos y discretos, un poema medioeval y bárbaro, cantado por un trovador de Francia.

Pero nada tan elegante, tan vaporoso, tan delicado como el conjunto de sus pequeños poemas: el *Pais de las Hadas*, la *Floresta Azul*, *Lunares*, *Los Bohemios*, etc. Todas estas miniaturas contienen una perla, y juntas forman el más puro de los collares.

“Dans l'ombre et le secret d'un manoir à sept tours,
Aux sons d'une sirvente et d'une mandoline,
Que j'aimerais à l'heure où le soleil decline,
Endormir une reine aux grands yeux de velours
Les aveux égrenés dans les oreillers sourds,
Dans le jour empourpré des rideaux d'Imberline,
Aurait pour rythme étrange et doux, l'ombre éaline
Des ses doigts en cadence effleurant mes yeux lourds.”

“Filles des pâles avalanches,
Leur froid baiser donne le mort.
L'hiver à ses abeilles blanches
Et l'été ses abeilles d'or.
Les neiges ont aussi leur reine,
Leur reine au profil argenté,
Dans la nuit glacée et sereine
Baignant sa froide nudité.”

Hablando de estas obras ligeras, Lorrain abandona su aspecto de “ironista demoniaco” y con un tono sencillo y tierno:

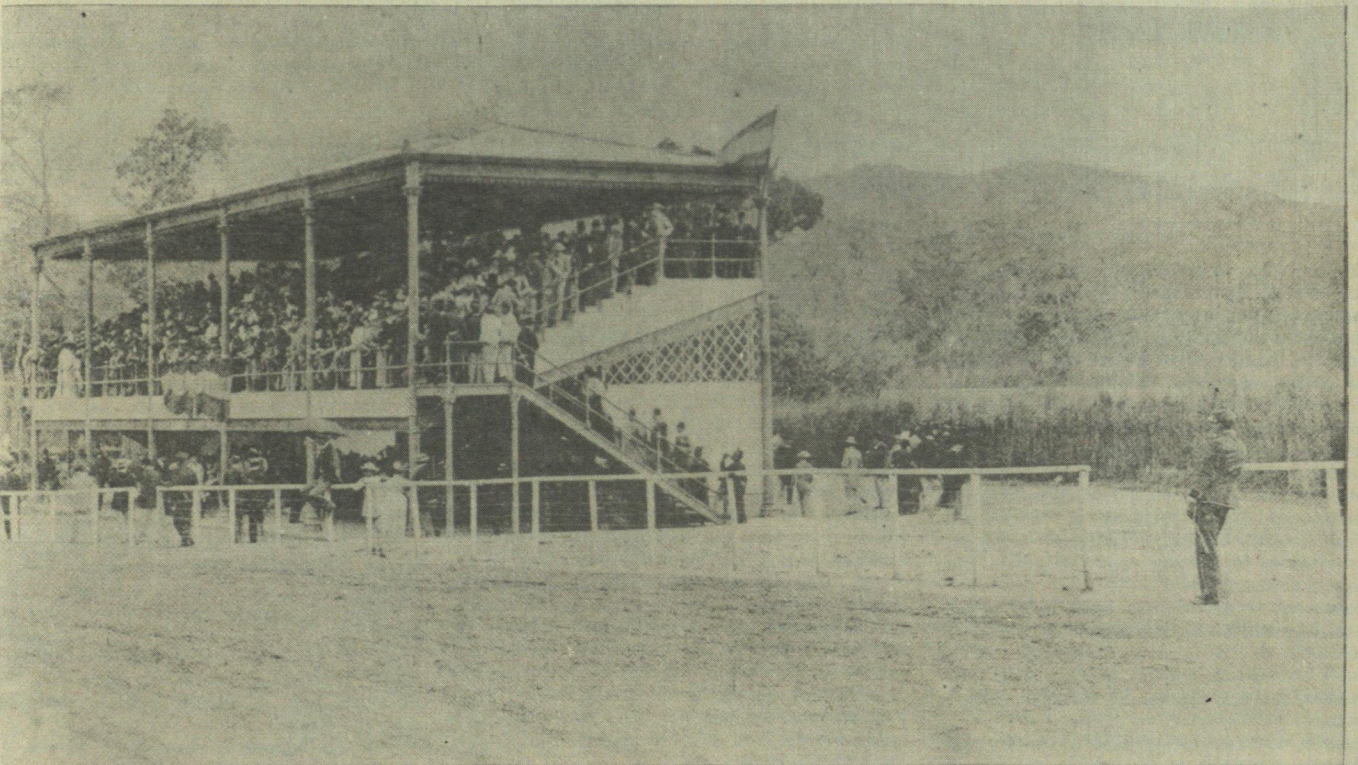
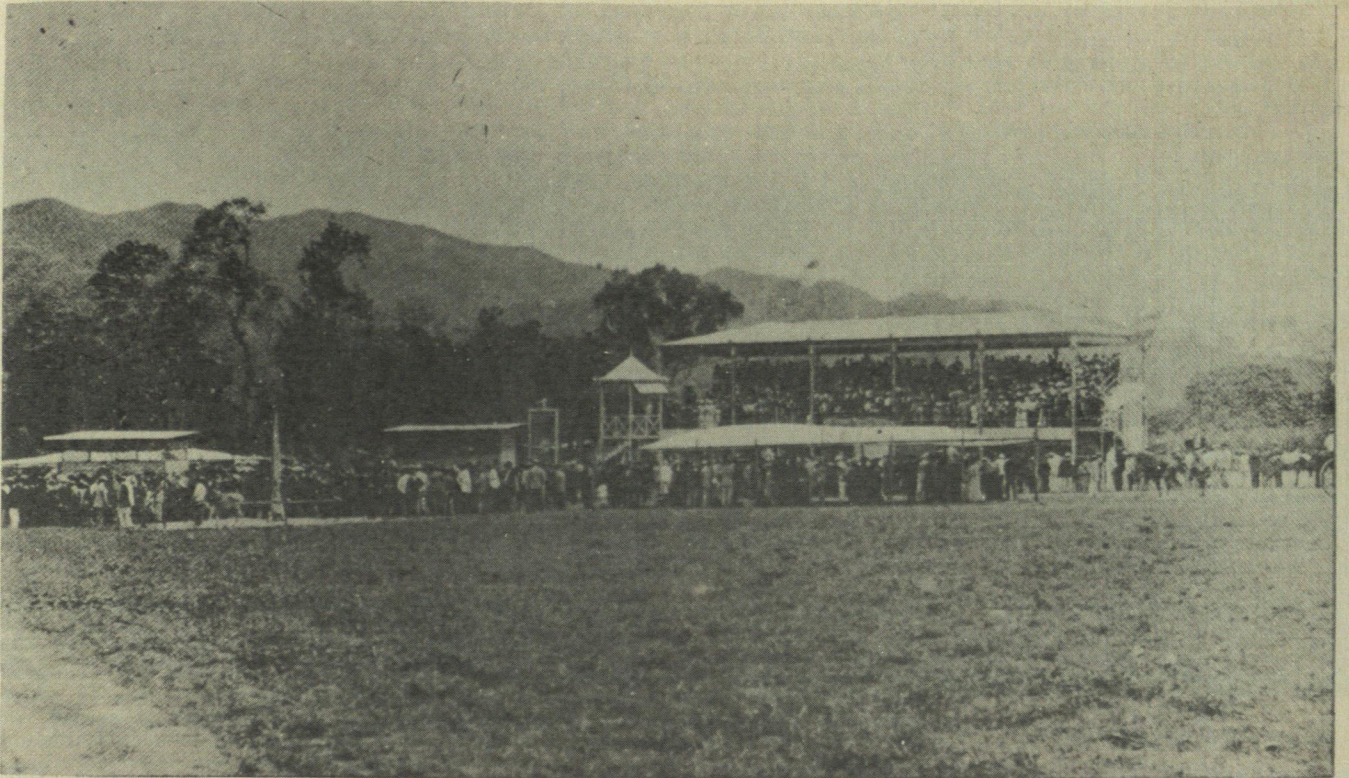
—Ya ve usted—me dice—mis sonetos y mis poemas cortos son las únicas obras mías que me han dejado una impresión de perfecta dicha; los he escrito sin fatiga, sin preocupación, casi sin deseo de publicarlos; los he escrito en momentos perdidos, después de una lectura pesada ó entre dos crónicas serias; luego los he reunido en libros para tenerlos todos juntos, lo mismo que otros ponen varios pájaros en una jaula; ahora mismo, después de veinte años, aún suelo abrir uno de mis libros de juventud para sonreír á mis princesitas y á mis pajes ó para dar un beso en la frente á mis hadas bienhechoras . . .

¡Y decir que quien habla así, es el escritor que ha sido señalado por la crítica como el futuro autor de una obra definitiva sobre la podredumbre social! “De Lorrain—dice Bernard Lazare—lo único que esperamos es la gran novela de la putrefacción” . . .

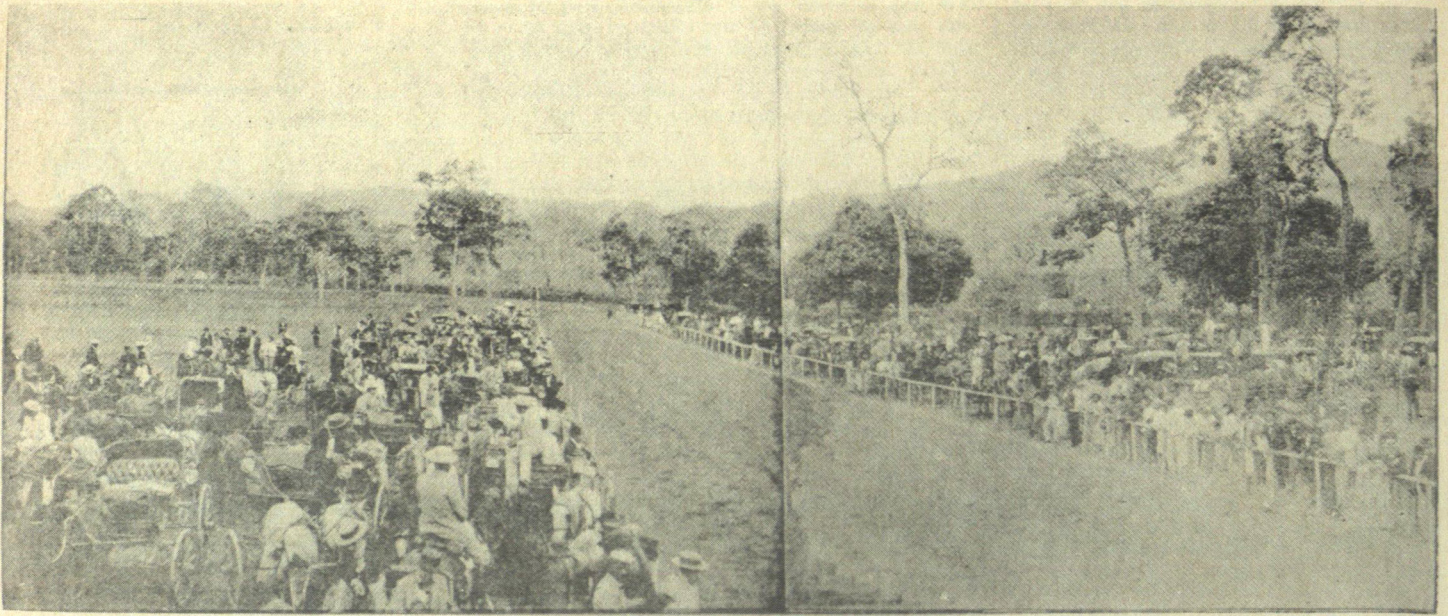
Verdaderamente, el público suele conocer mal á sus autores favoritos!

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.

París: 1896.



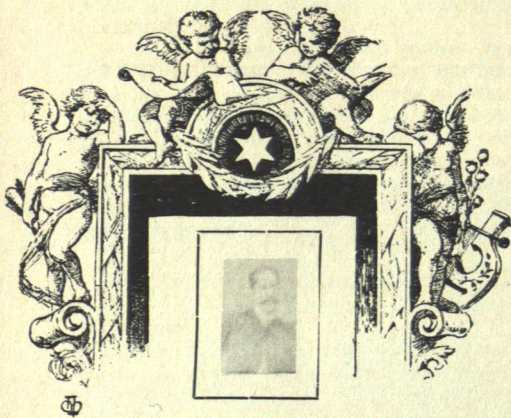
LAS TRIBUNAS DEL JOCKEY CLUB—EN EL CAMPO DE LAS CARRERAS—SABANA GRANDE—(De fotografía del señor Schael)



PARTE DE LA PISTA—(CAMPO DE LAS CARRERAS EN SABANA GRANDE)—JOCKEY CLUB DE VENEZUELA—(De fotografía del señor Schael)

LOS RESTOS MORTALES
DE
CEDEÑO Y DE PLAZA

(Reminiscencias históricas)



Los grandes beneficios no se alcanzan sino en cambio de sacrificios, grandes también.

La victoria de *Carabobo*, ganada el 24 de junio de 1821 por el ejército republicano al mando del LIBERTADOR BOLÍVAR, no sólo libertó á Venezuela del dominio español, sino que afirmó la absoluta independencia de la Gran Colombia; pero aquella victoria hubo de alcanzarse á costa de dolorosos sacrificios.

En el campo de *Carabobo* cayó sin vida, entre otros, el valerosísimo Pedro Camejo, apellidado el *Negro primero*: en la persecución al batallón *Valencey* murieron el comandante Mellao y los generales Ambrosio Plaza y Manuel Cedeño.

Muy bien puede decirse que había triunfado el apostolado de la República, pero con el sacrificio de los mejores apóstoles: que se había levantado el edificio de la patria independiente sobre la tumba de los más térrvidos patriotas.

Aquella victoria fue grande, gloriosa y trascendental; pero no podía tener festines, ni cánticos, ni alegrías, pues por frondoso que fuera el laurel conquistado, el esfuerzo hecho para arrancarlo había producido terribles desgarramientos.

Cuando el ejército triunfador en *Carabobo* entró á la ciudad de Valencia, llevaba, junto con los trofeos de su espléndida victoria, los

cuerpos inanimados de sus principales atletas—los de Plaza y de Cedeño.—Los demás muertos habían sido sepultados en la misma pampa de *Carabobo* y en el cementerio del pueblo de Tocuyito.

Al día siguiente de la batalla se hicieron con toda pompa los funerales, y los cuerpos de las dos más ilustres víctimas de la jornada inmortal fueron, por distinción, inhumados en dos bóvedas que al efecto se construyeron, bajo de tierra, en el ya para entonces clausurado cementerio de la Santa Iglesia Matriz, á ocho metros distante de la torre del Norte.

Decimos *por distinción*, porque hacía ya para tres años que aquel sitio había dejado de ser lugar de enterramientos, desde que en 1818 el general español Don Pablo Morillo había hecho construir é inaugurar el cementerio que demora al Suroeste del cerrito del Puto; pero tratándose de dos muertos como Cedeño y Plaza, creyeron sus compañeros de milicia, así como los vecinos de Valencia, que era lícito romper la clausura á fin de que durmiesen el eterno sueño al lado del templo de Dios.

La violación de la clausura no se repitió para ningún otro cadáver, y allí quedaron como olvidados los de aquellos dos héroes durante todo el tiempo transcurrido después de 1821.

En los primeros años de su nacimiento, nuestra República se agitó entre errores y conmociones. Para su propio LIBERTADOR no sólo tuvo desdenes y suspicacias, sino calumnias é ingratiudes. ¿Qué mucho, pues, que tuviese para Plaza y Cedeño el olvido?

Más tarde, cuando Venezuela comenzó á trillar el camino de su regeneración moral y material, las glorias nacionales brillaron en todo su esplendor, y hubo para BOLÍVAR toda la justicia, toda la gratitud y toda la veneración á que era acreedor el excelso Padre de la Patria; y el espeso polvo de olvido que cubría las tumbas de los lidiadores y mártires de la Independencia fue esparcido por los aires, y hubo para muchos de ellos merecidas apoteosis y para todos se levantó el Templo del Panteón Nacional.

Empero habían transcurrido algunos años de erigido en Caracas el Panteón sin que llegase para los restos mortales de Plaza y de Cedeño la hora de emprender marcha hacia el olimpo de su gloria, pero decretada por el Gobierno Nacional en 1887 la erección de un Monumento de mármoles y bronce que

en la plaza de "Bolívar" de la ciudad de Valencia perpetuase la victoria de *Carabobo*, creyeron las autoridades y muchos vecinos de la dicha ciudad que no había mejor panteón para aquellos venerables restos humanos que el propio Monumento que había de simbolizar la batalla donde se habían magnificado por el heroísmo y el martirio.

El pensamiento era plausible y hubo de encontrar universal acogida, pero al ponerlo en ejecución se tropezó con el gravísimo inconveniente de que no se encontraban ya las dos tumbas en el lugar donde su existencia era generalmente conocida, porque desde 1872 el terreno había sido removido con motivo de la construcción de una casa para habitación de los señores Curas de la Iglesia Matriz.

¿Qué se habían hecho los preciosos restos?

Grandes diligencias se hicieron por encontrarlos, tomándose minuciosos informes de todos los empleados de la Iglesia, quienes nada pudieron aclarar, limitándose á responder que las construcciones sobre el antiguo cementerio habían sido ordenadas y dirigidas por el Venerable Vicario Doctor Román Lovera, que había pasado á mejor vida desde el año de 1875.

No se detuvo aquí la patriótica inquisición y fue hasta el maestro alarife Matías Castro, á cuyo cargo estuvo la inmediata dirección de la fábrica en el citado año de 1872; y al ser interrogado sobre el asunto contestó:

—En lo que es Capilla de las Animas, debajo de la torre Norte de la Iglesia, abrí, por orden del finado padre Lovera, una gran fosa y en ella coloqué todos los restos humanos que fueron hallados en el antiguo cementerio.

—¿Conocía usted las tumbas donde en 1821 fueron inhumados los generales Cedeño y Plaza?

—No las conocía, ni el padre Lovera tampoco.

—¿No encontró usted dos tumbas de ladrillo, construidas paralelas, bajo de tierra, distantes, más ó menos, á ocho metros de la torre del Norte?

—Sí las encontré, contestó el alarife, y los restos que guardaban se hallaban en perfecto estado y me revelaron que serían de personajes militares porque junto con ellos había botones de metal y otras insignias.

—¿Y no los apartó usted?—replicó con anhelo el interrogante. (1)

(1) El autor de este artículo histórico

—No señor: también fueron á la fosa de las Animas!

Hé aquí el sitio donde yacen los restos humanos de las dos más ilustres víctimas de la batalla que aseguró la existencia de la Gran Colombia. Allí están confundidos con los de sus antiguos é implacables adversarios: ya no se afanan ni luchan, porque todos han comparecido ante el tribunal de Dios: la materia ha sido reducida á polvo, cumpliéndose la divina sentencia: el espíritu se ha confundido en

el seno del Criador, y quedan en las regiones mundanas, como dulces memorias que marchan á la par del tiempo en alas de la tradición, los portentosos hechos que dieron á Manuel Cedeño y Ambrosio Plaza talla de gigantes y estatura de héroes.

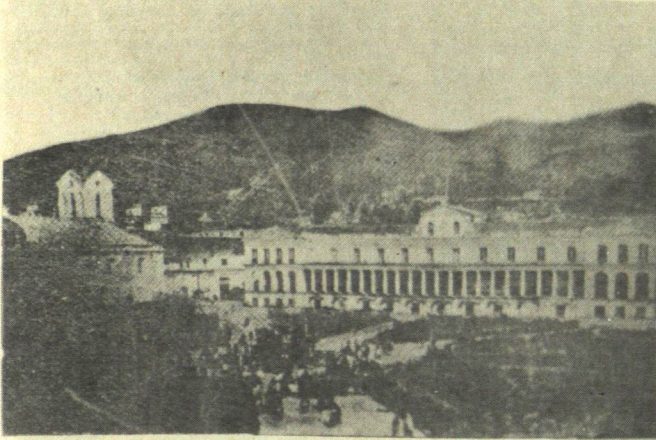
En la imposibilidad de separar esos restos humanos de los de otros con que yacen confundidos, muy digno sería que á la grata memoria de aquellos héroes se colocase una losa de mármol en la Capilla de las Animas

de la Iglesia Matriz de Valencia, y que en ella se dijese á las generaciones del porvenir el sitio en que reposan las venerandas cenizas.

No las guarda en su seno el Monumento símbolo de la batalla de Carabobo, pero á pocos metros de éste las conserva el Templo de Dios, que está por encima de todas las grandezas y vanidades humanas.

F. GONZALEZ GUINAN.

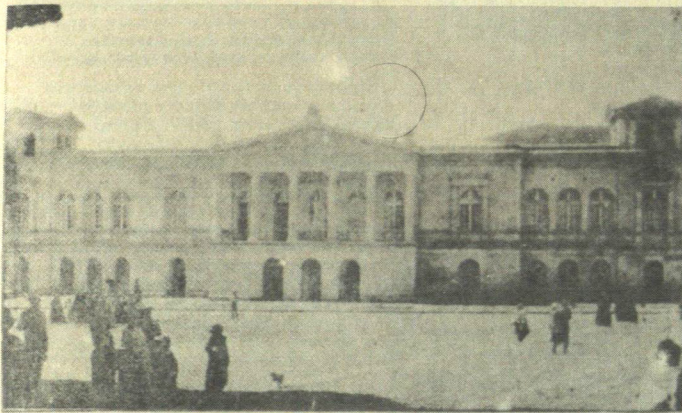
Valencia, Venezuela.



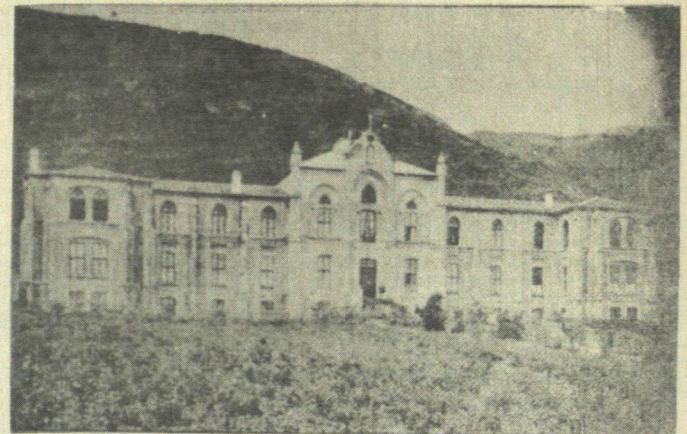
PALACIO DE GOBIERNO EN LA PLAZA DE LA INDEPENDENCIA



PLAZA DE SANTO DOMINGO — INAUGURACIÓN DE LA ESTATUA DE SUCRE



TEATRO SUCRE



ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS

VISTAS DE QUITO — REPUBLICA DEL ECUADOR

LA ROTUNDA

—
Á J. M. HERRERA IBIGOYEN.
—



Jamás establecimiento alguno ha sido tan calumniado como la Rotunda.

Se ha llegado hasta considerarla, juzgándola ligeramente, como baldón de nuestra vida nacional.

Cuando algún de clamador quiere referirse á ella la llama

mansión de horror, y antro tenebroso. ¡Injusticia! Desahogos de los huéspedes descontentadizos.

La Rotunda no se puede decir que sea mala. Antes al contrario, es la mejor puerta

para entrar con pie seguro en el teje maneje de la política.

En la Rotunda se adquiere renombre, popularidad, y credenciales para los empleos pingües.

Fuera de la aureola de martirio, siempre prestigiosa, que dá á sus inquilinos forzosos.

Conozco individuos que han alcanzado envidiable posición política, y de consiguiente monetaria, sólo con saber elegir el momento de hacerse aprehender.

Una temporada de Rotunda no tiene precio en ciertas circunstancias.

Supongamos que Fulano Alcornoque ingresa en el establecimiento en momentos en que la cosa pública anda revuelta. Ingresaba siendo un ciudadano oscuro, y sin camisa.

Pero desde aquel día comienza á sonar su nombre; se habla de su patriotismo, de su valor cívico, de su firmeza de convicciones, y de una porción de cosas más de las cuales no tenía él noticia.

A vuelta de dos ó tres meses triunfa la revolución, se inaugura el nuevo régimen, y un día la familia Alcornoque lee, sorprendida, en un importante periódico de la localidad, lo siguiente: "Ayer nos honró con una visita el General Fulano Alcornoque,

esforzado defensor de las libertades públicas, y víctima de crueles persecuciones durante la luctuosa administración pasada.

"Aquellos bandidos que no podían ver nada que brille le aherrojaron en inmundito calabozo.

"Suponemos que el meritísimo General Alcornoque será llamado á colaborar en la actualidad, etc., etc."

—¡Hombre! ¿Será esto contigo?—pregunta la esposa del aludido, que le conoce á fondo.

—Sí; conmigo es,—contesta el patricio con satisfacción mal disimulada, y sin recordar que le prendieron por haber dicho cuatro pestes contra el Gobierno, en el curso de una "mona" ruidosa.

Para esta fecha el público ha convenido en la figura política de Alcornoque; y la familia de éste no puede menos de admirarse de cómo han podido ignorar por tanto tiempo que tenían dentro de la casa una especie de Policarpa Salavarrieta.

A su vez los nuevos gobernantes se apresuran á desagraviar á la víctima, y le nombran Administrador de una Aduana.

No quiero inferir al lector la injuria de suponerle ignorante de la forma que toman semejantes desagravios en los puéstos de pla-

ya, como los llama cierto General, que no es Alcornoque.

¿Que protesta el alto comercio?

Pues á la cárcel los comerciantes.

¿Quién ha dicho que dejarle uno á su familia un apellido ilustre, y algunas fincas rurales, no es mejor que dejarle el apellido solo?

No vayan á creer las viudas de Ilustres Próceres con diez y seis bolívars de pensión, que trato de reconvenir á nuestros gloriosos antecesores.

¿Qué sabían ellos?

Como quiera que la posteridad es muy dada á remunerar á los hombres eminentes

con arcos, inscripciones, panegíricos y ripios, los grandes servidores de las causas han tomado ahora el buen acuerdo de hacerse pagar por los contemporáneos.

De ahí qué, cuando ocurren cambios políticos, y suena la hora de las indemnizaciones, de entre las mil voces que reclaman el usufructo de la República se destacan éstas: "¿Yo estuve en la guerra.... Miren ustedes las cicatrices!.....¿Qué habla usted de cicatrices? ¿Sabe usted lo que es la Rotunda?... ¿Yo estuve seis meses allá.....¿Y yo un año!.....¿Y yo dos!

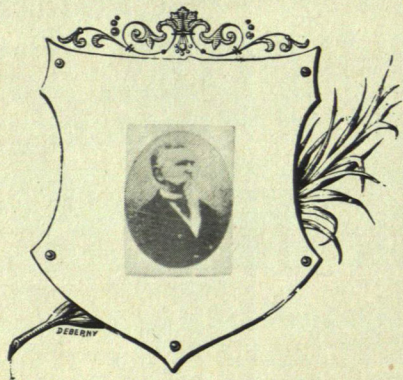
Hago caso omiso de otras ventajas que tiene la Rotunda.

Nada diré de los que entran en ella hue-sudos, enclenques, con las huellas del hambre en la fisonomía, y salen ostentando carnes lucidas, rosagantes, merced á la prodigalidad de los compañeros de prisión acomodados.

¿Y los que no hallan en pleno goce de su libertad dónde ganar una peseta, y diariamente la reciben en la Rotunda de manos del alcalde con una puntualidad digna de encomio?

Estoy por decir que la Rotunda es un instituto benéfico.

JABINO.



LA MUERTE DE MIRANDA

VERSOS ESCRITOS EN EL PROPÓSITO DE CONCURRIR
Á UN CERTAMEN

Pobre mártir! La fiebre lo consume
Y temblando se agita sobre el lecho,
Mezquino y solo mueble de la celda
Que le asfixia más bien que le aprisiona.

Abrasada su frente, inquieta busca
Un soplo que la halague y tranquilice;
Mientras, jadeando, el oprimido pecho
Pide aire que aspirar, que le dé vida.

Y ninguno con mano cariñosa,
En cristalino cáliz, le presenta
La miel embalsamada del calmante,
Ni, mimándolo, instila en sus oídos
La mágica ternura del consuelo.
Que aun las recias paredes, por contiguas
Ímpiden que los ayes que él exhala
Tengan el eco que mentir pudiera.
Cómo su angustia y su dolor comparten.

Y en tanta soledad, el duro y tibio
Jergón de sí le arroja; y con el ansia
Y ardor febril á recorrer le obliga,
En incesante afán, el breve espacio
A que la suerte adversa le redujo.

Tal cautivo león, sólo ya dueño
De la segura jaula que lo estrecha,
Suele desesperado imaginarse
Que la logra ensanchar; porque, pudiendo
En su ámbito moverse sin reposo,
Siente al fin la fatiga que sintiera,
Cuando libre los bosques recorría.

Mas ay! que el corazón amartelado
De la tierra, también reclama instante
A los débiles ojos el aspecto
Lozano de las rústicas umbrías
Y las aguas cerúleas y rientes.

Y buscándolo corre hacia la reja
Del calabozo, apóyase en sus barras
El anhelito doma, fírguese y tiende
La vista ansiosa de encontrar en donde
Caer enamorada y extasiarse.

En vano! que sus ojos nada miran,
Sino el tético horror de parda nube
Que el envante Cauro al sur impele;
Y al verla el pobre anciano clama triste:
Oh! nube negra como el hado mío,
Que el rumbo tomas de mi dulce patria,
Detente, escucha y llévame mi acento.
Sí, dile cómo, solo y moribundo,
Su cariño adormece mi agonía
Y ansiando su ventura sufro y gozo;
Y cómo la esperanza de que libre
El orbe la contemple aun cabe ilesa
Dentro del corazón, osado y joven
Al influjo fiel de su memoria.
Dile que si mis ojos no lograren
Ver ese día, mi alma de la Altura

Se gozará, al lucir, en bendecirlo
Dile que la amo y por amarla muero,
Que soy feliz así, que no me duele
Sino que hayan robado á mis pupilas
La vista de los cármes elisios
Que la plateada sierpe del Anauco
Cruza entre flores y sonantes frondas;
O en la tarde, la magia irresistible
De aquella cima, orgullo de Caracas,
Que se remonta al cielo y en las nubes
Vela los toques de amatiste y oro
Que le da con su adiós el sol poniente . . .

Y affigido calló,

Súbito entonces
Un relámpago hendió la negra nube,
Tras sí rugiente trueno sacudiendo.

Y deslumbrado y aturdimdo el héroe,
Febribitante insano, cruel delirio
Asáltale de hazañas increíbles.

¿Cómo, dice, principia una batalla,
Y no se cuenta ya con el esfuerzo
Del brazo que impelido por mi arrojó
Supo un día segar tantos laureles?
No! traedme una espada y un caballo . . .
Mi pecho á ese rugido del combate
Se dilata y respira con holgura
El aura del peligro y la victoria.
Triunfaré del Destino: haré que el Cielo
Me dé por fin ayuda, respetando
Mi patrio amor, mi audacia y mi renombre.
Aún soy el de Jemmapes y de Amberes! . . .

Y fúlgido relámpago de nuevo
Inflama el aire todo, lo sacude
Y con fragor horrisono lo rasga
Y enloquecido el gigantesco anciano
Blande la alzada diestra y ronco grita:
¿A qué más esperar, bravos guerreros?
Bajo de mi bandera iréis seguros
Del Orinoco al cano Cotopaxi;
Nada, pues, os detenga, y adelante
Llévadla vencedora, los dominios
Y el nombre de Colombia dilatando . . .

Mas ah! Dónde me encuentro? La llanura
Trepida y brota peones y ginetes
Del clarín evocados! A su órden
Precipítanse y fórmanse en batalla
Tras la real bandera de Castilla
Que, enhiesta y dada á los fugaces vientos,
Con insolente orgullo los azota.

Y allá á lo lejos bulle entre las breñas
Lucha viva y tenaz en que dos veces
Se abate ese pendón, y otras tantas
Vuelve, de ira y de soberbia urgido,
A levantarse entre el fragor y el humo.
Ay! ¡cuánta sangre pide en sus enojos
Y cuánta van á darle los valientes
Que irresistibles de entusiasmo avanzan!
Son de Erin y Morven la noble estirpe,
De la ultrajada Libertad compeones:
Ya llegan, ya se enclavan al terreno
A no cejar un punto decididos.

Y como, si la gloria rebozada
En su manto de fuego apareciese,
Y al pasar, sus promesas generosas
Y santas bendiciones de lo alto
Se complaciera en darles, para ungrilos
De ardimiento y de fe; así de hinojos
Se postran reverentes, las reciben,
Y con ellas el ósculo inebriante
Que hace abatir los párpados y al sueño
Del heroísmo indómito convida. . . .
Ya quienes allí luchan? Se dijera
Que entre el vapor de la fluente sangre
Los manes de esos bravos aún resisten.

Hora la cruenta lucha se dilata
Y se enardece. Oh! Cielos, insinuadme
¿Cómo se llaman, cómo esos ochenta
Centaurios que vomita la espesura
Y cual nube preñada de infortunios,
Marcan su paso en la tremante pampa
Lloviendo sangre y fulminando muertes?
¡Ya, deshecho huracán de la victoria,

Sacuden el pavor y el exterminio
Sobre hombres, y caballos, y banderas;
Ya todo lo derriban, y al escape
Lo conculcan y estrazan sus corceles,
Dejando sólo en pos sangrienta charca
Y coro de esteriores y alaridos!
No, no me detengáis: ese es mi puésto,
Dice, y furioso los barrotes firmes
Tenaz empuja; pero al fin postrado
A ese esfuerzo y á tantas emociones,
Sin voz contra la reja inerte cae.

A poco, disipada la tormenta,
En el límpido azul alzóse el Iris,
Y el aura jugueteando en los cabellos
Del anciano, y besándole la frente,
A la existencia y la razón volvióle.
Sus ojos al instante se extasían
Del gayado meteoro en la ancha curva,
Y enternecido exclama: Mi bandera!
La invencible bandera de Colombia!
¡Y tendida en el Cielo, el punto cubre
En que asentarse deben las regiones
Que van del Orinoco al Cotopaxi!
Oh! Dios, toma mi vida y á mis ojos
No arranques ya visión tan halagüeña . . .
Y cayó desplomado, con el nombre
De Colombia en los labios expirantes.

El Cielo le escuchó: cesó el martirio
Y, como siempre, trágico y glorioso
Exhaló el héroe su postrer aliento
En el voto más noble y esforzado
De amor y de lealtad á su bandera.

Murió! Ninguna piedra marca el sitio
En que duerme por siempre; mas no importa
Que se ignore su tumba. Cuando el Iris
Decora el Cielo, nuestros ojos miran
Flotando en él su espíritu divino.
Mientras acá en la tierra, sacro numen,
Símbolo tiene y abnegado culto
En el matiz, imán de las miradas,
Con que atestigua al Orbe nuestra gloria
El Lábaro inmortal de Carabobo.

P. ARISMENDI B.

ANGELUS

Á B. VALLENILLA LANZ

Sonaron en la torre de mi aldea
de la oración las lentas campanadas,
y el crepúsculo triste de la tarde
sobre la iglesia desplegó las alas.
Sentí que en mi interior un algo extraño
por escapar de esclavitud pugnaba,
y se llegó á mis labios, y gimiendo
los entreabí con cuidadosa calma;
y al emprender el anhelado viaje,
como el aroma, se perdió en la nada:
yo convertí la vista al infinito
y sentí como un ósculo en el alma . . .
La cenicienta cúpula del templo,
aun por la luz crepuscular bañada,
semejaba un satélite de oro
lanzado de la órbita lejana.
Por la altiva cimera de los árboles
como una maldición pasó una ráfaga,
y tras ella partieron muchas hojas,
y quedaron desnudas muchas ramas.
Luzó un pájaro negro en la alta torre
lanzó un graznido y agitó las alas:
era el genio del mal que se reía,
de pie sobre la cruz ensangrentada! . . .

R. MARCANO RODRÍGUEZ.

Barcelona (Venezuela.)



Quito: 1.º de abril de 1896.

Señores Jesús María Herrera Irigóyen & Ca.

Caracas.

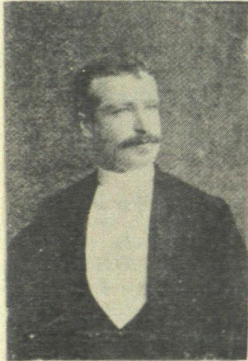
Muy estimados amigos:

Tengo el gusto de remitirles algunas fotografías de Quito, para EL COJO ILUSTRADO, y acerca de las cuales creo conveniente dar las siguientes explicaciones.

FLORES ECUATORIANAS

Las ciudades del Ecuador que se encuentran en la Cordillera han conservado en toda su fuerza el tipo blanco de los conquistadores, y el de la raza aborigena; y si bien el tiempo los ha acercado hasta mezclarlos, el fruto de esa unión, el mestizo, no es de aspecto chocante, ni menos aún el cholo, producto de aquél con el blanco. También el clima frío de la Cordillera, favorece el tipo blanco que conserva el bello sexo ecuatoriano. Las damas de Quito y de Río Bamba son celebradas por su belleza: [véase el grabado correspondiente.]

MANUEL JIJÓN LARREA



MANUEL JIJÓN LARREA
Cónsul de Venezuela en Quito

Es el Cónsul de Venezuela en la capital del Ecuador. El señor Jijón Larrea, fue nombrado para tal cargo en el año de 1894. Ninguna elección ha sido más acertada que esta por haber recaído en un sujeto que á las condiciones de capacidad intelectual distinguida, reúne las importantes de valimiento social y de posición holgada como que es uno de los capit-

listas y empresarios de más recursos monetarios de Quito. De noble abolengo, pues su padre fue hijo del Conde de Casa Jijón y su madre hija del Marqués de San José, y nacido en noviembre de 1851. Jijón finca menos su orgullo en tales calidades, que en el honroso concepto que su trabajo, su laboriosidad y sus prendas morales le han conquistado para merecer el calificativo de buen elemento social. Se educó en Quito y cursó leyes, y en sus diferentes viajes á Europa ha estudiado con la mira del progreso de su país, los diferentes ramos de industria que ha implantado, entre los cuales son dignos de mención, la empresa de tejidos de lana que tiene montada en Chillo que da ocupación á centenares de obreros y cuyos productos además del consumo interior tienen demanda para la exportación. Jijón es además electricista y tiene contratada la iluminación eléctrica de Quito y otras ciudades teniendo ya para ello todos los aparatos, útiles etc.; finalmente abarca otras industrias como el comercio, la agricultura y molinos de trigo.

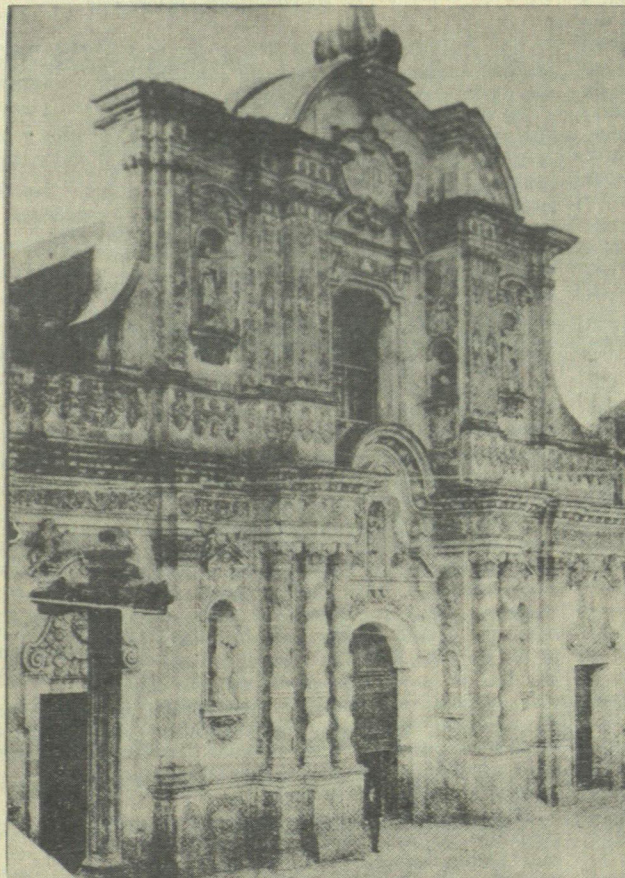
En resumen: Jijón es hidalgo y caballero como un castellano, y activo, práctico y emprendedor como un yankee.

TEMPLOS DE QUITO

Los templos de Quito son los mejores de Sud-América. Los principales son: La Catedral, el de la Compañía de Jesús, San Francisco, La Merced, Santo Domingo, Santa Clara, y San Agustín, todos de piedra; y de segundo orden [mamostería y ladrillo]: Santa Catalina, las dos Cármenes, la Concepción, las cuatro Recoletas, Santa Bárbara, etc. etc. El número de Templos y Capillas es aproximadamente de treinta y cinco. Hay además una Basílica en construcción. Las órdenes religiosas de mujeres son: Carmelitas, Clarisas, Conceptas, Catalinas, de la Encarnación, de los Sagrados Corazones, de la Providencia, del buen Pastor y Hermanas de la caridad. Los de varones [que poseen, como los anteriores, muy buenos conventos] son: Dominicos, Jesuitas, Agustinos, Franciscanos, Misioneros del Sagrado Corazón, Lazaristas, Salesianos, Hermanos cristianos y Mercedarios. Estos últimos tienen el mejor Convento y las propiedades más ricas, entre ellas el fundo de *Pesillo* que va al par de los de más pingüe renta en el país.—La mayor parte de las Iglesias y Conventos son de antigua construcción española, en que abunda la piedra como elemento principal, de gran solidez y elevado costo. La fachada de la Iglesia de la Compañía es un trabajo de filigrana, de piedra, de gran mérito. De igual modo en la Catedral abunda el cincelado de piedra y es de mencionarse su altozano con la balaustrada que lo rodea, igualmente de la dicha materia. La Catedral data de 1677 en que fue consagrada, siendo Rey de España Carlos II.



FLORES ECUATORIANAS



FACHADA DE LA IGLESIA DE LOS JESUITAS. — QUITO

PIRÁMIDE DE CARABURO

A poca distancia del Río Guambi, al N. de Quito, se halla el sitio de Caraburo en el cual se construyó la pirámide que lleva su nombre, la cual fija con la de Oyambaro los extremos de la base principal que sirvió en el siglo, pasado á los Académicos franceses para sus operaciones geodésicas. Esta pirámide se halla á la altura de 2,338 metros sobre el nivel del mar; la distancia entre los extremos de la base mide m. 12,28.

PALACIO DE GOBIERNO

Es también de antigua construcción española; su frente presenta la sucesión de columnas que le da un aspecto gracioso y elegante. Ocupa toda la parte occidental de la "Plaza de la Independencia" formando ángulo con la Catedral. En su parte central se abre un vestíbulo que conduce á una escalera espaciosa que en su parte media se abre en dos para dar acceso de uno y otro lado á dos departamentos superiores en que se encuentran todos los Ministerios y algunas otras oficinas. En la parte baja están las oficinas de correos y telégrafos.

ALAMEDA DE QUITO

Es un gran parque formado de extensas hileras de robles, eucaliptos y otros árboles frondosos. En el centro se destaca el edificio que sirve de Observatorio astronómico. Por todas partes jardines bien cuidados, lagos artificiales, bellos kioscos de árboles, fuentes, glorietas, etc. A un lado un jardín botánico de preciosas y raras flores. Es un hermoso paseo, pero poco frecuentado por las bellas quiteñas.

TEATRO SU CRE

Fue construído por el Gobierno hace 14 años; de regulares dimensiones y de arquitectura moderna. Su interior es parecido á los teatros modernos, con buenas condiciones acústicas. En el frontón del Centro y entre las columnas que lo sostienen se halla colocada una estatua de Sucre. El triángulo que remata el cuerpo principal; está adornado con relieves de buen efecto.

ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS

Los ecuatorianos son muy industriosos y aun cuando la agricultura y el comercio son sus ocupaciones principales, los productos de la industria abarcan desde los trabajos manuales, finísimos, en plumas y pelo, hasta las obras de ebanistería más acabadas, y desde el burdo costal para los granos de las cosechas hasta el casimir de lana de esmerada factura. Las diferentes industrias se aprenden en las Escuelas de Artes y Oficios que hay en las ciudades principales y las cuales desarrollan las facultades de los hijos del trabajo. El edificio de la de Quito es extenso; dijérase un Convento por su fachada con la capilla al centro é inmensos claustros—en que aturde el ruido de las faenas del trabajo,—capaz para contener todos los aparatos, útiles, herramienta etc., de las distintas profesiones. Una visita á este Establecimiento constituye una de las curiosidades importantes de Quito.

OBSERVATORIO ASTRONÓMICO

Está colocado en un ventajoso lugar, pues Quito, situado á 2,850 metros de altura sobre el nivel del mar y bajo un límpido cielo, es, según lo tienen declarado hombres de ciencia, uno de los puntos más á propósito para las observaciones astronómicas y meteorológicas. El edificio posee muchos aparatos modernos: la publicación constante da materia para la publicación de un Boletín mensual en forma de folleto. La lente del telescopio, es de 9 pulgadas y los anteojos son de superior calidad y excelentes para las observaciones.

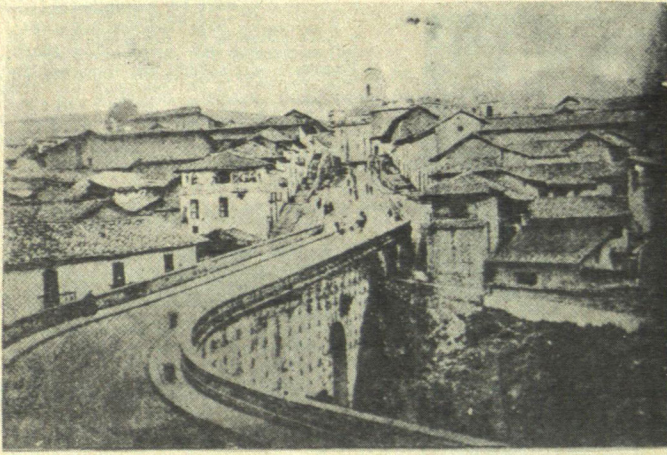
RAFAEL DOMINGUEZ.

UNA NARRACION DE ALPHONSE DAUDET

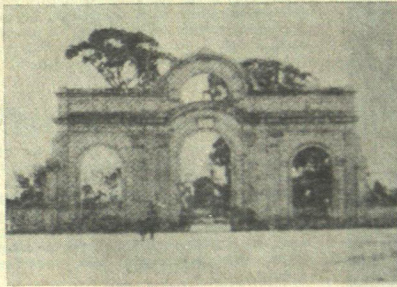
[POR MAURICE GUILLEMET]

Se hablaba el jueves pasado en casa de Alfonso Daudet de aquellos recuerdos, publicados por todas partes, de la guerra de 1870, y el maestro nos refirió esto:

"Era dos días después de la batalla de Champigny; el batallón de la guardia nacional de que yo formaba parte había sido enviado de guarnición hacia el lado de Perreux. Era en noviembre, un tiempo glacial y un horizonte sombrío. Yo iba solo y muy avanzado por la orilla del Marne. Cerca de un bote encontré



PUENTE DE LA PAZ Y CALLE DEL MESON



ENTRADA DE LA ALAMEDA

un marino y un franco-tirador, el cual tenía un pajarillo clavado en su kipi. "En Petit-Bry, al frente, hay chassapots abandonados, en la sala de la alcaldía, y sobre la mesa está un teniente coronel que tiene la piel blanca como una mujer y además unas hermosas botas....." Los chassapots abandonados eran tentadores; pero el marino confiesa que no sabe remar. Yo no soy sino un botero de París; pero le enseñaré.—Fue tarea ardua: el Marne en plena creciente rodaba con fuerza pesadas olas amarillas, el bote era grande, los remos sin espigas estaban sujetos por cuerdas heladas.

En la sala de la alcaldía vemos las armas amontonadas y tendido sobre la mesa el teniente-coronel: un largo cadáver de barba rubia y la mitad de la cara cubierta con un pañuelo; las botas, las hermosas botas que se había intentado ya quitarle, dejaban ver la pantorrilla desnuda.

En tanto que escogíamos los fusiles, "Ahí están los Sajones," exclamó el marino, que echando la pierna por la ventana, huyó por la callejuela de la aldea, en dirección del río; yo lo imito, y hénos aquí de vuelta á nuestro bote. Tenemos allí un nuevo compañero que quiere embarcarse; pero es imposible: el marino y el franco-tirador, acostados en el fondo están ya á flote y con el peso de los chassapots que llevamos, embarcamos agua.—Bien, bien; yo seguiré por la orilla por el camino de remolque.—Mientras se aleja el hombre vuelvo á tomar los remos, y pronto sobre la orilla alta que acabamos de dejar y entre los perales rechonchos y separados veo á los Sajones, que corren como tiradores. Uno de ellos, pequeño, sin morrión y con la mandíbula envuelta en tela blanca, está á la cabeza, y á unos cuarenta metros de mí, apunta. Soy un buen blanco, con la cruz que llevo en mi capote. En aquel momento, y sin dejar de remar, fijo en él la mirada. ¿Qué leyó en mis ojos? No tiró; y durante la travesía del Marne,

durante aquellos siete ú ocho minutos que me parecieron eternos y definitivos, no tiró.

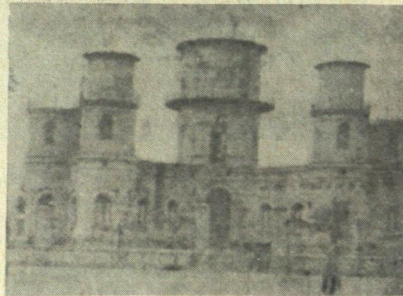
En la ribera á donde llegamos estaba hecha una especie de zanja. El marino fue el primero en lanzarse del bote, que hizo retroceder, y me vi forzado á sostenerlo y á acercarlo con un golpe de remos; en cuanto al franco-tirador la misma operación. En fin, yo salto á mi vez, embarazado por mi fusil terciado y los dos chassapots que traigo; la tierra está empapada con la nieve fundida, caigo en el barro, y allí, con mis compañeros veo un caballero muy bien puesto, elegante, distinguido, uno de la tropa de Franchetti, que me dice sencillamente: "No tengo sino munición menuda para mi Lefancheux; se me había dicho que había pequeños pájaros en la orilla del Marne." Yo le propongo balas para aquellos pájaros..... sajones que nos fusilan.

"Está cerca un jardín perteneciente á una casa, un bosque que puede abrigarnos, es una habitación de domingo para burgués, enteramente la villa galo-romana de Rochegrosse, con un pórtico y una enorme bola de metal inglés delante, una parte de la cual ha sido llevada por una bala. Me ocurre que lo que queda de este espejo roto serviría sin embargo para reflejar algún episodio dramático; que podría uno ser herido allí cerca y verse al caer, en el último minuto, desfigurado de una manera grotesca á lo largo ó á lo ancho....."

"En el salón encienden fuego los franco-tiradores. La instalación de aquella pequeña casa había quedado sin terminar; los muros cubiertos de tela no fueron entapizados del todo; los muebles—caramelos, lo de peor



PIRÁMIDE DE CARABURU



OBSERVATORIO ASTRONÓMICO

gusto posible, cosas horribles—sirven para alimentar la chimenea cerca de la cual me caliente y seco mis vestidos, mojados en el bote. La parte de la habitación que da al jardín y mira al río, está llena de agujeros por donde tiran los ocupantes, y mientras estoy allí delante del fuego, en el gran silencio del contorno, no oigo sino el chasquido de las llaves de los fusiles y me parece estar en un domingo de paseo, en otoño, en el rincón del fuego, entre buenos burgueses que juegan trictrac á mis espaldas."

*

Sobre el bufete de Alfonso Daudet había un periódico en que leí: "La octava edición de "Safo," traducida al alemán, acaba de aparecer en Leipzig; es "un éxito sin precedentes; aun "las novelas más en boga no alcanzan sino cuatro, cinco, seis "ediciones, etc."

¿Y si el Sajón hubiera tirado?

EL CAMINO DE LA CHOZA

(POR ALBERTO ARIAS SÁNCHEZ)
(ECUATORIANO)

La mañana está fría, fría como el alma de un escéptico.

Llueve menudamente.

Los lindos pajaritos permanecen en sus nidos y no cantan.

Todo es triste.

Las fangosas calles del pueblecillo están desiertas.

Pero no. ¿Quién es aquel anciano de cabeza blanca que cruza aquella esquina con gran trabajo y lleva un viejo paraguas?

¡Ah! es el Cura.

A pesar de su edad y de sus achaques, desafía la inclemencia del tiempo y se dirige á una miserable choza donde agoniza un pobre padre de familia.

Acude el venerable sacerdote á cumplir su deber.....

La mañana está fría, fría como el alma de un escéptico.

Llueve menudamente.

Todo es sombrío.

Pero el venerable sacerdote de cabeza blanca como las alas de los ángeles, desafía la inclemencia del tiempo y se dirige á una miserable choza.....

Va á cumplir su deber.

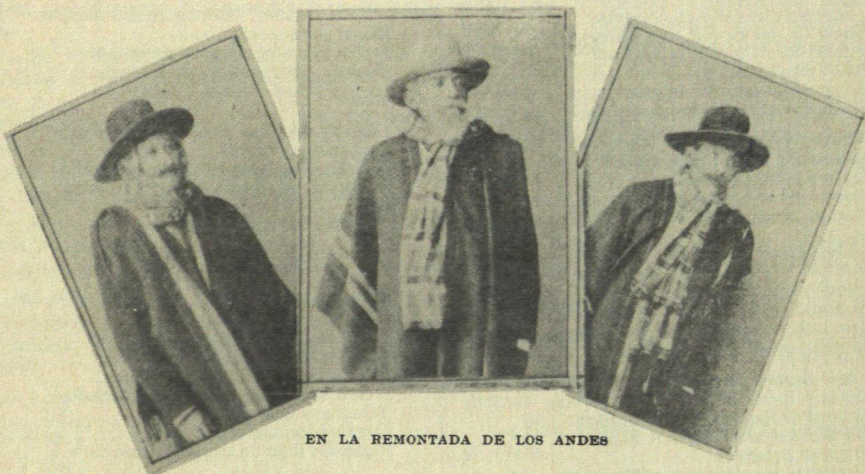
Es el verdadero discípulo de Cristo.....

Es el ángel de la paz.





SEÑORA MATILDE L. DE DOMÍNGUEZ



EN LA REMONTADA DE LOS ANDES

DR. RAFAEL DOMÍNGUEZ

GRAL. JACINTO LARA

CORONEL RAFAEL PARRA ALMENAR

VISTAS DEL ECUADOR

Llamamos la atención de nuestros lectores á la carta del señor Dr. Rafael Domínguez, [página 453] en que se hallan las explicaciones correspondientes á las vistas del Ecuador que el señor Domínguez ha tenido la bondad de enviarnos, y que publicamos en el presente número.

En Venezuela se ignoran ciertos detalles interesantes acerca de muchas ciudades de las Repúblicas Suramericanas. Creemos pues hacer un obsequio á nuestros suscriptores con la publicación de esas vistas y otras que seguiremos presentando en lo sucesivo.

Varias de la ciudad de Quito, figuran en este número. Quito se halla al pie del volcán Pichincha, á orillas del Machangara, y está cruzada por tres grandes quebradas, á lo que debe, en parte, su pintoresca irregularidad. Reina allí perpetua primavera. Su temperatura apenas varía un grado entre la época más calurosa y

la más fría del año. Un cerro de estructura regular que está al Sur O. y lleva el nombre de Panecillo, contiene ruinas de construcciones españolas y del tiempo de los Incas, especie de observatorio natural desde el cual se contempla á sus piés la ciudad. Algunas de sus calles son rectas y todas bien empedradas.

Quito ha adelantado mucho en los últimos tiempos y si no se encuentra á la altura de las mejores ciudades de Sur América, es debido en parte al aislamiento en que se halla por falta de comunicaciones.

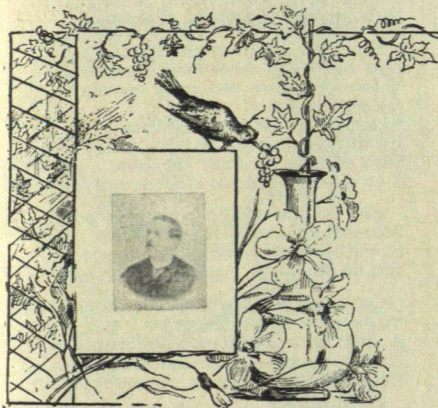
Por lo general los quiteños son inteligentes, de buen carácter y amables.

EL PASO DEL CHIMBORAZO

Los caminos del Ecuador son renombrados tanto por los bellísimos panoramas que presentan á los viajeros, como por lo variado de los terrenos y montes que atraviesan y que presentan dificultades y peligros, particularmente los que del litoral montan á la cordillera y los que se atraviesan en las hoyas inter-

andinas. Son innumerables los pasos difíciles; pero sobre todo los de los páramos y nevados; especialmente para los extranjeros, que por razón de los rigores de la naturaleza en aquellos parajes, necesitan una indumentaria *ad hoc* y precauciones de índole extraña á los habitantes de tierra caliente. El paso del Chimborazo [camino hacia Quito], cuyo término es la pernoctada en el Tambo de Chuquipognio, á 3.604 metros de altura, obliga á usar traje que se verá en los grabados que representan á los señores General Lara, Dr. Domínguez, Parra Almenar, [que forman la Legación de Venezuela en el Ecuador, Perú y Bolivia].

También se verá el retrato de la señora Matilde L. de Domínguez, que acaso sea la primera venezolana que ha remontado la Cordillera de Los Andes y llegado á Quito, [cien leguas á caballo]. La señora de Domínguez acompaña á su esposo en tan penoso viaje. El retrato no demuestra que las penalidades de la travesía hayan hecho el menor daño á la estimable dama pues revela como siempre su radiante hermosura y notable belleza.



LA VANIDAD

[POR M. MATOSES]

Miren ustedes qué cosa será ella que todos la tenemos, y, sin embargo, todos la negamos.

Viene á ser como el humor herpético, que según dicen los que de esas cosas entienden, todos le usamos, sólo que en unos se manifiesta más que en otros. El que más tiene es el que más cuidadosamente procura ocultarle, y eso mismo sucede con la vanidad.

Es frecuente el oír decir á algunos en medio de una conversación: "Porque mire usted; yo tendré mis faltas como todos las tenemos; pero lo que es vanidad.....¡eso sí que no!"

Y no sé por qué se procura ocultar de esa manera.

¿Es acaso, la vanidad un defecto? No lo creo; desde el momento que es universal ya no es defecto; como no lo es, por ejemplo, tener la boca debajo de la nariz, puesto que no hay otros que la tengan en otra parte.

No tiene usted más que ver sino que no es cosa inherente á determinado sexo, ni determinada posición.

Yo tuve una criada que se suponía la mejor bailarina de Europa, y muchas noches la sorprendí en la cocina bailando seguidillas con su sombra, que la luz dibujaba en la pared.

Tengo también un amigo que, para pagar una copa de licor en el café, ha de sacar un puñado de duros y monedas de oro que lleva á granel en el bolsillo. Por cierto que jamás le vi convidar á nadie, ni dar propina. La vanidad no le ha dado por ahí.

Hay en esto, como en todo, sus exageraciones, y esas son las que el hombre vitupera y de las que huye por miedo á ser vituperado.

Así es que llama la atención el valiente de tertulia; ese que cuenta que una vez le asaltaron tres ladrones y se comió á dos y huyó el tercero ¡que sí no!.....

Y la mujer que maldice su belleza porque no la ocasiona sino disgustos ¡está acosada de pretendientes!

Y el escritor que se queja de que los amigos le roban los asuntos, ¡cómo se conoce que les falta el ingenio que á él le sobra!

Y el que lleva tres sortijas de brillantes y no ha pagado la ropa que usa.

Pero eso después de todo, ¿qué perjuicios ocasiona á nadie?

Yo he visto á hombres que sin ser militares van vestidos de militar.

Y á otros que compran botones de colorín para ponérselos en el ojal de la levita.

Y á muchos que usan palillos de los dientes porque se creen que eso supone una comida opípara, cuando lo único que revela es dentadura mala.

Pues todos esos señores hacen bien, muy bien, y yo les aconsejo que sigan por esa senda.

Y luégo, que la vanidad es utilísima á la industria.

Sin vanidad no habría cadenas sobre-doradas,

ni blanco-cera de Matilde Diez, ni agua circasiana, ni pelucas y bisoñés, ni corsés á la emperatriz.....

Echen ustedes la cuenta de los industriales á quienes la vanidad mantiene, y seguro estoy de que no han de tardar ustedes en entonar un himno á la vanidad.

Habrá quien me diga que la vanidad tiene un antídoto, que es la modestia.

Yo lo niego.

La modestia es sólo un gabán con que la vanidad se abriga.

Hay quien repite á cada momento: "Yo soy un hombre modesto, valgo poco y con mi insignificancia estoy conforme."

¡Falso! ¡Falso! Ese tiene la vanidad de la modestia.

¡Nada! ¡Nada! La vanidad no perdona á nadie. De ella nadie se escapa.

En la mayor parte de las casas verán ustedes una cabeza dibujada al lápiz por el jefe de la familia cuando era chico, ó un perro de algodón en lanas que hizo la mamá cuando era señorita, ó un título de bachiller en un cuadro dorado..... ¡esos son los ídolos de la vanidad!

Sobre todo recapaciten ustedes bien y díganme si no se han sentido nunca acometidos de vértigos de vanidad.

Díganme ustedes á mí en secreto lo que han pensado ustedes de sí mismos al irse á acostar. ¡Qué hombre no se ha creído superior á muchos!

¡Qué muchacha no ha dicho por lo menos una vez: "yo soy la más bonita del barrio!"

Y no dejen ustedes de ser vanidosos, no, que yo no me opongo á ello.

La vanidad es uno de los alimentos que mejor mantienen nuestras ilusiones, que son la vida.

Y como alimento podrá ser frugal; pero lo que es barato.....¡vaya si lo es!



LA ULTIMA ESTROFA

AL SEÑOR M. A. SALUZZO

Intempestiva ráfaga de viento
Abrió, de par en par, una ventana,
Y flotó con la luz de la mañana
En el rico aposento
En que Safo, despierta todavía,
Sobre el lecho de sándalo yacía.

Todo estaba en desorden: no era aquella,
Al parecer, la cripta perfumada
En que la musa bella,
Honor del arte griego,
Modulaba sus cánticos de fuego!

Inesperada decepción, de esas
Que cual chispa voraz, en breve espacio
Convierten en pavesas
El dorado palacio
Que indestructible vio la fantasía,
Su enamorado espíritu abatía.

Y al contemplar en torno mal prendidos
Los cortinajes de la Persia, roto
El laúd de los cantos encendidos,
Sin flores el altar, falto de aroma
El sacro pebetero
En donde apenas perceptible asoma
La llama azul, como estertor postrero
De un pecho sin calor, se comprendía
La sin igual desolación que hería
Su sér, que replegándose en sí mismo,
Sólo á entregarse á su dolor se aviene;
Porque el dolor en sus misterios tiene
Horror de tumba y atracción de abismo!

A la ruda impresión, salta del lecho,
Alfánase de prisa,
Llega á la puerta, párase indecisa,
Lanza un ay de lo íntimo del pecho,
Y de repente, compelida acaso
Por impulso interior que la domina,
Sale resuelta y con seguro paso
Hacia el peñón de Leucade camina.

Llegando allí, dirige una mirada
En que ha puesto sus sombras la tristeza,
En dirección á Lesbos: la cabeza
Inclina sobre el pecho, y la escarpada
Pendiente sube de la enhiesta roca
Hasta que el alto de la cima toca.

Allí brilla solemne! El sol levante
Ilumina de lleno la blancura
De su carne de mármol palpitante
Mal ceñida en la roja vestidura:

La cabellera undosa
Sobre sus hombros nítidos flamea
Como una llamarada
Del sacro fuego en que su sien rebosa,

Y la tenaz idea
Que agita sin cesar su pensamiento,
Imprime á su semblante
La cruel majestad del sufrimiento!

Y todo canta en derredor: la altura
Con su festín de luces y colores;
La silvestre espesura
Con su idilio de pájaros y flores;
La marina llanura
Con el ronco bordón de sus rumores;
¡Sólo es ella la nota enristrecida
Sobre el ágrío arrecife suspendida!

Con voz dulce y vibrante,
Mezcla á veces de arrullo y de gemido,
Así apostrofa al invisible amante:

"Desdichado Faón, ¿quién ha podido
Derramar en tu frente generosa
Las macilentas aguas del olvido?

¿Qué vengativa Némesis te acosa?
¿Cómo, siendo tan tuya,
Y siendo tú tan mío,
Hay poder que mantenga tu desvío
Sin que la vida de los dos destruya?

Oh! no te alejes; el amor es fuego,
Su llama poderosa
Juventud y belleza en torno envía;
¿Qué flor habrá que no aparezca hermosa
Cuando la viste el rosicler del día?

Aún relampaguean
Claros de aurora en mis rasgados ojos,
Brotan aún y bullen y aletean
Sobre mis labios rojos
Esos besos del alma desprendidos
Que á dos almas fusionan y las llevan,
Como á seres alados,
En un rayo de luna suspendidos!

Y siento en lo profundo
De mi sér todavía
La perdurable génesis de un mundo
Saturado de encanto y poesía!

Tú lo creaste! Al mágico ardimiento
De tu voz sobrehumana
Se despertó mi alma al sentimiento
Cual despertan al sol de la mañana
Aves y flores matizando el viento!

No te acuerdas Faón? era la tarde,
Qué tarde deliciosa!
Aún encendida en mis recuerdos arde
Su diáfano esplendor de azul y rosa!

Compacta muchedumbre
Por el lujoso campo se extendía;
Era el último día
Consagrado á la fiesta de Citeres:
En bullicioso bando
Cien núbiles mujeres
Luciendo ricas galas y mostrando
Formas de ninfa al lúbrico deseo,
Daban realce al brillante torneo,
Y cien mancebos, alcanzar ansiando
Triunfos y laureles,
Los rápidos corceles
Rigiendo iban en tropel sonoro:

Por tres veces, Faón, la llanta de oro
De tu carro esplendente
Llegó triunfante al linde apetecido:
Por tres veces unánime y creciente
El grito de victoria
Resonó como un cántico en mi oído!

Gallardo como Apolo
Al trasponer la altura
Derramando destellos de su gloria
Exaltaba tu bélica apostura
El sublime esplendor de la victoria!

Mientras la inquieta multitud se agita
Prorrumpiendo en acentos de alabanza,
Mientras el grupo femenil palpita
Embragado de amor y de esperanza,
Inquieta en derredor tu vista ansiosa
A la mujer entonces adorada
Y me brindas la ofrenda primorosa
En la reñida lucha conquistada! . . .

Yo la esperaba! . . . la intuición secreta
Que á la mujer enamorada guía
Con sibilina voz me predecía
Que el noble lauro de la ansiada meta
Mi cabeza también coronaría!

Después . . . cerró la noche: celebrando
Tu nombre unido al mío
Fue la festiva multitud dejando
Lentamente aquel ámbito sombrío . . .

Yo . . . no lo sé, pero invencible influjo,
Del poder del destino claro ejemplo,
Vencí mi voluntad y me condujo
Hasta el umbral del venusino Templo.

La sombra lo cercaba: en la tiniebla
El pensamiento su ánfora desborda
Y el fondo oscuro de visiones puebla
Como el iris fugaz penetra y borda,
El plomizo ropaje de la niebla!

Y aquella sombra, de quietismo llena,
Iluminó su fondo de improviso
Copiando en él la vespertina escena.
Pero más bella aún, tras ese viso
Vaporoso y sutil con que atavía
Sus ensueños de amor la fantasía.

Inmóvil, absorbida
Por aquel fascinante panorama
Comprendí cuánto bien guarda la vida
Para el ardiente corazón que ama!

Cuando de pronto, lo que hubiera sido
Trazo intangible en la nocturna sombra
Se cambia en realidad: ¡me habías seguido!
Siento á mi espalda cauteloso ruido,
Y oigo tu voz que tímida me nombra!

Contradicción extraña! Ola de frío
Paralizó en mi cuerpo el movimiento;
Quise huír, esperarte, ir á tu lado,
Sepultarme en el duro pavimento,
Revelarte mi amor apasionado,
Mostrarte agradecida
Todo el placer que hallaba en tu venida,
Y al fin . . . al fin . . . como torcaz paloma
Que rauda se desploma
Y envuelta queda en venatorios lazos,
Caf, prendida de tus dulces besos,
En el cálido cerco de tus brazos!

Desde ese instante, enamorada y loca,
Por mi mente sutil ha resbalado
Un solo nombre, el tuyo idolatrado,
Un solo ensueño, el que tu amor provoca!

Hija del cielo, cariñosa hermana
Del Amor, Poesía,
Con los destellos de su luz galana
Mi espíritu envolvía,
Y cada yambo que la Grecia ufana
De mis trémulos labios recogía,
Llevaba para tí no más impresos
Los perpetuos arrullos de mis besos!

Ola, que envuelta en nítidas espumas,
El arrecife azotas,
Blanco girón de las inquietas brumas
Que en el espacio flotas,
Bandada de gaviotas
Que váis batiendo las sedosas plumas,
Id á decirle que el pesar me mata,
Que no puedo humillarme á su desvío,
Que cuanto más su vuelta se dilata
Crece más mi espantoso desvarío;
Que en vano supedito
Á la fría razón el sentimiento,
Prende al amor la luz de un infinito,
Y apagar su fulgor es rudo intento!

Decidle que su imagen aparece
Desde que el sol en las alturas arde,
Que en su carro fantástico se mece
En las dulces tristezas de la tarde,
Que cuando logro, bajo el ala esquiva
Del sueño, hundir la frente,
Brotó su imagen palpitante y viva
Cual si estuviera á mi dolor presente;
Que á veces ay! opros
Entre mis brazos, fascinada, loca,
Torno á sentir la magia de aquel beso
Que al pie del ara fulminó su boca!

Que no puedo olvidar; que osada lucho
Por ver si al fin hasta el sentido pierdo,
Y en lo profundo de mi sér escucho
La vibración intensa del recuerdo!

¡Concepción irrisoria
Del que el humano espíritu ha esculpido;
¡Condenarle al horror de la memoria
Y robarle las dichas del olvido!

Id, no tardéis, á veces el destino
Da tregua á sus rencores
Y convierte las zarzas del camino
En alfombra benéfica de flores.

Mas ay! mi voz, á que el pesar domina,
Rueda confusa en los cercanos huecos
Y ni la lleva en su rumor la ondina
Ni la repiten los alados ecos!

Y acaso . . . (horrenda duda
Que con tenaz resolución desecho
Y torna siempre bárbara y sañuda
A desgarrarme el pecho),
Acaso, cerca de la azul ribera
En que deploro mi fortuna aciaga
Otra escucha su frase lisonjera
Y en el perfume de su amor se embriaga! . . .

Ah! no vuelvas, Faón; ¿cómo podría
Sobrellevar humilde esos agravios,
Si mi boca, en tu boca encontraría
Seed de otro amor y aliento de otros labios!

Qué resta ya? ¿la Gloria? ¡Grecia amada,
Yo bien sé que tu diestra
A ungir Dioses y Héroes destinada,
La cumbre de la Gloria ambicionada
Con cariñosa previsión me muestra!

Mas . . . ¿cómo alzaré á cumbre tan divina
Si tengo el corazón marchito y yerto,
Si Gloria sin amor se me imagina
Un resplandor de aurora que ilumina
La incommovible palidez de un muerto!

Que acabe todo! . . . En el profundo espasmo
En que deja el dolor al alma hundida,
Tienen ay! las bellezas de la vida
La repugnante mueca de un sarcasmo!

Si! . . . ya me siento denodada y fuerte;
Una voz, que es augur de mi conciencia,
Con oportuna previsión me advierte,
Que el naufrago infeliz de la existencia
Tiene un asilo nada más . . . ¡la muerte!

Dijo, y los brazos levantando al cielo
Lanzóse al mar en repentino vuelo.

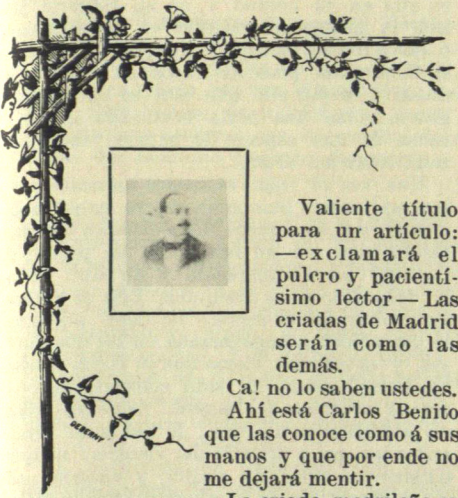
La ola, sorprendida
Por la recia caída,
Entreabrió, chispeando, sus cristales,
Cubrió el cuerpo de espumas relucientes
Y lo entregó en movibles espirales
Al incógnito azar de las corrientes!

RAFAEL DEL VALLE.

TIPOS MADRILEÑOS

IAS DE SERVIR

A CARLOS B. FIGUEROA



Valiente título para un artículo: —exclamará el pulero y pacientísimo lector— Las criadas de Madrid serán como las demás.

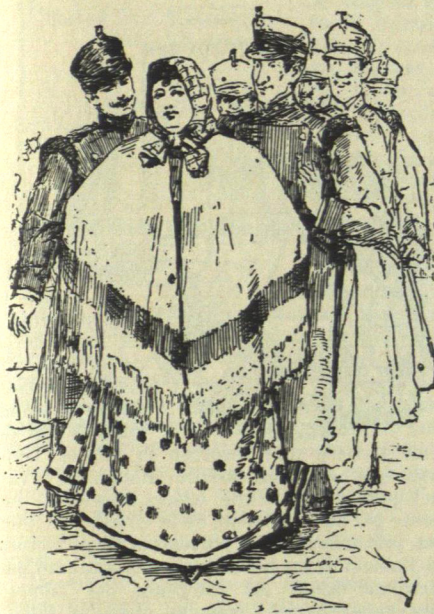
Ca! no lo saben ustedes. Ahí está Carlos Benito que las conoce como á sus manos y que por ende no me dejará mentir.

La criada madrileña es

única en su especie.

El desenfado y la altanería constituyen los principales rasgos de su carácter. Sin el delantal parecen chulas; con el tradicional pañuelo á rayas anudado á la garganta dijérase que son verduleras vestidas de limpio.

En desatando ellas la lengua hay que echar á correr ó meterles una paliza de órdago; porque nada es más abundante ni variado que ese canallezco y procaz vocabulario que las criadas de Madrid emplean cuando se enojan.



Todas, absolutamente todas tienen novio— que es generalmente soldado— *militar*, como ellas dicen. Y siempre entran en la casa recomendás por el tendero de ultramarinos de la esquina; y sirven lo mismo para un *fregao* que para un *barrio*—aunque luégo no sirvan para maldita la cosa.

Unas salen de la casa "anterior", porque eran muchos de familia y la sacrificaban con tanto trabajar; otras, porque el señorito les hacía el amor y las esperaba..... en *Eslava tomando café*; ésta, porque no se quería morir de hambre, y aquella porque la señorita tenía un geniazo terrible y á luégo tenía líos.

El primer mes andan muy humildes y muy calladitas; después hay que oírlas.

—Fulana!—grita la señora acercándose á la cama, donde todavía está la criada arrollada y á medio vestir—Fulana! levántese usted que es tarde y tiene que ir á la compra.

—¡Si viera usted—responde ella desprecándose y enseñando un pie calzado á medias y el otro desnudo—Si viera usted las pocas ganas que tengo yo de ir hoy al mercado!

Esto es nuevo en el mundo: no se oye en ninguna parte más que en Madrid.

—Mira, chica, que no le has puesto patatas al cocido.

—Pues si lo ha mirao usted ¿por qué no se las echa?

—Anda, mujer, trae el pan y á ver si no te tardas charlando en la esquina con el novio.



—Oiga usted, señora, y quién le ha dao vela en este entierro de mi noviazgo—vocifera poniéndose en jarras—Pues no faltaba otra cosa! Mejor se ocuparía usted de su marido que ayer mismo estaba en el balcón haciéndole monos á la niña del lao, que parece un mamaracho mayormente.

¡Cuando digo que los mozos de cordel son niños de teta comparados con una de servir!

Hay criadas que presumen de tiples y cantan que se las pelan todo el santo día y tiene uno que salir desesperado, gritando.—Caramba! ¿quiere usted dejar escribir?

Y ellas como si nada les dijeran: continúan con el tango callejero, ó salen con aquello de:

¡Pobre..... la que tiene que servir!.....

Las del primer piso emprenden á lo mejor diálogos deliciosos con las del segundo por las ventanas del patio. Y las que no apuntan un defecto, apuntan otro. Sisan que es una bendición, y de un duro que llevan á la Plaza se guardan tres pesetas, y tienen un primo á quien convidan, y una amiga que las visita á diario, y un señorito cursi que les envía cartas perfumadas. A las seis de la tarde dicen que se les olvida el petróleo para estarse mano sobre mano conversando con el novio, ó murmurando, abajo, con la portera, ó contando á la de

enfrente lo que se come y lo que se bebe en casa. Ellas saben el dinero que uno gana y el número de calcetines que gasta al mes; ellas van y vienen y remueven todos los cuartos, no precisamente para poner en orden las cosas, sino para averiguar lo que hay dentro de esas cosas; ellas escuchan las conversaciones detrás de las puertas y después las juzgan á su modo; y ellas, en una palabra, son las dueñas de la casa, las amas, las que disponen y mandan y resuelven á su favor.

La última, la que yo tengo no alardea de semejantes defectos; pero en cambio me ha salido *literata*; una Pardo Bazán de la clase de fregonas.

Apenas deja el repartidor los periódicos de la mañana, se los lleva á la cocina para leer, desde el artículo de fondo hasta el último suelto.

—¡Han traído *El Liberal*?—pregunto yo á veces.

—Espere usted un momento, señorito. Ahora se lo llevo; estoy leyendo el artículo de Valera.

Los paquetes que me llegan de América los desata ella, no tanto por arrancarle los sellos y venderlos, como por enterarse del movimiento político y literario de nuestras Repúblicas.

Juana sabe que en Méjico gobierna Porfirio Díaz, Piérola en el Perú, Caro en Colombia, Crespo en Venezuela. Se entera de lo que pasa en la Argentina y de lo que sucede en Chile. Y como es una especie de Clarín con delantal, dice que nuestros poetas son esto y lo otro, y que si ella fuera á Caracas acabaría por limpiar de polvo y paja nuestra literatura, señalando definitivamente los buenos escritores y poniendo en solfa los malos, para que el público no se extraviara.

A mí me entran ganas de ponerla de patitas en la calle cuando la oigo disparatar de ese modo; pero á ratos me hace gracia esta mujer que como la doméstica de Mo-



lière quisiera que uno le consultara los orígenes, ó que como el criado de Cano, cuando está de mal humor, lo insulta porque escribe comedias.

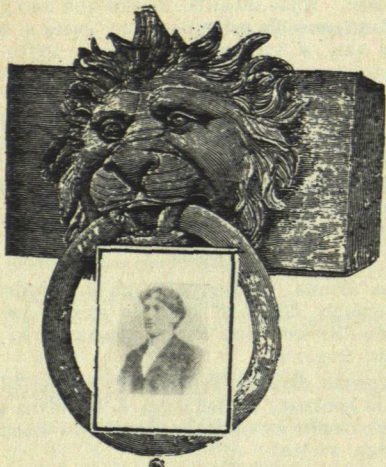
A fresca no hay quien le ponga el pie delante á la chica de mi casa, mas prefiero ésta, á esas otras descocadas con puntas y ribetes de verdulera á quienes si uno les dice:—Mujer, lávese usted esa cara que da grima—se vuelven y contestan á gritos, manoteándole á uno las barbas:

—Y á usted qué le importa, tío morral?.....

MIGUEL EDUARDO PARDO.

Madrid: abril de 1896.





Vapor de rabia mis pupilas nubla,
vela mi faz, y mi razón embota,
en el cerebro las ideas hierven
como brevajes de virtud dañosa
en la marmita de la infame bruja;
el odio cuerpo de serpiente toma:
y ya—lauro crüel—mi frente ciñe,
ó negra, enorme, y palpitante rosca,
me abraza en espiral y me contunde,
y hace espumar la cólera en mi boca.

¡Oh, miserables que vivís á obscuras
sin que podáis alzaros de la sombra,
y anheláis como el cuervo del poema
proyectar sobre el bardo la espantosa
obscuridad de vuestras alas; séres
que lleváis en el alma una joroba;
escupid el laurel, ajad el mirtho,
mordid la frente coronada en rosas;
sóis la negra Calumnia; sóis la Envidia:
el platoniano cuervo de la sombra!

Bien estáis: en el pecho la perfidia;
pávido el rostro; la mirada hipócrita;
en la diestra la piedra del escándalo;
la calumnia mortífera en la boca;
más no me denigréis: si del poeta
con vuestra injuria provocáis la cólera,
él os esculpirá con vuestra horrible
deformidad moral en sus estrofas,
os llevará al patíbulo en sus versos
y al escarnio y horror de la picota.

RUFINO BLANCO FOMBONA.

1.º de mayo de 1896.

PAGINAS CORTAS

Versión latina

(POR MAURICE CANU)

SCILA un ligero vapor alrededor de los viejos árboles, y pasea sobre la colina la vaga caricia de sus inciertas gajas. El sol, que se ausenta, desciende las melancólicas escalas del cielo, y un airecillo ligero entra junto con los cantos alegres de los pájaros por la ventana abierta y levanta con suavidad las hojas de mi libro.

Nunca hace otra cosa el viento! No puedo ya encontrar mi página. Es culpa mía también: he debido cerrar la ventana.

Me levanto para cerrar mi ventana.

Se extiende á mis pies una larga serie de jardines con sus céspedes arreglados graciosamente al lado de ramilletes de flores rojas, en sus altos castaños y sus pinos erguidos; luégo en medio de ese encespado de verdura se ven algunos techos de los cuales sube todavía el humo hacia un cielo de abril.

El humo..... Nada hay más encantador ni más indiscreto que el humo. Es la confesión indirecta que se levanta del hogar. Su sombra, pronto disipada, traza en la seda del cielo la historia secreta de la casa: hay humo rico, de copos orgullosos que adornan la chimenea como un penacho de gala; humo pobre que resbala inquieto, encorvado, apenas visible, y se pierde en el desdén implacable del día; humo laborioso, que lanza rectamente su columna negra y palpitante, sin cuidado alguno por el azul que ensucia; humo elegante, suelto, muelle, diáfano, el "aurea mediocritas" del humo.....!

"Aurea mediocritas!" Horacio, Dios mío, á quien iba á olvidar y cuyas hojas se estremecen de impaciencia! Vamos, un poco de valor! Pero nada puedo comprender de él; en el momento en que voy ya á descubrir su sentido, canta un mirlo, y héme aquí siguiendo el mirlo en la profundidad de los árboles.

¡Y eres tú, clásico perezoso, quien me encadena á mi trabajo, me separa de mi ventana y sopla sobre el ligero vapor de mis sueños con la gruesa voz del deber!

Déjate traducir, acuérdate de tí mismo y de tus dulces ocios! Horacio, pobre Horacio mío, estábamos destinados á comprendernos mejor!

Estatua de Diosa

(POR EDMOND PILON)

Es de alabastro, sus formas delgadas; tiene en la parte superior de la cabeza una media-luna de oro, pendientes en las orejas, y tiende la mano izquierda á la ofrenda de los antiguos fieles. Su silueta se compone de líneas perfectas y la actitud de su cuerpo es de una dignidad grave: sus ojos de rubí evocan otros santuarios y el granate tallado que tiene incrustado en el vientre anuncia vigorosas fecundidades. Se quisiera adivinar el enigma del sobrio ademán que su ruego extiende para siempre en el mundo como una afirmación continua de su divinidad.

Hace largo tiempo que se esteriliza en el Louvre; pero subsiste la forma, impecable, y es eso lo que hay intenso entre las ruinas de las vastas ciudades, eso lo que admira y atrae, la conservación de la figura entre los rasgos esparcidos, quebrados por tantos choques, y cubiertos de cenizas por tantos siglos!

Es de Babilonia: su collar indica que las piedras de sus ojos han sido tomadas, para incrustarlas, entre las más puras del Eufrates, y su suelta desnudez recuerda la de las mujeres de Caldea ó de las reinas de Asiria.

Pertenece al altar de algún ídolo; es siempre digna de nuestros pensamientos y es sin duda una de aquellas imágenes que Winckelmann admiró en la Villa Albani, cuando llegaron á interesarle los vestigios de los antiguos tiempos y las piedras preciosas del antiguo oriente. Solamente para nosotros perpetúa ella el enigma, y se acrece con los siglos de gran misterio. Astarté de Tiria, con la media-luna sembrada entre la sombría cabellera; Isis profanada, con los velos caídos; Maya, cuya mirada no puede brillar, fija por el ensueño eterno; Ceres eleusina, entregada á los ritos odiosos; ¿cuál de ellas figura esta beldad suya y representa esta piedra blanca? Ninguna, sin duda, su razón es más viva y su mansión más clara; asocia al Amor á su existencia, y los

años la protegen contra el Destino; han pasado grandes muertos sin que ella supiese nada de ellos, pues si levantó en su mano pesadas teas, fue á la faz de las noches tranquilas, luégo de extinguidos los rojos incendios de los palacios pólicromos. Se cree que residió en el templo de Belo, y que fue en ella en su ciudad y en su imperio Milita, la misma que Mithra en otras partes, ó que Afrodita entre los griegos. Quién sabe si Semiramis posó los labios en la faz de la diosa, y es por ello que ésta se ve opaca y grave, como una perla bendecida quizás á causa de una especie de supervivencia lanzada sobre su altar.

Una vez el frágil alabastro ha conservado las originales blancuras de su cuna inmaculada, y si los brazos despedazados no están sujetos sino por un hilo débil, es porque su dominio ha desaparecido y un dios mejor ha despedido á sus discípulos. Ella no perece, sin embargo; su secreto no debe perderse; la esposa del esfinge manda en los días futuros, y es esto tan cierto que su copia grosera en tierra cocida ha sido colocada bajo la misma vidriera del museo. Aquellos restos no contienen ya la Idea; le han sido arrancados los ojos y la perla del vientre; no queda sino un poco de arcilla, y exagera más la elegancia de la verdadera estatua aquel reflejo borrado; hace notar más su presencia, y por ella, por aquella diosa, tenemos la fórmula más expresiva de un arte que ha desaparecido, de aquel arte ninivita, voluptuoso, solemne y rudo.

Las figuras etiópicas, los relieves de Sicilia y de Tanagra nada son junto á este sér único: la forma perfecta de un ídolo que tiene la animación de los ojos según se sumerge en ellos el sol; y ¿qué indica su equívoco ademán? Nada, sino que aquello sobrevive y se propaga en el tiempo, que fue atributo de la grandeza y del amor, alegoría de la Belleza.

Londinensa

(POR CARLOS A. VILLANUEVA)



LLI está!

Aucha cinta de agua azul de cielo corta en dos mitades la colosal ciudad.

La bruma ha desaparecido. La brisa de estío al besar las orillas, bordadas de flores, brinda amor á las ale-

gres parejas que recorren el río en bellos botecitos. Aquí un castillo; allá álzase la vara del pescador feliz que espera apresar al inocente pez en el extremo de la cuerda; ya puentes pintorescos ó de portentosa arquitectura; el Palacio de los Lores levántase altanero para dominar desde las márgenes del Támesis, ora en el Africa, como en Asia, la India y América.

Contrasta la belleza primaveral de luz y flores con la nube gris que se alza, salida de las chimeneas de las fábricas como el himno que canta el trabajo diariamente al progreso de los pueblos en el altar de las democracias.

*

El último cañonazo de Trafalgar llegó á Londres; y, al continuar el eco lúgubre por el espacio para anunciar á la eternidad la muerte del héroe glorioso, repercutió también en las cumbres de las montañas de Escocia y de Irlanda.

Las llamas de *La Santísima Trinidad* fueron la sola luminaria que apareciera en la noche oscura á la subida del marino triunfador á las eternas regiones de lo alto.

El Támesis cambió sus vestiduras de rosas y lilas y el verde esmeralda de sus campañas; de heladas estaláctidas y blancos copos de nieve, por negras cintas y crespones y gazas funerarias. Un bajel cortaba las dormidas aguas con la melancolía de la muerte; el pabellón almirante le cubría majestuosamente.

Nelson, dormido para siempre, llevaba al pueblo inglés el laurel de la victoria.

Sólo ese día cubrióse de luto el cielo de Inglaterra! Sólo esa vez conmovióse de dolor! Bien debía, la indiferente, llorar al soldado que aseguró con su espada el porvenir del moderno Imperio Romano.

*

Lego á Lady Hamilton á la munificencia de mi país—escribió Nelson en su testamento en la cámara del *Formidable*, cuando crugía terrible contra éste el fuego de las escuadras combinadas de España y de Francia.

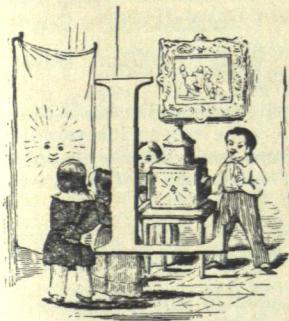
La Inglaterra creyó no deber satisfacer al valiente marino. Y la criminal autora de las matanzas de Nápoles, la bella escocesa, quedó condenada, por el veredicto de la nación, á morir como una miserable en un rincón de la Normandía.

La cortesana fue rechazada para que pudiera cumplirse la arenga dada por Nelson á su escuadra, cuando despidiera al bravo Collingwood para siempre desde la escalera del *Formidable*:

La Inglaterra confía en que cada cual sabrá cumplir con su deber.

Vista tomada en Burano

(POR RENÉ BOYLESVES)



A góndola roza la fangosa ribera de Burano, y cuando vamos ya á poner pie en tierra quedamos sobre-cogidos é inmóviles por la delicia que presenta un paisaje en el cual tres líneas y dos tonos sencillos hacen todo el gasto.

A la izquierda y frente á nosotros está la laguna color de leche; á la derecha y á lo largo de la ribera árida, un muro color de rosa interminablemente prolongado. Lo sigue el camino que conduce á la pequeña villa y que vuelve bruscamente en el punto donde un ciprés aislado rompe la línea del horizonte. Guardamos silencio como en espera de algo que venga á dar sentido á aquella decoración: solamente se oye en los costados de la góndola el golpe del agua grasa.

De súbito aparecen en la vuelta del camino marcada por el ciprés, seis muchachas que vienen de la mano. Son sus trajes amarillos, azules, naranjados ó rosados como el muro sobre el cual resalta su admirable grupo. Distinguimos sus cabellos negros esparcidos bajo el chal oscuro que envolviéndoles la cabeza cae luego hasta los tobillos. Es tan conforme esta vista con lo que no nos atrevíamos á esperar, que no podemos sino sonreír. Vienen lenta y dulcemente, casi en silencio, y sólo se ve por momentos el movimiento de sus labios y el brillo del blanco puro de sus dientes. Poco á poco vamos distinguiendo también sus bellos ojos azules ó negros. Todas son bellas. Un poco azoradas por la insistencia de nuestras miradas, tratan de cuchichear y de reír y luego se dan á cantar con voces frescas como el aire y la luz que las rodean. Pasan, y su

bello canto se aleja y se desvanece sobre el mar. ¿A dónde van? A ninguna parte: el muro y el camino parecen no terminar. Y con efecto, cuando regresamos de visitar la villa las hallamos todavía allí; están sentadas y cantan, cantan su vida sencilla, su juventud y su belleza entre aquel largo muro rosado y la laguna color de leche.

En el pequeño puerto de "Isola Bella" están cinco mujeres sentadas conversando en las gradas de una escalera de piedra. Pasa una joven que lleva en la cabeza una vasija de cobre llena de agua. Las mujeres se levantan y la detienen: hacen grandes gestos y exclaman con fuertes gritos: "Lotta!..... ta!..... un biechiere!"

Lotta aparece con un vaso en la mano. Se hunde el vaso en la vasija de cobre, luego se pasa de mano en mano, centelleante de agua pura: es un festín! Yo contemplo el hermoso y divertido ejercicio, y á Lotta.

Es una muchacha de veinte años y de la más completa belleza. Su rostro es regular; tiene la nariz de una diosa antigua, ojos grandes, pardos y finos, cabellos castaños, apretados, anudados negligentemente en la nuca. Observo el puro dibujo clásico de los labios, absolutamente limpio, tal como está consagrado por los cánones del arte. Son admirables sus brazos, desnudos hasta más arriba del codo. Su seno robusto está libre bajo un corpiño pobre abotonado á medias, y marcha meciéndose sobre las caderas elegantes y perezosas. Bebe, ríe, estira los brazos teniéndolos un momento alzados, y luego los descansa en las caderas. La hacen estallar de risa cuando bebe de nuevo, moja la parte inferior del traje y lo alza notablemente: pero esto sin la menor vulgaridad, sin dar siquiera una sospecha de inmodestia. El más insignificante de sus ademanes es todo espontaneidad, es la naturaleza misma y no se aleja un punto de la pura belleza. Con sólo verla moverse se hallaría luego grotesco el más encantador ademán de nuestras mujeres; tanto así resaltaría el artificio frente á aquella sencillez.

Lotta es vendedora de abanicos y de cestas de paja en una tienda vecina. Nada iguala su torpeza desde que se trata de que haga otra cosa que reír y estirarse al sol ó esquivar el cuerpo á las galanterías incansables de los bateleros. Ofrece su paotilla á un grupo de alemanes que pasan, y no siente uno indignación alguna porque aquellos desgraciados no se hayan fijado en la admirable muchacha: tan forzado semblante puso. Pero habiendo pasado los extranjeros, Lotta vuelve al grupo de las bebedoras, y sólo verla, sólo contemplarla caminar es un encanto.

Yo me acerco y pido para beber el agua de cristal. Una de las mujeres se dispone á lavar el vaso.—"No, no, digo; lo que quiero es beber después de la bella."—Sonríen ellas, Lotta lleva el vaso á los labios y luego me da á beber."

La muertecita

(POR CAROLINA CÉRES)



ONABA tristemente la campana de la vieja iglesia.

Había helado muy fuertemente, y las hojas, verdes todavía, caían con ruido en la tierra seca.

Ningún grito de pájaro en los aires, ninguna llamada de labradores en los campos. Se levantaban de los techos columnas de humo azul que se arrastraban en seguida sin poder elevarse.

Venía la noche, con ella la tristeza más intensa, la angustia de aquel invierno incipiente, y mi corazón se oprimía más que de costumbre en aquella hora llena de inquietudes.

Vinieron á decirme que un pobre quería hablarme, y yo bajé preparando una moneda, pues conozco de antemano esos pobres misteriosos que no quieren hablar sino á los ams.

Humildemente y en actitud agobiada se hallaba á la puerta un hombre como de treinta años.

Vi tal dolor en su rostro, tal temor á lo que tenía que decirme, que no le ofrecí una limosna.

Aquel pobre, aquel vago de los caminos me pedía que le diese flores, flores blancas. . .

Y se excusaba: decía que no era tanto el perjuicio, pues que iban á sufrir la helada: él y su esposa no habían podido resistir. . . su hijita acababa de morir. . . allí. . . muy cerca. . . en su pobre carruaje, y la chiquita no podía irse así, sin una flor.

Para esa gente que no vive sino de miseria, las flores eran lujo. En la igualdad de la muerte, su hija adornada se hacía semejante á la hijita de un rico: sentían en ello un consuelo, y los desgraciados querían flores blancas. Además, viendo desde su pobre acampamento nuestro jardín florido todavía, se había decidido él, el padre, á venir á rogarme le diese algunas flores blancas.

Yo había visto en la mañana aquel carruaje maltrecho, lo había visto con desconfianza, como á todos esos carros errantes.

Ahora, mientras yo recogía todo lo que no había ennegrecido aún la helada, aquel hombre me seguía, contándome los pormenores dolorosos de la muerte de aquella criaturita, con la sencillez que es peculiar á los desgraciados en la narración de sus sufrimientos.

Cuando hube cogido todo, él, animado por mi compasión, me pidió también un poco de ropa blanca para envolverla. . . Y como yo entrase para buscarla, los niños, que habían oído cuanto me decía el pobre á la puerta, lloraban á todo llanto; se habían refugiado cerca de la chimenea de la cocina y allí permanecían, apretados uno contra otro, aproximándose al fuego, á la luz, á la vida, en aquella cocina alegre como lo son todas las cocinas al aproximarse la comida de familia.

Entregué á aquel hombre un paquetico blanco, y le prometí ir á ver á la difunta antes de que cerrase la noche.

A la orilla del camino estaba un pobre carro pintado de azul, y miserable si los hay: acostados tristemente debajo, perros flacos: un fuego de ramas, que ardía despidiendo resplandores amarillos: un canario saltando, transido y erizado de frío, en una jaula clavada en lo que servía de puerta. El hombre de poco antes se hallaba sentado en un cajón viejo, el rostro iluminado por aquellos resplandores amarillos; se levantó y me indicó con el dedo el interior del carro. En un malhecho cubierto con un paño blanco estaba la muertecita: extenuada criatura que habría vivido dos años; tenía el rostro tranquilo y bien cerrados los ojos, las flores cubrían su pequeño cuerpo y una vela hermosa ardía cerca de ella. Todos los utensilios, ropas y pobres juguetes de madera estaban alineados y retirados á los rincones para dar mayor espacio á la gran visitante de los ricos y los pobres: á la muerte.

La madre lloraba agachada cerca del lecho; grandes sollozos la sacudían por momentos, luego se restablecía la tranquilidad y no había otro ruido que el de las hojas que caían en el camino y sobre el techo del carro.

El fuego se extinguía y se ponía negra la noche. . .

—¿Y el ataúd?—pregunté.

—El Municipio lo da—me respondió la madre.

¿Cómo hablar á aquellos desgraciados de consuelo, si ellos no lo pedían? Yo partí tras-pasada é impotente en presencia de tal miseria.

En la mañana del día siguiente y haciendo un gran frío, el pequeño ataúd marchaba al cementerio; el padre y la madre lo seguían

de cerca y alguna buena gente del país los acompañaba.

Luégo, hacia el mediodía, el pobre carro se movió. Aquellos miserables volvían á partir; aquellos padres sin hijos, más infelices que nunca, no dejaban como huella de su paso, sino un poco de tierra removida en el cementerio y el círculo de cenizas de su fuego á la orilla del camino. Volvían á partir para arrastrar por todos los caminos del mundo su carro vacío.

La modelo

(POF ANTONIO JIMÉNEZ GUERRA)



DAIBA sobre la frente la blonda de la graciosa mantilla, baja la mirada, reposado el andar, despidiendo de toda su persona el casto perfume de una joven sencilla y honesta, cruza todos los días Consuelo las mismas calles y desaparece en el oscuro portal de una casa de pisos.

Sube pausada las escaleras hasta llegar á los sotabancos, y empuja la verde mampara, en cuyo centro una placa de cobre indica con letras negras que aquella puerta da paso á un estudio de pintor. Ceremoniosa y grave, saluda al artista con la cabeza, y sin dirigirle palabra alguna, se pierde tras un portier azul.

El pintor engrasa los colores de la paleta, aumenta la cantidad de los que ya están escasos, coloca á conveniente luz el giratorio caballete que sostiene un cuadro de grandes dimensiones, y, fija la vista en el portier, aguarda una señal convenida. Suena ésta, descurre la cortina, y ante sus ojos se presenta la modelo, radiante como Venus cuando reposaba en el fondo del mar Cytéreo.

Ramas de coral y guirnalda de esponjosas algas sostienen la concha de nácar en cuya superficie brillante ostenta Consuelo la divina armonía de su cuerpo, cuyas líneas suaves, dulcemente curvadas, perfilan la belleza soberana de aquel conjunto sublime. Levantado el brazo derecho, pierde la mano en la cabellera rubia que cubre sus espaldas, como regio manto, y que se desparra por la concha bordando sobre el nácar, con sus hilos de oro, preciosos arabescos. Un rayo de sol, teñido en celeste al atravesar las cortinas del estudio, arroja sobre la modelo la lluvia de sus luminosas chispas, abrillanta los pálidos matices de la concha, enciende los tonos del coral y juega amoroso con la anarcada línea del cuerpo que soñaron los griegos en sus éxtasis de adoradores de la forma. Por las mejillas, frescas como un ramo de rosas, se extiende la sombra de las pestañas, y la garganta, formada de blancas espumas, se desvanece en la ondulante curva de aquel pecho, que parece de tibio alabastro.

La inmortal Atenas, ni la orgullosa Roma en sus templos de jaspe ni en sus altares de pórfido y oro, vieron nunca á la hija de los mares representada, como allí estaba, con toda su divina perfección. El arte, que con su belleza creadora hizo de un bloque de mármol á la Venus radiante adorada por el mundo pagano, jamás pudo concebir hermosura tan perfecta como la que ostentaba aquella obra viva del Dios del Universo, aquella mujer, que salió de manos del celestial artista, bella como los ángeles del cristianismo, y que se ostentaba en toda su deslumbrante majestad ante los asombrados ojos del artista, que trataba en vano de pintar sobre el lienzo la pureza de aquellos perfiles, cada uno de los cuales era una estrofa del himno sublime al amor, del canto angélico de dos almas, cuyas primeras cadencias se entonaron en el Paraíso

á los albores de la creación; y cuyos ecos postreros escucharánse en el helado mundo, cuando el último habitante de la tierra lllore sobre el cadáver del sér que alegraba su existencia.

Lucha desesperada la que con su propia incapacidad sostenía á diario el pintor: anhelante y febril, corregía trazos, entonaba los colores mates y recargaba las pinceladas, quitando brillantez á las tintas. Lejos de resultar aquel cuadro la concepción genial de un artista, parecía caricatura risible, muestra grotesca de una barraca de saltimbanquis. La modelo, entumecidos los miembros, apenas podía resistir aquellas interminables sesiones, y el pintor, cada vez más desesperanzado de llevar su obra á término feliz, volvióse torvo y sombrío, y sin tener lástima de Consuelo la obligaba á permanecer horas y horas inmóvil ante sus ojos. El trabajo concluyó por hacerse tan insoportable para la pobre mujer, que un día anunció al artista su decidido propósito de suspender las visitas al estudio, manifestándole que la tarde siguiente sería la última que le serviría de modelo.

Llegó la tarde aquella: el pintor, pálido y calenturiento, trabajó sin descanso durante tres horas. La Venus iba surgiendo esplendorosa del fondo del cuadro: estaba allí con la soberana hermosura de su cuerpo, ostentando la divinidad de sus formas, circundado el busto por la lúcente aureola de su pelo dorado como los rayos del sol.

—¡No puedo más, maestro!—dijo la modelo con tono suplicante.

—¡Aguarda algunos minutos!—gritó el pintor con extravío.

—¡No puedo, no puedo!

—Pues bien, espera un instante.

Y en la exaltación de su locura, en el frenesí de su delirio artístico, el pintor disparó un revólver contra la modelo, que entonces quedó inmóvil sobre la concha, muerta por la bala que le atravesó el corazón.

Al ruido del disparo acudió alarmada la vecindad, y cuando penetró en el estudio, el pintor, loco, mostróle con soberbios ademanes el fondo de luces celestes, ante el cual la Venus muerta reposaba en su concha de nácar, velado el cuerpo con un sudario de sangre.

Fantasia

Utilidad en París de *El Bottin*, de los Departamentos

—
POR ALFONSO ALLAIS

Verdaderamente, por más que rebuscaba en mis recuerdos, me era imposible acordarme del señor que me tenía tan cordialmente la mano. Sin embargo me acordaba vagamente de él como de una persona á quien se ha visto en alguna parte; pero ¿dónde? ¿cuándo? ¿En qué circunstancias?

—Cada uno á su turno, dijo él en tono placentero. Hace algunos años érais vos quien me reconocía; ahora soy yo! Y añadió: Señor Ernesto Duval-Housset de Treville-sur-Meuse.

Yo experimenté la confusión, la pena de tal olvido! ¿Cómo había podido no acordarme de la fisonomía del señor Ernesto Duval-Housset que había conocido en Treville-sur-Meuse, y vuelto á ver luégo en París?... Conste que en mi vida he puesto los pies en Treville!

Esta historia es toda una historia!

Hace algunos años mi amigo Jorge Auriol y yo, nos detuvimos un día en la terraza del café de Harcourt y nos instalamos en una mesa, vecina á la de un señor que tomaba un bock. Como hacía mucho calor, el señor había dejado sobre una silla su sombrero, en el fondo del cual, mi amigo Jorge Auriol pudo ver el nombre y la di-

rección del sombrerero: "*P. Savigny, rue de la Halle, à Treville-sur-Meuse.*"

Con esa seriedad que reserva únicamente para empresas de este género, Auriol se fijó en nuestro vecino; luégo, muy cortésmente le dijo:

—Perdón señor, ¿no sois vos de Treville-sur-Meuse?

—Perfectamente! contestó el señor, buscando á su vez en la memoria el recuerdo de Auriol.

—Ah! repuso este último, yo estaba seguro de no equivocarme. Yo voy amenudo á Treville.....tengo allí uno de mis buenos amigos, á quien tal vez conozcáis, llamado Savigny, sombrerero, en la calle de la Halle.

—Sí que conozco á Savigny! pero de allí no conozco sino á él.....Ved, él me ha vendido este sombrero.

—Ah! verdaderamente!

¿Si conozco yo á Savigny!.....Nos hemos conocido chiquitines, hemos estado juntos en la misma escuela. Yo le llamo Pablo y él me llama Ernesto.

Y héteme á Auriol departiendo con el otro, en conversación tendida, sobre Treville-sur-Meuse, lugar del cual, mi amigo Auriol, ignoraba hasta el nombre, cinco minutos antes.

Pero yo celoso de los triunfos de mi camarada, resolví apoderarme de su patraña y hacerle palidecer de envidia.

Una rápida mirada al fondo del famoso sombrero me revela las iniciales E. D. H.

Dos minutos de pesquisas en el Bottin de Harcourt me bastaron para saber el nombre completo del señor E. D. H.

Depositarios: Duval-Housset (Ernesto) & C.

Con un aire muy tranquilo, volví á sentarme y á mi vez me dirigí al hombre de Treville:

—Escuchadme si me equivoco, señor; pero no sois vos Ernesto Duval-Housset, depositario?

Perfectamente, señor, Ernesto Duval-Housset, para serviros.

Verdaderamente, el señor Duval-Housset estaba absorto de verse reconocido por dos individuos á quienes jamás había visto; pero aun mayor era el estupor de Auriol que estaba frenético:

Por qué sortilegio había podido yo adivinar el nombre y la profesión del espirituoso comerciante?

Yo añadí:—Es todavía el tío Roux alcalde de Treville? (Yo había leído rápidamente esta mención en el "*BOTTIN*"—*Maire: M. le Dr. Roux père.*)

—Ay! no. Hemos enterrado al querido buen hombre, hace tres meses.

—Vamos! vamos! Era un excelente hombre, y además, magnífico médico. Cuando yo caí gravemente enfermo en Treville, me atendió eficazmente y me devolvió la salud en menos de quince días.

—No se reemplazará tan fácilmente á este hombre.

Auriol había terminado por descubrir mi estratagemá. A su vez se ausentó, á poco regresó, y nuestra conversación continuó girando á cerca de Treville-sur-Meuse y sus habitantes.

Duval-Housset no daba crédito á sus oídos.

—Cáspita! exclamó. Vosotros conocéis la gente de Treville mejor que yo, que he nacido, y vivo allí, hace cuarenta y cinco años!

Nosotros continuamos:

—Y Jobert, el cuchillero, cómo está? Y Durandau, es siempre veterinario? Y la viuda Levedel? tiene todavía el Hotel de la Posta?

A poco habíamos recorrido las dos hojas del *Bottin*, concernientes á Treville (Auriol, moderno vándalo, las había obtenido, cortándolas hábilmente con una navaja, y generosamente, me había pasado una.)

Duval-Housset encantado, nos pagó dos bocks—Oh, pronto nos los bebimos!—pues hacía calor y nada altera más que hablar de un país que no se ha visto jamás.

La pequeña fiesta se terminó por una excelente comida que Duval-Housset se empeñó en ofrecernos. Se brindó á la salud de todos los compatriotas del nuevo amigo, y cerca de media noche, si álguien hubiera pretendido convencerse á Auriol y á mí, de que no estábamos en medio de todos los habitantes de Treville-sur-Meuse, este quidam habría pasado un mal cuarto de hora.



Echegaray y Novelli

Leemos en *El Globo*:

“El insigne dramaturgo español está concluyendo un drama que estrenará en la Comedia el notable actor Ermete Novelli. Trátase de una obra en tres actos, y en la cual se destacará extraordinariamente el papel que ha de desempeñar Novelli. La premura del tiempo ha obligado á Echegaray á no dar á su nueva producción los vuelos que, realizada con más detenimiento, podría tener. Trátase, pues, de tres cuadros *abocetados*, y en los cuales brillará, como siempre, la genial inspiración del autor de *La muerte en los labios*.

“La traducción italiana la hará el mismo señor Novelli, que muestra gran empeño en unir á sus triunfos el que ha de proporcionarle la nueva obra de Echegaray, obra que aún no tiene título.

Echegaray en París

Estreno de “*El Gran Galeoto*” en la *Comédie Parisienne*

En el pasado mes se verificó en la “Comédie Parisienne,” coliseo donde actúa la Sociedad titulada *Théâtre des Poetes*, la anunciada representación de *El Gran Galeoto*.

El éxito fue extraordinario.

La sala (del teatro estaba llena. Entre el público habría, á lo sumo, unos cincuenta individuos de la colonia española. Entre ellos figuraban Madrazo, Calzado, Checa, Alonso Pérez, Huertas, Alvarez y muchos artistas.

La iniciativa de la representación se debe á los jóvenes poetas MM. Leger y Martín. Les ha secundado M. Leneuville, quien antes de traducir la excelente obra del ilustre Echegaray, dio á conocer en francés *Una quiebra*, de Bjornson.

El prólogo interesó, y fue aplaudido.

El primer acto impresionó bastante, y al final acabó por romper el hielo en el público parisiense, que estaba reservado, como siempre que se trata de una obra extranjera.

Grandes aplausos y llamadas á escena hubo en las situaciones más culminantes del acto.

En el segundo, el público apreció la hermosura de los pensamientos que esmaltan el diálogo, y al concluir el acto, tributó una verdadera ovación al autor.

Los artistas tuvieron que salir dos veces á recoger los aplausos de los espectadores.

En el tercer acto creció el interés, y el desenlace entusiasmó al auditorio, que aclamó el nombre de Echegaray.

Al són de la música

Atravesaba una vez el príncipe de Bismarck una gallería del *Schloss*, de Berlín, durante el reinado de Guillermo I, cuando sintió un ruido inusitado en el departamento de los príncipes. Abre la puerta y se encuentra con el kronprinz, tocando un organillo, y los nietos del emperador bailando con gran entusiasmo. Al ver al canceller, le invitan los niños, riéndose; á que tome parte en sus juegos; Bismarck se niega á bailar, pero le ofrece tocar el organillo si el príncipe heredero consiente en bailar con sus hijos. El príncipe aceptó alegremente la proposición, y el canceller estaba dándole al manubrio frenéticamente cuando entró el emperador. Le bastó una sola mirada para abarcar aquel divertidísimo cuadro y dirigiéndose al organista, le dijo con mucha malicia:

“Cuán pronto empezáis á hacer bailar á los príncipes al són de vuestra música.....”

Pero el futuro autor del *Himno á Aegyo* no había de bailar por mucho tiempo al són de la música de otros.

El amor curado por las plantas

Háse publicado un curioso folleto que tiene este título sugestivo: *¿Puede el amor ser curado por las plantas?*

El autor es el famoso Sauvage que fue profesor de la Facultad de medicina de Montpellier de 1734 á 1782. En esta tesis, que es una pieza arreglada con gusto, Sauvage se esmera en describir el “mal de amor” como se describe una afección patológica. Diagnostica la enfermedad, la analiza en sus diversas manifestaciones é indica los medios terapéuticos. Con imperturbable gravedad aconseja á los “corazones marchitos” el régimen sobrio, delicado y refrigerante, el lactinio, la infusión de cebada, rafes de nenúfar y semillas de *agnus castus*. Aconseja huir de la ociosidad, de la sociedad de muchachas y sobre todo de lugares demasiado agradables; no tomar chocolate, benjui, vinos, ni especies y entregarse con pasión á los ejercicios físicos al aire libre.

El chistoso médico indica como agentes curativos los purgantes para “destruir las oscilaciones de las fibras; las sangrías, los baños y las bebidas debilitantes.

Nos parece que en todo esto, el excelente Sauvage ha olvidado mencionar como agente terapéutico casi verdadero “el tiempo” que repara á la larga los desastres del corazón.

La cabeza de Gall

En Londres, se reunirá un congreso de frenología con motivo del 138.º aniversario del nacimiento de José Gall, creador de la craneoscopia, llamada también frenología. A propósito: muy pocas personas saben que este ilustre sabio, cuyos restos reposan en Père-Lachaise, fue enterrado sin cabeza. Si se encontrara su ataúd, se vería que la cabeza verdadera fue reemplazada por una cabeza de yeso de tamaño ordinario que hacía parte de la colección del célebre frenólogo.

Gall falleció el 12 de agosto de 1823, en su casa de campo de Montrouge, y su cuerpo fue transportado á la calle Saint Honoré, 327, al departamento que él habitaba desde su llegada á París.

Gall había demostrado deseos de que después de su muerte, su cabeza fuese separada de su cuerpo y colocada en la colección que había compuesto en vida y que legó al Estado.

El doctor Vimont fue quien se encargó de esta penosa operación. El cerebro pesaba dos libras, ocho onzas justas. El cuerpo fue embalsamado según la antigua costumbre, en presencia de cierto número de celebridades médicas y científicas de la época.

El monumento fue erigido á Gall por suscripción en Père-Lachaise y consiste en un sarcófago de piedra, coronado por una pilastra que sostiene un busto de mármol, del famoso doctor. Este busto, que según parece es de semejanza perfecta, fue ejecutado por el estatuario Foyatier que había modelado la cabeza de Gall.

El ilustre frenólogo no dejó descendientes. La mujer con quien se habían casado en segundas nupcias, se volvió á casar en Lyon, con el doctor Imbert, quien á su muerte legó á uno de sus colegas, el doctor Barbier, todos los muebles, los libros y manuscritos que habían pertenecido á Gall.

Los Juegos olímpicos

Según las antiguas tradiciones griegas, los juegos olímpicos fueron instituidos por el mismo Hércules. Sin acudir á este origen fabuloso, se sabe que existían desde los tiempos de Licurgo, con tanto esplendor que el nombre de los vencedores se esculpía en mármoles. Con las olimpiadas empezó á distinguirse el tiempo de los griegos, comenzando la primera en aquella, en que salió vencedor Corebo, el año 778 antes de Cristo.

Celebrábanse estos juegos cada cinco años en Olimpia y duraban cinco días, con cinco diversos juegos que eran el salto, la carrera, la lucha, el disco y el tiro del dardo.

El premio consistía en una corona de olivo silvestre, pero el espartano que venía en los juegos tenía puesto eminente en el Ejército, y el ateniense podía sentarse entre los magistrados en el Pritáneo.

A los juegos acompañaban ceremonias religiosas y simbólicas: las metas se señalaban con el huevo de Cástor y Polux, símbolo egipcio de la creación: la efigie de Ceres estaba en la barrera del Circo: el carácter del gimnasia era sagrado; la pompa que precedía á los juegos, era una procesión de cronología figurada, en que se sacaban las imágenes de los dioses, de los héroes, de los inventores de las artes.

Durante los juegos olímpicos había tregua en todas las enemistades; ningún hombre armado podía entrar en la Elide, cuyos habitantes, enriquecidos con el concurso de gente, nunca acometidos por ejércitos enemigos, libres de las continuas disensiones de los griegos, permanecían pacíficos entre inquietas poblaciones.

La idea de hacer de la diversión una educación in-

telectual y de convertir los placeres sociales en deleites de la mente, hizo unir muy en breve á los ejercicios corporales la Música, la Poesía, la Lectura; y mientras Alcibiades conducía en un día siete carros, Pitágoras y Platón combatían entre los luchadores; los Príncipes de los países lejanos mandaban sus caballos para que disputasen el premio de la carrera; escultores y pintores exponían al juicio público cuadros y estatuas; Herodoto leía en estos juegos sus historias, y Empédocles su poema de las purificaciones; en ellos, Corina arrebató á Píndaro los laureles en el certamen vocal; Esquilo, Sófocles y Eurípides, representaban en ellos sus trilogías; recitábanse discursos, y allí, Temístocles y Platón gustaron anticipadamente de la inmortalidad.

Tal fue la institución que ahora inaugura ante la espectación de toda Europa el Soberano de Grecia.

Un maldiciente

“Las maripositas
ya me van cargando
con esa soberbia
que Dios les ha dado.
Dicen que son lindas,
pero sus encantos,
como sus matices,
son polvillo vano.
¡Y el pájaro mosca,
un chiquilicuatro
con patas muy negras
y pico muy largo!
Y todos sus bellos
reflejos metálicos,
los debe tan sólo
del sol á los rayos.
¡Pues y las libélulas,

que presumen tanto
y todo su cuerpo
se les vuelve rabo!
¡Y á esos los poetas
dedican sus cantos
y buscan y aplauden
los demás humanos!
Con tal injusticia
me crispo y me exalto.
¡Esa es una infamia!
¡Ese es un escándalo
¡No puedo sufrirlo!.....
¡No pienso aguantarlo!.....”
.....
Esto lo decía
un escarabajo.

JOSÉ ESTREMERÁ.

Animales y Literatos

Así, ni más ni menos, se titula un libro muy curioso, debido á la pluma de Jorge Docquios y en el cual sólo hay que lamentar la preterición que hace de los bipedes racionales, si bien quiere justificarla manifestando que los animalitos son los protagonistas de la obra.

Por de pronto cita á *Demonette*, la gata de Barbey d'Arlevilly, la de ojos de oro en terciopelo negro,” como la describe su dueño. Esta gata ha sido heredada, por la señorita Luisa Read, amiga íntima de Barbey. Vienen luego los perros de Renan. Eran un perro amarillo llamado *Yocko* y una perra que respondía por *Corah*, la cual todos los jueves iba de visita á casa de madama Henry Scheffer.

Tuvo después un gato *Minet*, y un loro, *Coco*, el cual cuando alguno pasaba junto á él en la oscuridad decía: “¡Dame un beso!” El pobre animalito lo había aprendido en casa de la Desclée, donde estuvo algunos años. Y no sabía decir más.

Mme. Akermann poseía dos perros, de los cuales uno que había sido curado en casa de un veterinario, le llevaba á su médico todos los perros heridos ó enfermos que encontraba por la calle.

Julio Goncourt era apasionado de los monos, y tuvo durante mucho tiempo uno, *Cocoli*, que sirvió en *Manette Salomón* para el personaje de Vermillon.

Edmundo Goncourt, en cambio, no gustaba de bichos.

Entre los animales contemporáneos figuran en primera línea los tres gatos de Francisco Coppé: *Bourget*, que tiene ya 19 años (el decano de la especie); *Petit Loulou*, encontrado en una caja de sombrero á la puerta del literato, con un papel escrito que decía: “¡Cuidadle!”; y por último, *Mistigris*, que no tiene nada de particular.

Anatole France tuvo mucha amistad con un gorrión, y cuando riñó con él compró un gato, al que puso por nombre *Pascal*, y es el animal más independiente que se conoce; entra y sale cuando quiere y no tiene más deber que librar la biblioteca de los dientes de los ratones.

Catulo Mendes ya no quiere tener animales en casa desde que se le murió un ruiseñor y se le suicidó un gato.

Mistral tiene un perro de aguas que responde por *Pan perdido*, y un gato llamado *Marcabrum*.

Pedro Loti odia por igual á gatos y perros.

M. Sully-Prudhomme tiene un amor platónico por los animales; los tiene.... en bronce ó pintados al óleo.

Mr. Bergerat posee un perro y una liebre; y en el jardín de la casa, es la liebre la que persigue al perro.

M. Mauricio Barrés tiene pasión por las focas; pero no lleva su afición hasta mantener una en su casa.

En cambio tiene dos perros, una tortuga, un loro y un gato.

El autor termina su libro con una visita al humorista Alfonso Allais.

Este dice que le gustan con pasión los animales, sobre todo la ternera en chuletas y los pájaros fritos.

Nos parece que los animales van á encontrar excesiva esta afición.

NUESTROS GRABADOS

Flores ecuatorianas

Grato nos es engalanar nuestras páginas con el fotograbado que representa numeroso grupo de bellezas ecuatorianas.

En esos rostros se retrata cuanto de hermoso tiene nuestro mundo tropical y en muchos de ellos se acentúa la línea clásica de la escultura antigua.

Dignas son las "Flores ecuatorianas" del canto de nuestros poetas más inspirados; y dignas son también de perdurar en el lienzo del pintor ó en el mármol del estatuero.

Para ellas tenemos respetuosa salutación y el homenaje de nuestras simpatías.

Miguel José Sanz

Junto con el retrato de tan esclarecido ciudadano, van los apuntes que le consagra la Dirección. El historiador Baralt, después de reseñar la batalla de Urica, recuerda al eminente consejero de Ribas y dice: "Allí, con el último ejército de la República, pereció uno de sus más virtuosos é ilustrados hijos, aquel Licenciado Sanz, que en una época anterior á la revolución hemos visto tan consagrado al servicio de su patria."

Rafael Arvelo

La pluma de nuestro colaborador y amigo, señor León Lameda, ha trazado la página que EL COJO ILUSTRADO dedica á la honorabilidad é ingenio del celebrado literato carabobeño Don Rafael Arvelo.

Pedro Fortoult Hurtado

Un artículo del señor Gabriel E. Muñoz, acompaña al retrato del señor Pedro Fortoult Hurtado. Llamamos la atención á la página 434.

Caracas

Destruído por una recia creciente del Guaire, en octubre de 1892, el antiguo "Puente Constitución" que unía á la ciudad con el camino que conduce al vecino pueblo de El Valle, fue sustituido con grandes ventajas por uno de hierro que se inauguró el año pasado con el nombre de "Sucre." De estas obras de la ciudad capital ofrecemos las vistas; y á ellas agregamos, en otra página, las de las *Tribunas* en el campo de las carreras en Sabana Grande. Si el "Puenre Sucre" es una obra que une la utilidad á la elegancia de la forma, las vistas de las *Tribunas* también denuncian un adelanto más entre nosotros, pues la vida del *sport* se ha hecho indispensable en todos los países que crecen en cultura.

Ciudad Bolívar

El "Paseo de San Antonio," en las afueras de la ciudad, es sitio de recreo en los meses calurosos. Sombreamos el caserío las palmas moriches y á corta distancia corre el río en cuyas orillas se levantan quintas pintorescas.

Guayaquil

La iglesia de San Francisco, construcción elegante y sólida, es una más de las vistas que de la importante ciudad ecuatoriana venimos ofreciendo á nuestros suscritores.

Sendero de espinas

(CUADRO DE STACHIEWICZ)

La suavidad de los tonos y la actitud de las figuras, que se mueven en un ambiente místico, hablan al alma de cosas eternas y fortalecen el espíritu en su viaje de largos sufrimientos. El símbolo del celebrado artista ruso arranca de una verdad ruda y dolorosa, pero su fantasía lo envuelve en una como atmósfera que consuela y hace revivir en los corazones enfermos la esperanza de bienes prometidos y la fe que nos eleva á regiones de infinitas claridades. La vida es "sendero de espinas" y las almas buenas no encuentran su recompensa sino después de haber atravesado ese camino con santa resignación.

Medellín

Como lo ofrecemos en nuestro número anterior, damos hoy comienzo á la publicación de vistas de esta hermosa ciudad colombiana, que por su movimiento social y mercantil ha llegado á ser la segunda capital de nuestra hermana la vecina República.

La *Plaza de Zea* y la *Calle de Carabobo*, hacia el Norte, son las primeras que insertamos; y demuestran tales vistas que los habitantes de la ciudad se esmeran en mantener á digna altura el ornato de la población. De los medellinenses dice un viajero europeo, que son muy activos, inteligentes é industrioses. Y al ocuparse de la población agrega, que sus calles, en lo general, son rectas y aseadas y muchos de sus edificios están contruidos con elegancia y solidez.

Un match

(CUADRO DE A. M. ROSSI)

Mejor título no podía dársele al cuadro que ocupa la primera página, ni mejor ocasión para hacerlo conocer de nuestros favorecedores, puesto que ahora nos domina el entusiasmo por el *sport*.

El *match* del artista no es el que todos conocemos. Este es completamente original y de allí se deriva el prestigio de su obra.

La niña es hermosa y la bondad de sus facciones deja traslucir que ha podido domesticar á su antojo la pareja de ratones con que se distrae. El espectáculo es para ella únicamente, y nadie llegará á interrumpirlo porque es santo el egoísmo de la inocencia.

Música

En la página respectiva publicamos una marcha titulada *Patria*, producción de la inspirada pianista, señora Rafael Dugarte de Borrego, que ha dado obras de mérito al arte nacional.

Puerto Cabello

En la presente edición ofrecemos cuatro vistas de este importante puerto comercial de la República. La primera representa un grupo tomado en el jardín de los "Baños de Mar," edificio moderno, del cual nos hemos ocupado antes de ahora; y las tres restantes son de los muelles que actualmente se construyen conforme á los planos aprobados por el Ejecutivo Nacional, después de haber sido estudiados los diferentes proyectos que se sometieron al análisis del Ministro de Obras Públicas.

Como en esta obra se trabaja con actividad é inteligencia y el estado de adelanto en que se encuentra asegura que corresponderá á los intereses que se han unido para establecerla, juzgamos oportuno hacer conocer la nómina de las personas encargadas de ella. Es el contratista el señor Norberto Paquet; ingeniero director, Dr. Tomás C. Llamozas, á quien secundan los ingenieros Doctores Vicente Franco y Cecilio Altuna; Inspector General, señor Felipe Ostio; Mecánico, señor Julio Sarria; carpinteros, señores Teodoro Ravelo y Carlos Vanin; albañiles, señores Agustín Molina, Alberto García, Manuel R. Salameda, Rafael Leiba, Juan Cuva y Julio Montañez; maquinistas señores Moisés Henríquez y Miguel Capriles; y buzo, Alberto Hay.

Para no pecar de prolijos, no agregamos á esta lista la numerosa de oficiales, caporales y demás empleados subalternos que trabajan en la obra.

SUETOS EDITORIALES

El señor Eduardo M. Díaz, Gerente de la Compañía del Gas y de la Luz Eléctrica, ha partido para los Estados Unidos del Norte, por motivos de salud. No dudamos que este inteligente amigo aprovechará su estadía en aquella República en pró de los intereses que representa. Deseámosle viaje feliz, restablecimiento completo de su salud y pronto regreso á la patria.

El señor Gral. Alejandro Ibarra ha tenido la bondad de enviarnos un ejemplar de la 10.^a edición de su Método Práctico para aprender: los del habla española, el inglés; y los que hablan este idioma, el español. Tenemos informes de que en París, en la casa de los señores Garnier Hermanos, se han hecho cuatro ediciones; de manera que son 14 en todo. Esta obra del señor Ibarra ha sido adoptada como texto en los principales establecimientos de educación de los Estados Unidos y del Canadá en donde se enseña el español. También la usan muchos establecimientos de Méjico, Centro y Sud América, y en las Antillas.

Felicitemos al señor Ibarra por la creciente demanda que obtiene su Método á todas luces importante, y le damos cumplidas gracias por su obsequio.

De Guayaquil hemos recibido un libro titulado *Ratos de Ocio* y que es una colección de producciones en prosa del joven literato Alberto Arias Sánchez. En sus páginas hemos remarcado la que ocupa *El camino de la choza*, poética nota de piedad, que es casi un canto y que en cortísimas líneas dice más que muchas otras en largos párrafos.

Precede al libro un proemio del señor Federico Escobar, que nos revela ser el señor Arias Sánchez un joven apenas salido de la pubertad, y en tal caso son ciertamente admirables sus producciones.

Damos las gracias al autor por la amable dedicatoria de su libro, y hacemos votos porque las letras ecuatorianas puedan en día no lejano añadir su nombre al catálogo de los ilustres escritores que las han enaltecido.

Libros y folletos recibidos:

"*Memorandum* del Ministro de Relaciones Exteriores, acerca de la nota de Lord Salisbury al señor Olney, fechada á 26 de noviembre de 1895, y relativa á la cuestión límites de Venezuela con la Guayana Británica."—Acompaña al folleto el Mapa de una parte de Venezuela y de la Guayana Británica, demostrativa del avance de las

pretensiones inglesas en el territorio venezolano.

"*El Centro Católico Venezolano*, á los Centros y Círculos Católicos de la República y á las Propagandas católicas de señoras y señoritas."

"*Compañía Anónima Gran Ferrocarril de La Ceiba*: documentos y antecedentes relativos á su primera Asamblea," y "Reglamento de servicio de la misma Compañía."

"*Estatutos de la Compañía Anónima Gran Ferrocarril del Táchira*."

Damos las gracias á los señores remitentes.

También hemos recibido el *Libro de las Bodas de plata* del Pbro. Dr. Juan Bautista Castro, con una cortés dedicatoria del señor Pbro. Doctor Navarro que con tanto entusiasmo ha trabajado por la edición de esta bella y útil obrita. Damos las gracias por el obsequio y nos congratulamos con el Dr. Castro por este merecido homenaje á sus dotes y virtudes.

Tratado de la alimentación se titula el libro que ha dado á la luz pública el Dr. Manuel Antonio Diez, tratadista concienzudo y filantrópico apóstol de la medicina. Los conocimientos no comunes que revela en la historia natural, expresados en lenguaje claro y sencillo, como lo prueban esta obra y sus anteriores escritos, están llamados á prestar positivos beneficios al pueblo, honor á la ciencia y estímulo á la juventud estudiosa.

Un ejemplar del *Tratado de la alimentación* nos ha sido dedicado por el autor con generosas frases, que en alto grado estimamos, y estas con que aplaudimos son apenas un eco de justicia debida á su laboriosidad, inteligencia y amor al bien público.

Ecos de la patria.—Un cuadernito con este título ha publicado el señor Emilio Constantino Guerrero, poeta de los Andes. Contiene varias composiciones del género épico, que revelan entusiasmo patrio y facilidad poética. Damos gracias al autor por el ejemplar con que nos obsequia.

Felipe Lebrun.—Cargado de años y de merecimientos bajó á la tumba el señor Felipe Lebrun, hombre de bien en la extensión de la palabra, mecánico laborioso é inteligente á quien deben la agricultura y otras industrias de Venezuela grandes é inmediatos recursos, tanto en la fabricación como en la composición de las máquinas é instrumentos de sus respectivas artes. Deja un nombre bien puesto y una larga y honorable familia, á la cual enviamos nuestro sincero pésame.

MISCELANEA

Fotografía de los colores

En una nota presentada á la Academia de ciencias, indica M. G. A. Richard un procedimiento nuevo para obtener reproducciones de colores sobre vidrio. Para esto se emplea el método indirecto de Duos du Hauron: después de tomar los tres negativos con planchas de los colores, rojo, amarillo y azul, M. Richard saca por contacto tres positivos en gelatinobromuro. Ahora se trata de dar á cada uno de los positivos el color que le conviene; y es justamente en lo que han encaillado cuantos han querido utilizar dicho método. Consiste el nuevo procedimiento en sustituir por medio de una reacción á propósito, la plata reducida que compone la imagen, con un color orgánico, lo que se llega á realizar por la transformación química del depósito de plata en una sal capaz de fijar ó de precipitar el color que se quiera emplear: el positivo, con ese mordiente no conserva el color sino en aquellas partes que antes eran negras en proporción á la intensidad de ese negro. Se puede llegar al mismo resultado transformando la plata en una sal que pueda resistir á los derivados de la hulla para formar colores orgánicos artificiales. Ya se ve, pues, que sólo se trata de resistencias químicas que puedan ejercer su efecto sobre la constitución de la capa con que se juntan los positivos, uno de rojo, el otro de amarillo y el tercero de azul, al paso que hasta ahora se empleaban otros medios de coloración, como polvos ó tinturas. La superposición de los tres monocromos según el procedimiento inventado por M. G. A. Richard, da todos los colores

del modelo hasta el gris y el negro, y una gran variedad de verdes y colores oscuros. Volveremos a tratar de esta materia, cuando el inventor, práctico ya en su procedimiento, nos dé las explicaciones necesarias para hacerlo conocer bien de nuestros lectores.

Cómo y por qué brilla el sol?

Cómo y en qué ancho límite brilla el sol: hé aquí una interesante pregunta que ha suscitado calurosas hipótesis.

El Dr. Morrison ha publicado á propósito de este asunto, en la *Transactions* de la Sociedad astronómica y física de Toronto, una memoria muy interesante. Han precedido dos teorías para explicar la conservación del calor del sol. Una atribuye el calor á la energía de las masas meteóricas que caen sobre el sol, la otra sostiene que este calor es debido á la lenta contracción de la corteza solar.

Tomando la constante solar, igual á 25 calóricos por metro cuadrado y por minuto, el Dr. Morrison ha calculado que la contracción lineal del rayo solar es de 0,0015846 milímetro por segundo, ó sea 47, m. 1345 por año 6 47 kilóm. 854 en mil años.

Una extensión de 723 kilómetros, 95 del diámetro del sol subyete sobre la tierra un ángulo de 1", y por consiguiente, se necesitarían 7,575 años para que el diámetro angular del sol fuese reducido á un segundo del arco, que es el menor tamaño que se ha podido medir exactamente sobre el disco solar. Respecto á la primera teoría, un cálculo demuestra que una cantidad de materia que pese 453 gramos y que caiga libremente del infinito sobre el sol, produciría por su energía cinética el calor de 82,430,000 calóricos. De aquí se deduce que el calor perdido por la radiación podría ser producido por el choque anual del sol con una masa meteórica un poco más grande que el $\frac{1}{100}$ de la masa terrestre, y con una velocidad de 615,604 kilómetros por hora.

Fusiles con luz eléctrica

Un regimiento de la guarnición de Berlín está haciendo actualmente curiosas experiencias de tiro nocturno, valiéndose de un ingenioso aparato portátil de luz eléctrica.

Consiste éste en una lámpara fija en la culata del fusil.

El movimiento del arma al ser colocada en puntería, pone en actividad el pequeño foco de luz, iluminándose el terreno adelante del tirador.

Verificado el disparo, cesa inmediatamente la proyección eléctrica, quedando otra vez protegido el soldado por la obscuridad.

Receta para adelgazar

Una dama del gran mundo parisiense, á no dudar muy obesa, ha dirigido á cierto célebre doctor varias preguntas muy prácticas relativas á los diferentes medios que hoy se emplean para adelgazar.

El doctor, una celebridad biológica, ha contestado á todas las preguntas que se le hicieron y que, por juzgarlas unas y otras interesantes, las transcribimos á continuación.

¿Es peligroso adelgazar?

Hé aquí la respuesta á esta primera cuestión:

La cura de la obesidad sólo es inofensiva en ciertas y determinadas condiciones.

Es preciso que sea metódica, lenta y dirigida por un médico acostumbrado á esta clase de tratamientos. Siendo, pues, la grasa uno de los agentes de nuestro calorífico y de nuestra energía, conviene saber tonificar al enfermo á quien se quiere hacer adelgazar, manteniendo á cierto nivel la virilidad de su sistema nervioso.

Hace falta más todavía. Es indispensable condición que la necesidad de adelgazar sea patente y que el peso del cuerpo exceda en mucho al medio establecido por las estadísticas.

Ejemplo:

Una mujer de treinta años, de una altura de 1,58 metros, debe pesar, normalmente, 55 kilos. Debe, pues hacerse adelgazar si alcanza los 70 kilos.

En resumen: es indispensable, antes de empezar todo tratamiento, oír la opinión de un doctor experimentado sobre la eficacia del régimen que se haya de seguir, pues se corre el riesgo de alterar su nutrición profunda y gravemente empleando uno mismo tal ó cual método, bajo pretexto de que con él le fue muy bien á Zutano ó á Perengano.

¿Qué método es el mejor?

El que en la actualidad se considera como el más racional y más inofensivo por la mayoría de los especialistas se basa, casi en absoluto, en un régimen alimenticio.

Supresión de la miga de pan, de sopas y salsas, de alimentos grasientos, fritos, dulces, leche y bebidas alcohólicas y fermentadas.

Beber, á cada comida, dos copas pequeñas de agua, ó cuando más mezcladas con un dedo de vino blanco.

Hacer mucho ejercicio en ayunas. La bicicleta se considera como el más eficaz.

Todos los estimulantes de la nutrición, el masaje, las duchas frías, las inyecciones subcutáneas de serum artificial, las fricciones secas y los baños salados activan la combustión de las grasas inútiles, al mismo tiempo que aumentan las fuerzas de la persona que sigue el tratamiento.

—Se sobreentiende—dijo el doctor de Fleury en *Le Figaro*, de donde tomamos estos datos—que cada cura deberá adaptarse al temperamento de cada enfermo, por los cuidados del médico.

¿Es posible contener el enflaquecimiento en un momento dado?

Cierto que sí á los cinco ó seis días. Para ello basta con abandonar el régimen especial y volver á la vida ordinaria, ó bien hacer uso de ciertos calmantes del sistema nervioso, que son á la vez frenos de la actividad de la nutrición, como, por ejemplo, el valerianato de amoniaco.

Entonces deberá substituirse la ducha fría por la tibia y renunciar también todo ejercicio corporal.

¿Puede adelgazarse, á voluntad, de tal ó cual parte del cuerpo?

Es difícil, mas no imposible. El masaje local es lo más indicado y lo que mejores resultados viene dando.

Por supuesto que este punto sólo interesa á las damas que quieren adelgazar sin perder la morbidez de sus brazos, la anchura de sus espaldas, etc., etc.

Esta es la serie de medios que actualmente disponen los especialistas de las enfermedades de la nutrición en general y de la obesidad en particular.

PERMANENTE

Muchas veces, en nuestra correspondencia y en EL COJO ILUSTRADO, hemosuplicado que no se nos envíen retratos, biografías, versos ni escritos que no hayamos pedido. Sin embargo, llueven sobre esta empresa artículos de personas del interior de la República á quienes no conocemos. Esto nos hace un daño inmenso, primeramente porque nos obliga á multiplicar la correspondencia con detrimento de nuestras ocupaciones, y después porque se nos pone en el caso, siempre penoso, de rechazar esos trabajos que no pueden tener cabida por diferentes razones. Aun siendo aquéllos buenos, es imposible publicar en una Revista quincenal cuánto á ella se envía. Unos, son malos y largos; otros tratan asuntos políticos y contienen juicios aventurados ó duros sobre personajes de la historia contemporánea; otros, en fin, materia baladí, que interesa sólo á sus autores.

Repetimos hoy nuestra súplica y encarecemos de nuevo: QUE NO SE NOS ENVÍEN VERSOS, ARTÍCULOS, MUSICA NI RETRATOS QUE NO HAYAMOS PEDIDO, pues hemos resuelto definitivamente pasarlos á la cesta de papeles, sin previa lectura.



LIBRERIA FRANCESA

9-AVENIDA SUR-9

Marcel Prevost:

Demi-vierges, Confession d' un amant.

Paul Bourget:

Un Scrupule, Steeple chase, Un Saint.

Pierre Mael:

Celles qui savent aimer.

Alfred de Musset:

Confession d' un enfant du siecle, Frederic et Bernerette.

Flaubert:

Education sentimental.

Daudet:

Contes du lundi, Frente ans de Paris, Rose et Ninette.

Prevost:

Le mariage de Juliette.

Bourget:

Nouveaux pastels.

Biblioteca de ciencias contemporaneas

Biblioteca de filosofia id.

PENTÉLICAS

POR

ANDRES A. MATA

3 bolívares el ejemplar

DE VENTA EN

El Cojo

Librería Francesa

J. Roccardo & Ca.

La Competidora

La Mejor

Acepta seguros contra incendio bajo condiciones muy módicas

CESAR MÜLLER

Agente General en Venezuela

PATRIA

MARCHA

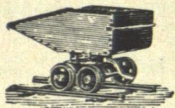
por Rafaela D. de Borrego

PIANO

Al final por conclus

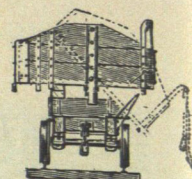
Final

D.C. del % al %



"ORENSTEIN & KOPPEL DE BERLIN"

Fábrica de Ferrocarriles fijos y portátiles
de acero



CARROS DE TRASPORTE, COCHES DE PASAJEROS, LOCOMOTORAS, RUEDAS, ETC., ETC., ETC
CASAS PRINCIPALES Y FABRICAS EN BERLIN S. W.-DORTMUND
SUCURSALES Y DEPOSITOS EN LAS PRIMERAS CAPITALES DEL MUNDO

Materiales para ferrocarriles y tranvías con el nuevo riel acanalado propio para las calles. Instalaciones de vías portátiles para Haciendas de caña, café, cacao y otras industrias, cambios



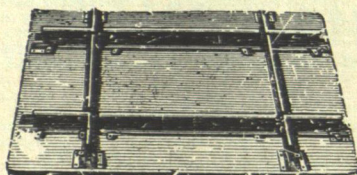
de vías, wagones para cargar caña y demas frutos, para maderas, placas giratorias etc., etc., etc., y cambios montantes tan usados en la explotación de

HACIENDAS DE CAÑA

ofrecen los suscritos

AGENTES GENERALES DE ESTA FABRICA PARA VENEZUELA

El Ingeniero Representante en esta ciudad, señor Andres Palacios Hernández se encarga de los presupuestos que se soliciten y todo lo que se relacione con los pedidos.



EXPOSICION PERMANENTE

de todo el material en miniatura

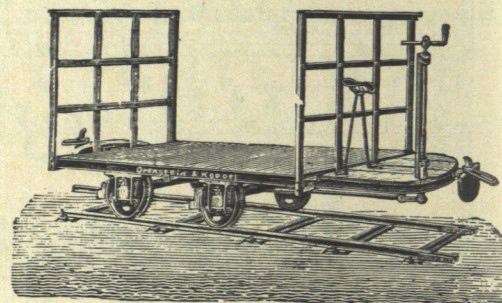
EN LA

OFICINA TECNICA DE INGENIERIA

Caracas: Sur 1, Núm. 44

Traposos á Colón

Müller y Montemayor.



D. DAVID RICARDO

Y SU HIJO

S. DE JONGH RICARDO

CIRUJANOS-DENTISTAS

CARACAS

ESQUINA DE LA CRUZ VERDE, 67 — TELEFONO VIEJO N. 995

LA LEGITIMIDAD Y LA HIDALGUA

REAL FABRICA DE GIGARRILLOS

Y

PAQUETES DE PICADURA DE TODAS CLASES

DE

PRUDENCIO RABELL

CON SUS MARCAS ANEXAS

LA HONRADEZ, EL NEGRO BUENO Y EL FENIX

AGRACIADO POR REAL ORDEN DE SU MAJESTAD
EL REY DON ALFONSO XII, CON EL USO DE SUS REALES ARMAS

Los productos de esta Fábrica son elaborados con hojas selectas procedentes de las mejores vegas de Vuelta Abajo, escogidas escrupulosamente por persona inteligentísima en el ramo.

Los cigarrillos son elaborados á máquina, tanto los Elegantes y Panetelas como los Corrientes; lo cual, además de su reconocida calidad y buen gusto, garantiza el aseo y limpieza en su elaboración.

Hay constantemente un surtido general variado y fresco de Elegantes, Panetelas, Bouquets, Bouquet Imperial, Especiales, Camelias Medio Gigante y Gigantes en papel de algodón, trigo, hilo, arroz, pectoral, berro, pulpa y pasta de tabaco, orozuz y chorrito.

Al que lo solicite se le envían precios corrientes de los artículos de la Fábrica y se sirven los pedidos con esmero y prontitud.

DIRECCION: Cable, Rabell. Teléfono, 1.016. Correo, Apartado 117.

PASEO DE TACON (CARLOS III), 193, HABANA

Gran Fábrica de Chocolates y Cacaos



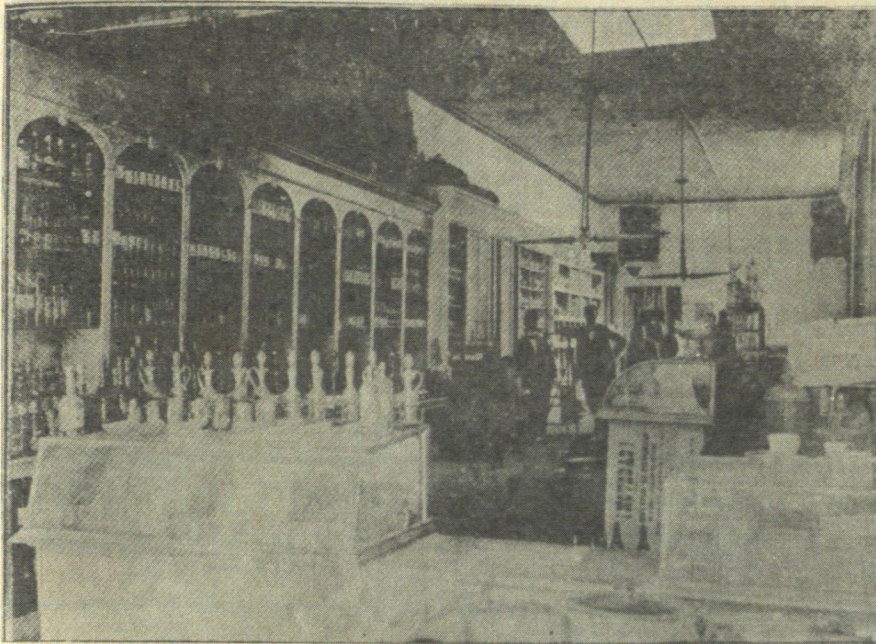
CARACAS

La materia prima de nuestra fabricación es el cacao conocido universalmente por el nombre de CARACAS, el cual goza de reputación, hasta ahora indiscutible, como el mejor del mundo.

PABLO RAMELLA Suc.

CARACAS - VENEZUELA

DE VENTA EN TODAS LAS PANADERIAS DE RAMELLA



LA OTRA CASA

Gradillas á San Jacinto, N. 17

La casa mejor surtida de Viveres
Y LICORES FINOS

Especialidad en vinos generosos propios para enfermos.

Gran vino de consagrar con sus certificados.

Espléndido surtido de porcelana, cristalería y cuchillería.

TODO GARANTIZADO

TELEFONO VIEJO N. 153

ENVIO A DOMICILIO

Lizarraga & Fleury.



LA ESMERALDA

JOYERIA

Sociedad á Gradillas, N° 15

A. LUISI & Ca.

Garantizan todas sus joyas como que son importadas de las mejores fábricas europeas.

CARACAS

Avenida Sur — Número 15



LA ESMERALDA

RELOJERIA

Sociedad á Gradillas, N° 15

A. LUISI & Ca.

Atención especial en venta de brillantes pues la casa se esmera en no vender ninguno defectuoso.

CARACAS

Avenida Sur -- Número 15



Manual de Historia de Venezuela POR FELIPE TEJERA

Edicion de la Empresa El Cojo
CON MAS DE 70 CRABADOS

ADOPTADA COMO TEXTO EN LOS COLEGIOS

A VENTA EN LOS SIGUIENTES ESTABLECIMIENTOS:

Empresa El Cojo.....Caracas
L. Puig Ros y Hermano....."
Chaumer & Ca....."
S. N. Llamozas & Ca....."
Urdaneta, Falangon & Ca....."

Pedro A. Sosa.....La Guaira
Rafael Hernández.....Puerto Caballo
M. Jiménez Solórzano.....Valencia
J. Orsini é hijos.....Carupano
S. Dominici é hijos.....Barcelona
A. C. Natera.....Ciudad Bolivar
R. Nones é hijos.....Maracaibo
Jesús Maria Graterol.....Los Teques
Luis Corrales & Ca.....Calabozo
Gonzalo Picón Febres.....Mérida
Isaac Chapinan.....Coro
Francisco A. Bolaños.....Barquisimeto
Alejndro Benitz.....Ciudad de Cura
J. M. Rauseo Guerra & Ca.....Rio Caribe
Climaco Serrano.....Maturin

VOLANDERAS

POR

Miguel Eduardo Pardo

DIBUJOS DE A. PONS

A VENTA EN LOS SIGUIENTES ESTABLECIMIENTOS

Empresa El Cojo.....Caracas
L. Puig Ros y Hermano....."
Chaumer & Ca....."
M. I. Leicibabaza....."
Carlos Zuloaga....."
Eduardo Luis Pardo....."

6 REALES EL EJEMPLAR

COMPENDIO DE GEOGRAFIA DESCRIPTIVA

ELEMENTAL

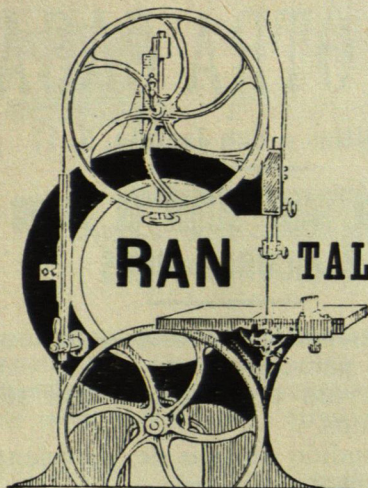
POR

Mercedes Landaeta de Henríquez

De venta en todas las librerías de Caracas, al precio de B. 1,50 el ejemplar.

Por mayor en la casa N° 86, de la Cruz Verde á Velásquez.

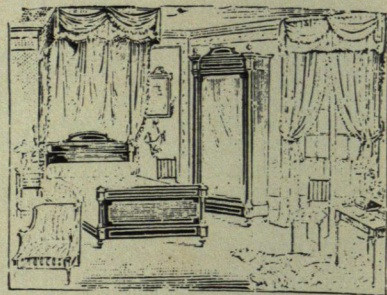




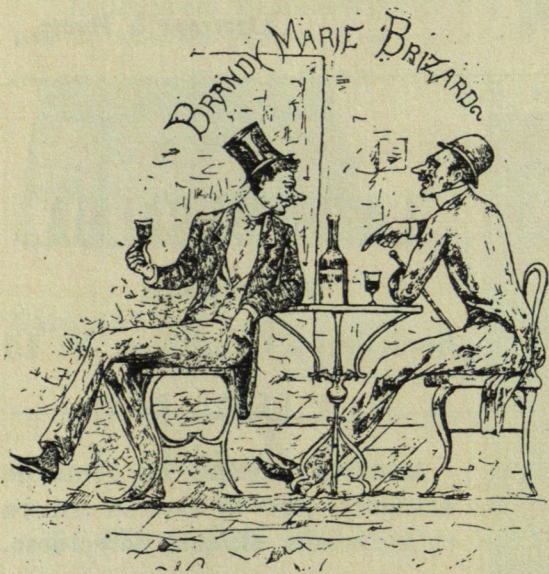
MUEBLES DE TODAS CLASES.—DEDICAMOS ESPECIAL ATENCION A MOBILIARIOS DE MADERA DE NOGAL. COMPLETA GARANTIA, PUES NADA SE PAGA ANTES DE ESTAR RECIBIDO A COMPLETA SATISFACCION.

GRAN TALLER MECANICO DE CARPINTERIA

ESPECIALIDAD: RAMO DE FABRICAS COMO PUERTAS, VENTANAS, TECHOS, ROMANILLAS, ENTABLADOS, ETC., ETC. TRABAJOS EN LAS MAQUINAS COMO TORNEAR, CALAR, ACEPILLAR, ESCOPLAR, ACERRAR, ESPIGAR, TALADRAR, ETC., ETC.—**PRECIOS EQUITATIVOS.**
EDO. BRAASCH & CA.



Conde á Padre Sierra N. 12—Teléfonos: Viejo N. 1273, Nuevo 47



Este excelente Brandy

se encuentra de venta en los almacenes de Volcán Hermanos, H. L. Boulton & C^a, L. de Montemayor, Martínez Hermanos & C^a, J. L. Gorrondona, Eduardo y Antonio Santana A. y H. Jiménez & C^a

TAMBIEN SE ENCONTRARA

en "La Mejor," en "La Competidora," en "La Económica," en "La Hispana" y en todos los botiquines y hoteles de esta ciudad.



A GRAN DESTILACION DEL MOTATAN

DE

M. ORDOÑEZ & Ca. - VALERA

Es de Venezuela la empresa de destilación mejor montada y que posee los más superiores aparatos y maquinarias, importados expresamente de París, de lo más moderno y perfeccionado. Debido á esto y á la competencia de sus directores y operarios, así como á la circunstancia de estar situada en un lugar en donde puede hacer uso de materias primas de riquísima calidad, los productos de este establecimiento resultan magníficos y de especiales cualidades, sin tener necesidad de emplear en su elaboración sustancias nocivas, como lo comprueban evidentemente los dos análisis químicos de Caracas [Venezuela] y Pisa [Italia], por los ilustrados Doctores A. P. Mora y D. Martelli, respectivamente.

Su **Ron fino El Progreso** especialmente goza hoy de gran fama y gran consumo en la República y está reputado como el mejor que se toma en el país, y por su riqueza de aroma, buen gusto y fortaleza, se distingue de los demás rones conocidos hasta ahora, y sustituye perfectamente al buen brandy, con la ventaja de ser más barato y completamente inofensivo á la salud.

DE VENTA.—En todas las plazas de los Estados Los Andes, Lara, Zamora y otros, en las principales casas de viveres de mayor y detal.—En Caracas y La Guaira, en la casa de los señores H. L. Boulton & C^a—En Valencia, en la de los señores Boulton Kolster & C^a y en Puerto Cabello, en la de los señores Boulton & C^a

Depósito General. — En Valera: M. ORDOÑEZ & Ca.